

Un día, tres Otoños

¿Podrá el amor curar
las heridas del pasado?

Inmaculada Jaén



Un día, tres Otoños

Inmaculada Jaén

Henko ediciones



Henko
ediciones

Copyright © 2023 Inmaculada Jaén

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Título original: UN DÍA, TRES OTOÑOS

Autora: Inmaculada Jaén

Primera edición: Diciembre 2023

Diseño de cubierta: Janmi Pace @janmipace

Maquetación: Henko Ediciones

Corrección: Noelia Jiménez Moyano

Depósito legal: PM 01471-2023

A mi padre, no hay día que no te recuerde.

A Antonio y Gonzalo, que me enseñaron lo que es amar sin condiciones.

Y a Ramón, porque la mejor parte de mis días es la que paso junto a ti.

«Todo retrato que se pinta de corazón es un retrato del artista, no de la persona que posa. El modelo no es más que un accidente, la ocasión. No es a él a quien revela el pintor; es más bien el pintor quien, sobre el lienzo coloreado, se revela a sí mismo. La razón de que no exponga el cuadro es que tengo miedo de haber mostrado el secreto de mi alma».

El retrato de Dorian Gray. Oscar Wild

PRÓLOGO

Siendo sincera, nunca pensé que escribiría un prólogo para esta historia, pero siento que es necesario explicar lo que este proyecto significa para mí. Durante mucho tiempo estuvo latente en mi mente una semilla que esperaba, pacientemente, el momento adecuado para germinar y crecer.

Fue en abril de 2022 cuando decidí dar el paso y comenzar a escribirla. Sin embargo, no fue sencillo. Reescribí las primeras líneas innumerables veces, tratando de encontrar las palabras adecuadas para transmitir la profundidad de los sentimientos que quería expresar. Sentía que no era capaz de darle la justicia que merecía. Pero entonces, un año después de comenzar esta travesía, mi vida dio un giro doloroso. Mi padre, un hombre valiente que siempre luchó por su familia, nos dejó. Sus capacidades se vieron mermadas por la enfermedad, al igual que su memoria. Fue un proceso doloroso de ver y vivir.

Este dolor me hizo reflexionar sobre esta historia. No quería que mi relato corriera el mismo destino que mi padre. No quería que mis palabras se desvanecieran en el olvido, ni que los sentimientos que deseaba transmitir se perdieran en el tiempo. Fue entonces cuando tomé una decisión. Decidí volver a escribir la historia, pero esta vez desde el punto de vista de los protagonistas. Quería que ellos mismos contaran su historia, que compartieran con el mundo todo lo que habían llevado dentro durante esos catorce años, desde que se conocieron hasta que, finalmente, lograron conectar en paz con el mundo que los rodeaba y con sus propios sentimientos.

Son dos protagonistas que cometieron errores en su adolescencia y juventud, como todos nosotros. Sin embargo, a lo largo de su viaje, descubren que el amor es el motor que impulsa a las personas a ser mejores y a luchar por lo que realmente vale la pena. Aprenden que el amor puede ser transformador y redentor, y al final, es lo que nos hace felices.

Espero sinceramente que esta novela llegue a vuestros corazones y os haga revivir vuestro primer amor. Quiero que soñéis con la idea de que, en algún otro universo, tal vez todo fue posible. Mi deseo más profundo es que os toque de alguna manera, que os haga reflexionar sobre la importancia del amor y la lucha por lo que amamos.

Así que, por favor, seguidme en este viaje. Permitíos sentir, soñar y reflexionar. Y, sobre todo, no dejemos de creer en la fuerza de amor.

CAPÍTULO 1

NOEL

Solo son las siete de la mañana y el sol hace rato que pinta mi cama con la luz que se filtra a través de mi persiana, no soporto estar acostado. Ayer por la tarde estaba en casa cuidando a mis hermanas gemelas cuando sonó el timbre, fui a abrir y vi que era Marisa.

Por la expresión de su cara entendí que no traía buenas noticias. Dejé a mis hermanas viendo los dibujos en el salón y la invité a pasar a la cocina.

—¿Qué ocurre, Marisa? —dije sin más rodeos—. ¿Por qué traes esa cara?

—Es Sonia. —Me miró con tristeza.

—¿Le ha pasado algo? —me preocupé.

—Siento tener que contarte esto, pero ayer en la fiesta de la disco vi que se estaba besando con Javier... Tenía que contártelo. De verdad, he pensado en dejar que sea ella quien te lo cuente, pero la conozco y sé que no lo hará. —Me quedé mirándola durante unos segundos, intentando retener las lágrimas que luchaban por bañar mis mejillas—. Lo siento, Noel, pero es algo que tarde o temprano iba a pasar, no te mortifiques, ella no es para ti. No te merece. Mereces alguien sincera, que te quiera de verdad y que no siga jugando contigo. Sé que somos amigas, pero también sé ver que no te ha tratado bien y que ha jugado contigo cuando le ha apetecido.

—Esta vez te equivocas —negué con la cabeza, no podía ser posible—. Llevamos todo el verano juntos y estamos bien..., seguro que hay una explicación. Sonia no ha podido hacerme eso, el viernes estuve con ella en el parque y estábamos bien. Estás confundida, Marisa.

Cogí el móvil y llamé a Sonia, pero no contestó. Los nervios se acrecentaron aumentando mis dudas. Teníamos el próximo curso planificado, ella se quedaría en Sevilla para comenzar el bachillerato y yo iría a Madrid, sin embargo, volvería cada festivo y en vacaciones. Lo hablamos miles de veces y ella estaba de acuerdo en todo, sé que no es de su agrado que me vaya, pero habíamos encontrado soluciones.

Esta vez estábamos bien, pasamos todo el verano juntos, todo un récord después de dos años de idas y venidas y de ese Javier siempre entrometiéndose. Me tenía muy hartado, aun así, esta vez era diferente, no podía ser lo que Marisa me contaba.

Estaba loco por ella y sabía que ella también sentía lo mismo por mí, no podía estar pasando esto. Por momentos notaba cómo un agujero se me abría en el pecho consumiendo mi oxígeno.

Le pedí a Marisa que se marchara, necesitaba estar solo..., pensar. No sabía qué hacer, aunque de todas formas no podía moverme de casa, estaba a cargo de estas dos bichillos que tenía por hermanas hasta que llegaran mis padres, y eso no sería hasta la madrugada. Por este motivo ayer no pude acudir a la fiesta.

Mis padres estaban en un congreso médico y a mí me tocaba quedarme en casa. Siempre me fastidiaban con este tema y tenía que suspender muchos planes por sus compromisos, pero soy el hermano mayor y es lo que toca.

Después de pasar toda la noche dando vueltas en la cama, he decidido levantarme y actuar. No puedo pensar más, tengo la jodida cabeza a punto de estallarme, intentando buscar una explicación. Ella me la debe y voy a exigírsela.

Tras ducharme, voy a la cocina donde mi padre desayuna y me tomo un café en silencio. Noto cómo me observa por encima del periódico que tiene en sus manos.

—¿No me dices dónde vas tan temprano? —me pregunta al ver que no hablo.

—Voy a ver a Sonia antes de que entre en la academia —suspiro al pronunciar su nombre, lo que hace que mi padre sonría y me produzca una rabia que por un momento no soy capaz de controlar—. Te hace gracia por lo que veo, ¿no?

—¿Por qué te pones así?, solo me gusta ver que estás enamorado, a tu edad es lo mejor del mundo sentirse así, con el tiempo verás que es cierto lo que te digo.

—Pues no estés tan contento, papá. —Apenas puedo contener las lágrimas.

—¿Os ha pasado algo? —pregunta preocupado mientras deja el periódico sobre la mesa prestándome toda su atención.

—Ayer vino Marisa..., —Tengo que dar un sorbo al café para continuar—, me dijo que el sábado la vio besándose con el gilipollas de Javier, uno de su barrio que siempre está detrás de ella —le aclaro a mi padre—. Voy a hablar con Sonia.

—Yo creo, Noel, que te deberías de tranquilizar antes, es muy temprano y te noto algo inquieto. ¿Por qué mejor no vas a verla a la hora de la salida?

—No puedo, papá, de verdad, llevo toda la noche jodido, apenas si he dormido un par de horas. Tengo que hablar con ella, que me explique lo que pasó y así poder arreglar esto.

—Bueno..., pues intenta hablar desde la tranquilidad, que así os vais a entender mejor —me aconseja con el ceño fruncido, no está acostumbrado a oírme decir palabrotas, pero es que no puedo contenerme—. Por favor, Noel, ten cuidado con la moto, no hagas el tonto, no me gusta que conduzcas estando así de nervioso.

—Lo sé, papá, no te preocupes, iré con precaución.

Me despido y entro directo al garaje a coger la moto, voy ya con el tiempo demasiado justo. Aún no sé qué cojones voy a decirle... ¿Lo negará? ¿Se sorprenderá de que yo ya sepa lo que ha pasado? La respuesta es no, ella es conocedora de que Marisa estaba en esa fiesta y me lo iba a contar en cuanto tuviese oportunidad, es mi mejor amiga y una persona leal, no como ella.

Y pensando en personas desleales, aunque no sé si es el término que mejor la define, pero me jugaría el cuello a que su amiguísima, Alejandra, ha tenido algo que ver. Siempre ha querido que Sonia esté con Javier, yo nunca he sido santo de su devoción, y aunque Sonia siempre la excusa, la verdad es que hasta he dejado que me trate con indiferencia o con sarcasmo, sin contestarle siquiera, todo porque Sonia esté conmigo y feliz. Hasta me he tragado a esa «amiga».

Al llegar a la puerta de la academia, veo que aún no hay nadie. Me deshago del casco y la espero apoyado en la moto. No pasan ni cinco minutos cuando la veo venir a lo lejos con dos compañeras de clase, ella aún no me ha visto y a mí empieza a invadirme un sentimiento que no logro identificar, no sé si es pena o rabia lo que siento ahora mismo.

No sé cómo ha sido capaz de hacerme esto después del verano tan bonito que estábamos viviendo. Cuanto más se aproxima, más nervioso me pongo, ella no ha reparado en mí, va hablando con las amigas como si tal cosa, como si hace dos días no se hubiese liado con el gilipollas de Javier, como si yo no tuviese el corazón roto desde el domingo cuando vino Marisa...

Cuando al fin repara en mi presencia, le demuda la cara, no me esperaba. Seguro que piensa que soy un cobarde, pero aquí la única que no tiene lo que hay que tener es ella, porque si no, hubiese tenido la iniciativa de hablar conmigo y no esperar a que me enterase por otra persona.

—Hola, Noel —me saluda cuando logra reaccionar—. ¿Qué haces aquí? Pensaba llamarte esta tarde cuando estuviera en casa.

¡Será cínica! Ahora sí tengo claro lo que estoy sintiendo. El calor me bulle desde dentro del pecho, es rabia, pura rabia. Me dan ganas de acercarme y zamarrearla, decirle que por qué es una jodida mentirosa, que ella no pensaba llamarme y que ahora que me ve, se queda sin palabras..., pero, en cambio, me quedo callado, sintiendo cómo mi cara se va poniendo roja, así que vuelvo a subir en la moto sin dirigirle la palabra y me voy.

Conduzco sin rumbo y por inercia acabo en el banco del parque, donde quedamos siempre con la pandilla, donde la veo a ella.

Tras darle un par de patadas al pobre árbol que está al lado del banco, me siento y dejo que las lágrimas campen a sus anchas por mi cara. No puedo seguir aguantando este dolor. No logro explicarme cómo ha sido capaz de actuar así.

El viernes estuvimos justo aquí, los dos, y ella estuvo de lo más cariñosa conmigo, divertida, igual que siempre, con sus bromas y su sarcasmo habitual. Jamás pensé que el sábado me iba a engañar con Javier. Él siempre ha estado entrometiéndose, y aunque fue el primer afectado de todo esto, no quita que sea un chulo de media tinta que se merecía que Sonia lo dejase por un tipo legal como yo. Ahora el karma me la ha devuelto.

Tengo que hablar con ella, una vez controle esta rabia que me consume, le diré lo que opino y que me explique por qué se ha portado así, si estábamos bien, es que no lo consigo entender.

Vuelvo a subir a la moto y me dirijo a casa, ya sé lo que debo hacer.

CAPÍTULO 2

SONIA

No puedo concentrarme, se me ha hecho eterna la clase, pero ahora que veo que la hora de salida se acerca, creo que ha pasado demasiado deprisa.

Seguro que Noel está otra vez en la puerta, y soy una cobarde, no sé qué decirle. No quiero excusarme, los dos sabemos que esto no va a ninguna parte y que es una pérdida de tiempo.

Él no es para mí, no tiene nada que ver conmigo. Siempre está ocupado, estudiando o cuidando de sus hermanas. Yo quedo relegada a un segundo plano. Si quedamos toda la pandilla, él siempre tiene algo que hacer y la verdad, estoy cansada.

Sé que aún tengo quince años y que él es algo mayor que yo, pero no considero que eso lo excuse a la hora de tener tantas responsabilidades, al fin y al cabo, solo nos llevamos un par de años. En el grupo hay varios chicos que son de su clase, o sea, que tienen la misma edad y se apuntan a cualquier plan.

Ale siempre me lo dice, que no me pega nada. Soy una chica a la que le gusta salir, la playa, hacer planes, y me gustaría que él me acompañara con toda la pandilla, pero la mayoría de los días tiene algo que hacer y lo antepone a mí.

Es verdad que cuando estamos juntos es maravilloso. Es muy atento conmigo, siempre preguntándome que si necesito algo, pendiente de mí, detallista, cariñoso... Me gusta mucho, es verdad..., pero, aun así, sé que esto tiene fecha de caducidad y para tener que despedirnos con lágrimas dentro de una semana, prefiero que sea de esta manera. Ya no habrá cabida para tener esperanza en una relación que ninguno de los dos va a respetar.

Estoy plenamente segura de que cuando esté en Madrid conocerá a alguna niña pija de su universidad privada y se olvidará de mí. Yo seguiré aquí, en el mismo instituto, rodeada de la misma gente. Esa gente que es como yo y no como él.

Javier es una apuesta segura, le gusta vivir la vida como a mí, Ale tiene razón cuando me dice que él sí es mi media naranja y no Noel, con su ropa de marca y su moto, que se olvidará de mí en cuanto conozca a otra que sea como él. Ellos dos no han tenido nunca buena relación, Ale siempre intenta protegerme y Noel cree que ella me convence para que haga locuras, cuando en realidad con ella logro evadirme y disfrutar del momento, es mi mejor amiga.

Doy un salto de la silla al oír el timbre que anuncia el fin de las clases. Le pido a Elena que me espere para irnos juntas, no le digo que es porque estoy asustada, no quiero ni pensar que esté en la puerta. Aunque estas horas más que para aprender inglés e italiano me han servido para reflexionar y, si algo he sacado en claro, es que no pienso volver a estar con Noel.

Al salir estoy bastante nerviosa, miro hacia los lados, pero no lo veo, suelto un suspiro de alivio, soy una cobarde y estoy retrasando el momento de la verdad, pero a lo mejor, con el pasar de los días, todo es más fácil, él no estará tan afectado y yo podré mirarlo sin que me produzca tanta pena.

Voy caminando hacia casa, la verdad que sigue haciendo mucho calor, aunque también es normal aquí en Sevilla. Todo el camino lo he pasado mirando en todas direcciones por si me lo encontraba, pero he tenido suerte y no lo he visto por ningún lado.

Al llegar a casa llamo a Ale para contarle lo que me ha pasado.

—¡No me lo puedo creer! Es que es rancio hasta para eso. ¿Dónde se ha visto que te pongan los cuernos, te enteres y no digas nada? Ese niño no tiene sangre en las venas, te lo he dicho siempre, Sonia, es un soso. Tú necesitas alguien de sangre caliente, como Javier. —Me suelta y se queda tan pancha.

—No sé yo si Javier es la solución a mis problemas, está claro desde siempre que con Noel no iba a ningún lado, pero con Javier también tengo mis dudas.

—Pues las dudas las tienes solo tú porque él lo tiene muy claro —me responde misteriosa.

—¿Qué dices?

—Me ha llamado hace un rato, esta noche sus padres no están en casa, nos ha invitado a un grupo a ver el fútbol y pedir unas pizzas y, por supuesto, me ha pedido que vengas tú. Está loco por volver a verte.

—Yo hoy no puedo..., de verdad que no.

—¿Y eso? ¿Qué tienes que hacer?

—Pues que no puedo, Ale, me da pena de Noel. Esta mañana se le notaba que no lo está pasando bien y yo tampoco soy de piedra, a ver si te piensas que no me afecta verle así. Me siento muy mal y sé que él estará muy apenado.

—Pero eso ya no es asunto tuyo, que lo consuele Marisa, que seguro ha sido la encargada de contarle todo.

—Ellos son amigos de toda la vida, ya lo sabes, es normal que se lo haya dicho. Si fuese al revés, ¿tú hubieses hecho lo mismo, verdad?

—Vale, Sonia, te lo compro..., como siempre llevas razón, pero vaya, que se supone que ella es tu amiga también, al menos te podía haber informado que se lo iba a decir y no soltárselo sin que tú estuvieras preparada para cuando él fuese en tu busca, porque sabiendo cómo es, era algo que Marisa sabía que haría. —Hace una pausa—. Fíjate que siempre he sospechado que a ella le gusta Noel.

—No creo, son amigos sin más, pero bueno, eso ya me da igual, no hay remedio, además, tarde o temprano se iba a enterar.

—Pues por eso, a las ocho y media estoy en el bar esperándote. —Me cuelga sin darme tiempo a réplica.

Paso la tarde en la cama oyendo música he intentado leer, pero mis pensamientos van por libre y como un mantra veo su cara de enfado de esta mañana y la manera en que se fue sin decir palabra alguna. Abro el cajón y saco fotos antiguas, siempre me ha gustado revelarlas, no dejarlas en el móvil. Al tocarlas conecto de una manera más tangible con mis recuerdos.

Me da pena el no poder ya estar más con él, saber que no voy a tocar más su pelo castaño, no me perderé en ese verde de sus ojos o besaré esa boca con la que me llama «Mi niña» y yo me derrito al oírlo. Pero hay cosas que sé que no son para mí y él es una de ellas, se merece alguien mejor que yo, que no sea tan alocada, más inteligente, más guapa, más responsable. Que vaya a tener un futuro acorde con el suyo. No una hija de un cocinero y una camarera que, probablemente, no saldrá de su ciudad en la vida, mientras él podrá conocer mundo.

Yo no creo que pueda pisar una universidad, mis padres no tienen dinero para ayudarme, ya bastante se sacrifican para pagarme la academia de idiomas, ¡y porque pude conseguir que una parte estuviese becada, que si no, tampoco! El bar nos da para vivir y poco más.

Esta vez es otro timbre el que me saca de mis pensamientos, es un mensaje en el móvil, quiero y no quiero mirarlo, pero me armo de valor y lo desbloqueo con el alivio de que es Marisa quien me escribe. Sé que debería estar enfadada con ella, pero no puedo, siempre me ha tratado como a su hermana pequeña, ella fue la que me presentó a Noel, con el cual tiene una amistad de toda la

vida, ya que sus padres son primos y siempre han tenido una relación muy estrecha.

Me ayudaba en las clases de ballet, puesto que es de la edad de Noel y va dos cursos por delante. Gracias a ella subí un par de cursos en la academia y me animó a ir a los campamentos de verano de la iglesia y allí fue donde conocí a Noel.

En el primer campamento ella me lo presentó y fue solo verle para sentir cómo en mi estómago revoloteaban mariposas, nunca pensé que se fijara en mí. Yo tenía solo trece años y él ya quince, además era el chico más guapo del campamento con diferencia. Todas las chicas suspiraban por él, a veces era hasta descarado. Yo, pensando que él no me haría caso, decidí que no me iba a unir al club de chicas que bebían los vientos por él y empecé a tratarle con cierta indiferencia, aunque por dentro sí que suspirase. Imagino que esto es lo que me hizo diferente al resto y él comenzó un acercamiento que acabó en un beso detrás de la cabaña que hacía de comedor, solo unos días después. Nuestro primer beso, que para mí también fue el primero con un chico. Desde entonces, hemos tenido nuestras idas y venidas, hasta este fin de semana que todo ha acabado para siempre.

«A las siete te espero en el banquito del parque, no me hagas esperar», dice el mensaje.

Le respondo con un okey y al mirar el reloj decido darme una ducha, así del parque me voy directa al bar de mis padres para recoger a Ale e ir a casa de Javier. No me apetece, pero me vendrá bien distraerme y dejar de pensar un rato.

Pongo el agua casi fría, me pongo ropa y calzado cómodo y salgo de casa en dirección al parque.

Hace un calor de mil demonios, a ver si llega pronto el otoño y refresca algo. El camino que lleva hasta el banco está flanqueado por sauces llorones junto al césped y esto hace que el lugar esté un poco más fresco.

Conforme me acerco, veo una silueta en el banco y mucho me temo que no es Marisa. Me paro y le observo desde aquí, él no me ha visto y podría darme la vuelta, pero decido seguir. Es mejor dejar las cosas claras y acabar ya con esto.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto quedándome parada frente a él, que hasta este momento no ha levantado la cabeza.

—Si te hubiese llamado yo, no estarías aquí, sé sincera, Sonia. —Hace una pausa y se pasa las manos por el pelo como si estuviese cansado—. Por eso te ha mandado el mensaje Marisa.

—Bueno y, ¿qué es lo que quieres? —pregunto un poco borde, no me gusta que me tomen el pelo, ya cogeré a Marisa...

—Pues tú, qué cojones crees, te vas con otro y tienes la jeta de preguntarme que qué quiero.

—No me hables así, Noel, que no tengo por qué aguantártelo, entiendo que estés enfadado conmigo, pero sabes que no me gustan las palabras mal sonantes. —Ahora es mi enfado el que va subiendo de nivel.

—¿Por qué te liaste con él? ¿Tan mal estabas conmigo?

—¿Qué más da? ¿O va a cambiar algo que te diga el motivo?

—Hombre, creo que me merezco una explicación al menos, ¿no? —me dice mirándome intensamente. Me quedo callada, me cuesta no perderme en ese verde cuando me mira, siempre ha sido tan guapo, tan todo... no es para mí.

—Pues no sé..., surgió. Además, Noel, lo nuestro no va a ningún sitio. Te vas en una semana a Madrid y yo me quedo aquí.

—Pensé que eso lo habíamos hablado mil veces. Te dije que vendría en cada puente, en cada festivo —hace una pausa y lo noto cómo necesita tragar saliva para continuar—, estábamos bien, Sonia, eso no me lo puedes negar, el día anterior estuvimos aquí mismo sentados, riéndonos,

besándonos... —Ahora soy yo la que necesita tragar saliva, me ha cogido la mano y sigue mirándome fijamente, en sus ojos se ve dolor, súplica...—. Dime que no ha sido un verano fantástico.

—No lo ha sido, Noel —sentencio tras unos segundos y veo cómo tras mis palabras frunce el ceño en un gesto de dolor—, me has dejado sola la mayor parte del tiempo. Cuando hacíamos algún plan, raro era que tú vinieses, te he echado en falta en muchas ocasiones.

—Nunca me lo has dicho.

—¿Para qué? ¿Acaso ibas a venir si te lo decía?

—Pues no lo sé, hubiese intentado estar más contigo o encontrar una solución. Pero si no me dices las cosas, no podemos arreglarlas, no soy adivino.

—Bueno —le interrumpo—, ya es para nada que miremos lo que podría haber ocurrido, lo pasado, pasado está, y eso somos tú y yo, pasado.

Me levanto del banco dispuesta a volver por el mismo camino por donde he venido. No quiero estar con él y si sigo aquí, sé que acabaré cediendo y después, dentro de una semana, será aún peor. Prefiero dejarlo así, que se olvide de mí, que crea que no siento nada por él y que siga su vida en Madrid con chicas como él y no con alguien que nunca estará a su altura.

Justo cuando voy a volverme, siento cómo me agarra del brazo y tira hacia él, dejando solo un par de centímetros entre nuestros rostros, noto su aliento dulce acariciarme los labios y cuando pienso que me va a besar, pregunta.

—¿Ya no me quieres, Sonia?

—Nunca dije que te quisiera. —Puedo ver cómo la tristeza se va apoderando de su rostro, pero lo mejor es que sea así.

—¿Te vas sin más? ¿Se acabó?

—Sí, esto acaba aquí, es lo mejor. —Empiezo a ver cómo sus ojos se humedecen.

—¿Vas a seguir con Javier?

—Sí. —Quiero hacerle daño, que me odie para que me olvide..., cuando de repente veo cómo una lágrima empieza a rodar por su mejilla y a mí se rompe el corazón—. ¿Estás llorando? —Intento limpiarle la lágrima, pero se aparta de mí como si le fuese a dar calambre.

Durante unos segundos le miro esperando que diga algo más, que me insulte, pero que diga algo. Se monta en la moto y se va. Soy consciente de que acabo de perder a alguien muy importante en mi vida, pero lo hago porque es lo justo para él.

CAPÍTULO 3

NOEL

Siempre me costaba un mundo despedirme de mi familia, y eso que era una escena que se repetía varias veces al año desde hacía diez, que fue cuando marché a Londres por primera vez. Esta vez no iba muy lejos. Inaugurábamos un hotel dentro de un par de meses en Fuerteventura y ese es el tiempo que viviría allí, después volvería a mi destino habitual, Madeira.

Tras la despedida de mis padres y mis hermanas facturo la maleta y me dirijo hacia el avión, siempre me gusta apurar al máximo el tiempo, ya que odio los aeropuertos y eso me había costado perder algún vuelo.

El viaje pasa rápido, puesto que estoy revisando el correo y la agenda para adelantar trabajo, van a ser unos meses duros, sobre todo, las primeras semanas.

Mañana a primera hora tendremos la reunión grupal y conoceré al equipo, bueno, a la mayoría de ellos ya los conozco, hemos coincidido en la universidad en Londres, y a otros también de diferentes destinos por los que he pasado.

James, que es sobrino de uno de los accionistas británicos, será el director del hotel, pero hasta que esté en pleno funcionamiento yo le ayudaré en las gestiones. Esto es algo que la empresa me ha encomendado en un par de ocasiones, es un halago que confíen así en mí.

Al bajar al aeropuerto de la isla noto demasiado calor, algo no habitual a primeros de junio en Canarias. Camino hasta la parada de taxis y le doy la dirección del apartamento que la empresa se ha encargado de alquilarme. Siempre buscan que los empleados residan en la misma zona, incluso si fuese posible en la misma urbanización, como ha sido el caso.

Al llegar, el conserje que se presenta como Antonio me acompaña hasta el apartamento. La urbanización es de lujo, solo hay que ver el tipo de edificación y los servicios que tiene. Antonio abre la puerta y me da las llaves, quedando a mi disposición para cualquier cosa que necesite.

No me sorprende que sea un ático, la primera planta es toda diáfana con una gran terraza al fondo, que da paso al exterior del ático, hay un cenador y un jacuzzi. Arriba se encuentra la habitación principal, con un vestidor y un baño completo.

Deshago la maleta con la intención de que la ropa no se arrugue demasiado, ¡qué mala impresión iba a dar si llega el director encargado del proyecto con la camisa arrugada! Estando metido en faena, oigo el timbre de la puerta, será el conserje que habrá olvidado decirme algo.

—¡No me lo puedo creer!

—¡No me esperabas, eh! —me habla David, mientras pasa para el ático.

—¿Pero qué haces aquí? ¿Cómo no me habías dicho nada? —pregunto extrañado. Es uno de mis mejores amigos, estuvimos juntos en Londres, en la universidad y hasta en el máster, y los dos entramos al mismo tiempo a trabajar en la cadena hotelera.

—Te lo cuento con unas cañas, anda, vamos al club —dice tras abrazarme.

Cojo la cartera y le sigo hasta el restaurante que está dentro de la urbanización, en la zona de la piscina. Nos sentamos en una mesa y pedimos dos cañas.

—Bueno, cuéntame —le apremio impaciente.

—La mujer de James ha tenido un parto prematuro y se ha quedado en Londres para estar con

ella y el bebé que sigue en el hospital, así que voy a ocupar su puesto hasta que él se reincorpore.

—¡Qué alegría, amigo! Las juergas que nos vamos a pegar. —Alzo mi caña a lo que él responde chocando con la suya—. Pero no hoy, claro, que mañana hay que estar a primera hora en el hotel.

—Bueno, pero un buen almuerzo y unas cañas sí que nos podemos permitir. ¿Qué tal ha ido todo por Sevilla, y la familia?

—Todo bien, cada vez me cuesta más irme, las gemelas ya están a punto de cumplir los dieciocho y a mí me da la sensación de que me he perdido media vida de ellas. Aunque las haya seguido viendo durante todos estos años.

—Cuando elegimos este trabajo sabíamos que en casa no íbamos a estar. Yo apenas he pisado Valencia en lo que llevamos de año, pero nos compensa, Noel; mira lo que hemos conseguido y aún no hemos cumplido los treinta.

—En eso llevas razón, aunque no dejo de pensar si vale tanto la pena estar sin la familia y volcarse de esta forma en el trabajo.

—Bueno..., siempre puedes echarte una novia y crear tu propia familia si tanto añoras eso. ¿Y Luzia?

—Sabes que es solo una amiga y que nunca va a ir más allá. Se acabó hace tiempo, hablemos de otra cosa, que me vas a poner mal cuerpo —reprendo a mi amigo, no quiero pensar en ella y en todo lo que lleva sufrido por mi egoísmo, ya este tema está zanjado y no pienso darle más vueltas.

—Está bien —dice levantando las manos—, no la nombraré más. Pero a ver cuándo te conozco una novia que desde Alice ya no te he visto ir en serio con nadie.

—Le dijo la sartén al cazo, ¡no te jode! —me carcajeo.

—Yo no echo de menos a nadie, estoy esperando una mujer especial, que se parezca a *Beyoncé* y que se vuelva loca de amor por mí, no me merezco menos. Mira que dos alemanas ahí sentadas...

—Ya las veo, ya..., pero vamos, que a *Beyoncé* se parecen poco —respondo divertido por su comentario anterior.

—Anda, vamos a invitarlas a comer y así celebramos a lo grande que vamos a pasar el verano juntos.

Pasamos toda la tarde con las alemanas, una de ellas, Gisel, muestra mucho interés por mí y me invita a dar un paseo por la playa, ya está casi anocheciendo, así que supongo que lo que le interesa no es el paseo en sí. Acepto encantado.

En la playa, me lleva de la mano a la zona más alejada. Al llegar cerca del muro de piedra se para y comienza a quitarse la ropa, solo se deja las braguitas y así se introduce en el mar. Yo me quito toda la ropa, sin pudor por quedarme desnudo delante de ella y la sigo hasta quedar a su altura. La beso y le acaricio suavemente los pechos, antes de adentrarnos más, me coloco el preservativo que había cogido de mi pantalón y la llevo de la mano hasta donde el agua nos cubra el pecho, así nadie puede ver desde fuera lo que está pasando.

La subo a horcajadas sobre mí y, echándole la braguita hacia un lado, la penetro sin ni siquiera prepararla, ella gime y echa la cabeza hacia atrás. Atrapo uno de sus pezones con mis labios y empiezo a embestirla con fuerza, con mis manos rodeándole la cintura. Cuando siento su orgasmo, me dejo llevar por el mío y vuelvo a besarla.

CAPÍTULO 4

SONIA

Nunca me he sentido tan feliz como subida en este avión, y eso que cuando volví de San Petersburgo a Sevilla venía dando saltitos en el asiento, fue un curso muy duro, pero gracias al cual hoy voy rumbo a mi nuevo trabajo.

Fui a Rusia al acabar el grado superior de Secretariado de dirección. Aprovechando mi facilidad con los idiomas, decidí estudiar ruso para así poder diferenciarme de los demás candidatos cuando tuviese que optar a un puesto de trabajo, aunque me ha costado casi tres años conseguirlo. He trabajado de teleoperadora para una empresa relacionada con la banca, casi todo el tiempo encargándome de atender a los clientes de habla inglesa. También en el bar de mis padres, aunque allí no iban muchos extranjeros, ya que es un bar de barrio y no está en la zona turística. Ahora, por fin, he conseguido el trabajo de mi vida. La única pega es que me tengo que desplazar a mil quinientos kilómetros de mi casa y no voy a poder estar con mis padres y con la loca de Alejandra. ¡Cómo los voy a echar de menos!

A pesar de todo, solo estoy a dos horas en avión, y con el sueldo voy a poder ir mucho de visita a casa. Es el trabajo de mi vida, «EL TRABAJO», como le llama Ale haciendo comillas con sus dedos.

Me pagan el alojamiento en un apartamento, por lo que es un plus más, ya que me ahorro los gastos de vivienda. Me comentaron en la firma del contrato que era algo habitual que la empresa hace, paga el alojamiento a sus empleados de oficina cuando no residen en la ciudad donde el hotel está ubicado.

Voy a poder desarrollar todo lo que he aprendido, es un puesto de secretaria de dirección y voy a llevar toda la parte de traducción al ruso, ya que la mayoría de los accionistas son originarios de allí. Al fin voy a poder demostrar todo lo que aprendí durante ese año tan fatídico. Lo pasé realmente mal, pero al fin iba a tener mi recompensa.

¡Qué más le podía pedir a la vida! «Un maromo», oigo en mi cabeza la voz de Ale. Pero no, no estoy para novios, después de Andrés decidí que no volvería a tener uno. No fue buena la experiencia, sobre todo, al final, dado que descubrí que era un mentiroso patológico y me la había dado con queso durante los dos años que estuvimos. Alejandra siempre me lo advirtió y mi madre igual, pero el amor es ciego, o eso dicen, así que no me di cuenta hasta que fue demasiado evidente y acabé dejándole.

Al salir del aeropuerto voy directa a la zona de los taxis para que me lleve a la que va a ser mi nueva casa, durante lo que espero que sea mucho, mucho tiempo. Tardamos un poco en llegar, pero cuando estoy allí me quedo alucinada. El apartamento está en una urbanización cerrada con portero y todo, en pleno paseo marítimo, no puedo dejar de pensar en los paseos que voy a dar en esa playa de mar turquesa que tengo frente a mí.

Cuando llego a la garita, el portero se presenta como Antonio, tiene unos sesenta años y me recuerda un poco a mi padre, lo que me produce una ternura instantánea hacia él. Muy amablemente, me invita a acompañarme a mi apartamento y se ofrece a llevarme la maleta, o mejor dicho, maletón, pero no se lo permito, no me gusta que hagan cosas que puedo hacer por mí misma.

Toda la urbanización son bloques color amarillo albero de tres plantas, con un camino de piedra rodeado de césped que se va bifurcando hacia la entrada de cada pequeño edificio. El mío está al final de todo, pero justo al lado de la piscina y la pistas de pádel. Realmente la empresa no ha escatimado en gastos al elegir el alojamiento de sus trabajadores, aunque no me extraño, ya que es una cadena de hoteles de lujo. No veo el momento de llamar a Alejandra para que se muera de envidia. Antonio me acompaña hasta la puerta del apartamento. Está en el tercer piso, me entrega las llaves y se pone a mi disposición informándome de los horarios y del número telefónico de la garita.

Al entrar en el apartamento no me puedo creer lo que ven mis ojos. Todo es diáfano, con suelo de parqué y muebles blancos, solo la habitación y el baño tienen puerta que los separa del resto de estancias. Lo que más me enamora es la pequeña terraza donde hay una mesa con dos sillas plegables, y lo mejor de todo, con vistas directas a la piscina y al club. Es un sitio ideal para desayunar antes de ir al trabajo.

Asomada a la terraza decido telefonear a Ale, pero pensándolo mejor, le hago una videollamada.

—¡Hola! No te vas a creer lo que te voy a contar, así que directamente te lo enseño. —Doy una vuelta por el apartamento con la cámara del móvil encendida para que vaya viendo cómo es la casa, le enseño el dormitorio, el baño y el salón, pero cuando le enseño la pequeña terraza y sus vistas, se pone como loca.

—Sonia, en cuanto pueda estoy ahí para verte —me dice emocionada—. Si cuando te digo que este es el trabajo de tu vida, no exagero. Es el de tu vida y el de la mía. —No puedo evitar reírme ante sus ocurrencias—. En esa terraza nos vamos a tomar el café y después bajaremos al club que se ve desde ahí para tomarnos unos cócteles de margarita.

—¿Ya estás pensando en beber? —contesto divertida.

—¡Sí! Y la fiesta que nos vamos a pegar. Vamos a ligarnos a media isla, iremos a la playa, a las discotecas..., y estaremos rodeadas de chicos guapos, ya sabes que los canarios son muy calientes.

—Pero, ¿de dónde sacas eso?, ¿ni que hubieses estado con alguno!

—Qué sí, que me lo han dicho, y ya lo estaré, ¡vamos a comernos la isla, tú y yo! De hoy no pasa que hable con el esclavista de mi jefe y que me dé los días que me debe.

—¡Ay, sí, ven a verme cuanto antes!, acabo de llegar y pensar que voy a estar sola como en San Petersburgo..., se me cae el alma a los pies.

—No digas chorradas, estamos a dos horas en avión, voy a ir tanto que vas a tener que echarme.

—Jamás, ya lo sabes.

—Bueno, te dejo que me llama mi madre para comer. ¡Qué ganas de salir de aquí de verdad!

—Mañana te llamo y te cuento qué tal me ha ido en el curro.

—Eso, que no se te pase, a ver si te ligas al jefe.

—Anda, loca, hasta mañana, besitos.

—*Ciao*, besitos.

Suelto toda la ropa en el armario y decido salir a comprar, ya que la nevera está vacía, y aunque el turno es partido y coma en el trabajo, deberé tener comida en casa para la cena y el desayuno, además son ya casi las dos y mi estómago se queja de hambre.

Bajo a la garita y le pregunto a Antonio si hay algún súper abierto, y él me indica uno que abre incluso los domingos y festivos, además está muy cerca. Paseando hasta el súper puedo ver toda la playa, el mar está tranquilo y la arena es de un blanco que no me esperaba, siempre que había

pensado en Canarias, veía playas volcánicas de arena áspera y oscura con rocas por todos sitios. Decido que esa misma tarde saldré a pasear por la playa.

Al llegar a casa como un sándwich y ordeno todo para dejarlo listo, estos días voy a estar bastante ocupada. Preparo la ropa para el día siguiente. Opto por un conjunto de falda lápiz, blusa blanca y chaqueta, algo que no falla, y un zapato con un poco de tacón, no quiero estar incómoda por pasarme de presumida. Cuando lo tengo todo listo, me visto con ropa deportiva, recojo mi pelo en una coleta y voy directa a pasear a la playa. Al llegar, el sol está bajando, tiñendo el cielo de tonos rosados, apenas queda gente. Decido quitarme los zapatos y andar descalza por la orilla para poder sentir cómo las olas del Atlántico bañan mis pies. La playa está flanqueada por dos acantilados, y en el más lejano al chiringuito puedo ver a una pareja en el mar dando rienda suelta a su pasión. Siento un poco de envidia, después del desengaño que he sufrido no he pasado de tener más que un rollo de una noche esporádicamente. En el fondo, y aunque jamás lo diré en voz alta, sueño con alguien con quien vivir un amor de verdad, de esos de literatura inglesa, alguien como el señor *Darcy*.

CAPÍTULO 5

NOEL

A las seis de la mañana ya estoy despierto, si bien la noche con Gisel no fue a más de lo que pasó en la playa, he podido descansar del día tan intenso que tuve. Desayuno un café y voy a la ducha de cabeza, quiero llegar el primero a la oficina. Soy el jefe y tengo que dar ejemplo. Al vivir tanto tiempo en Reino Unido se me ha pegado la puntualidad británica y no soporto que nadie llegue tarde.

A las siete en punto ya estoy entrando al hotel, voy en taxi, pero se puede ir perfectamente andando, no está ni a diez minutos de la urbanización. Nada más llegar sonrío, no me sorprende encontrarme allí a Susana, ella también es tan puntual como yo, ya hemos trabajado juntos en otras ocasiones y siempre llegábamos los primeros.

—Buenos días, Susana, qué alegría verte aquí.

—¡Noel! —Se acerca y me da dos besos y un pequeño abrazo—. Qué bueno tenerte de jefe otra vez.

—Pues sí, estoy comprobando que no podemos tener mejor equipo.

—Todos los que se incorporan al equipo directivo son empleados de otros hoteles, ya sabes que a los accionistas no les gusta empezar un proyecto con gente sin experiencia, solo hay una chica nueva que llevará todas las labores de secretariado conmigo.

—Estupendo entonces, pensaba preparar la sala de reuniones y empezar a las ocho en punto.

—Perfecto, ya dejé los dosieres en las mesas, falta la parte técnica, verificar si funciona la pizarra digital y el proyector.

—Ahora me encargo de esa parte, así dejo conectado el portátil para mostrar el proyecto desde allí —la informo.

Susana se marcha a por un par de cafés y entra en la sala de reuniones ofreciéndome uno solo con poca azúcar, es increíble la eficiencia de esta mujer, aún recuerda cómo tomo el café. Dejamos todo preparado y voy a la oficina para llamar a James e informarle. La noche anterior recibí un correo electrónico donde me contaba lo ocurrido con su esposa y su bebé y me pedía que, aunque no le fuese posible estar en el proyecto, lo tuviese informado. Tras casi media hora de conversación telefónica y viendo que ya pasan las ocho, le digo que tengo que colgar, me están esperando para la reunión y está feo que uno de los directores llegue tarde. Le deseo que disfrute todo lo que pueda de su familia y que no se olvide de enviarme alguna foto de su bebé.

Cuando entro en la sala ya estaban todos sentados en sus lugares correspondientes, la única que permanece de pie es Susana.

—Noel, ven, te voy a presentar a la nueva secretaria —llama mi atención.

En ese mismo instante noto como la tierra frena en seco..., me suda la nuca y el corazón se salta algunos latidos..., pero no, no puede ser ella, está muy cambiada, no hay rastro de su melena negra, ahora lleva el pelo por encima de los hombros y mucho más claro que hace diez años cuando la vi por última vez. En cambio, su cara sí es la misma, es verdad que los rasgos son más finos, pero no hay duda, ese lunar en la comisura derecha de su labio inferior lo corrobora. Es ella. Ha cogido algo de peso, pero, aun así, sigue siendo delgada, está más mujer, esa es la

palabra.

Susana se agacha para recoger el bolígrafo de la nueva secretaria, se ve que ella tampoco es inmune a nuestro inesperado reencuentro. Me acerco y Susana nos presenta, ella no dice nada y yo tampoco, pero se queda sentada en la silla y no se levanta a darme la mano, que toma desde su asiento cuando yo se la ofrezco.

La verdad es que no sé cómo voy a ser capaz de hacer la presentación sin que se me noten los nervios. ¿Cómo es posible que esté aquí? ¡Habrá secretarias en España y hemos tenido que coincidir en la isla los dos! Yo desde Madeira y ella desde Sevilla. ¡Menos mal que dejé todo conectado antes de ir a hablar con James! Creo que ahora no daría pie con bola y sería incapaz de enchufar siquiera el ordenador.

Comienzo con la exposición, ella toma apuntes en la agenda y en el pequeño portátil que lleva. Estoy muy sorprendido, porque al parecer nuestro encuentro no le afecta tanto como a mí, aunque pensándolo bien, siempre ha sido así, yo sentí más por ella que ella por mí. Fue mi primer amor, o al menos la primera chica de la que me enamoré, yo para ella, solo un chico más, al que no le importó romperle el corazón en varias ocasiones. Pero bueno, ya han pasado diez años, ahora somos dos personas adultas y no voy a dejar que su recuerdo ni el tenerla cerca me afecten de ninguna manera. En cuanto que esta reunión acabe, la haré pasar a mi despacho y podré demostrarle que soy un profesional y no siento ningún rencor por ella, disimularé, porque soy incapaz de olvidar lo que me hizo.

Por ella cambié mis planes, mi vida, aunque por ese cambio estoy hoy aquí y soy director de uno de los mejores hoteles del mundo. Nunca sabré qué estaría haciendo ahora si me hubiese ido a Madrid como tenía planeado en vez de a Londres.

Cuando termino, me acerco a su mesa antes de salir.

—¿Puedes pasarte por mi despacho, ahora? —La verdad he sonado un poco seco, pero no me ha salido de otra forma, tengo que controlarme.

—Claro —me contesta sin mirarme a los ojos, me da la sensación de que está asustada.

CAPÍTULO 6

SONIA

Me despierto sin saber muy bien dónde estoy, pensaba que los nervios no me iban a permitir dormir, pero he dormido como un bebé. El día de ayer me dejó agotada y ese paseo por la playa al atardecer hizo que me relajase.

Voy directa a la ducha mientras dejo la cafetera encendida. Aún con el albornoz me tomo el café, aunque debería haber preparado tila, ¡estoy de los nervios! No sé qué voy a encontrarme allí, la verdad nunca he tenido mucha suerte con los compañeros de trabajo, aunque pocas veces he trabajado en equipo. Espero que esta vez sea diferente y encaje a la primera, y con suerte hacer alguna amistad para no estar tan sola en esta isla.

Me hago unas ondas en el pelo, menos mal que decidí cortarlo y pasar de la melena, así es mucho más cómodo y práctico. También me maquillo, pero de forma muy suave, no quiero ir hecha una muñeca pepona, aparte de que no es mi estilo.

Miro el reloj y aún quedan veinte minutos para las ocho, así que decido ir andando, ya que sé que está cerca, desde la playa se podía ver a lo lejos el hotel. Cojo mi maletín con el portátil, el bolso y un sándwich que me he preparado por si no me da tiempo a salir a almorzar.

Mientras camino voy pensando en la suerte que he tenido, solo me hicieron un par de entrevistas *online* para este trabajo. Carlos, así se llama el encargado de recursos humanos que me hizo la segunda entrevista, me dijo que él también venía a trabajar a este proyecto, así que al menos conoceré a alguien.

Llego al hotel a la hora planeada, diez minutos antes de la hora a la que debo entrar. Todo el interior está en obras y a lo lejos veo a una mujer vestida de seguridad, así que me encamino hacia ella para presentarme y que me indique dónde están las oficinas. Se llama Gloria y es bastante simpática, me acompaña hasta la misma puerta de la sala de reuniones, por más que le insisto en que no es necesario, pero se empeña y no quiero ser antipática, máxime, después de su amabilidad. Me despido y me adentro en la sala. Hay varios grupos de gente hablando y no logro ver a Carlos por ningún sitio, y la verdad que ahora mismo no sé cómo actuar ni qué hacer. Pero una chica rubia con una coleta alta se acerca hacia mí, sonriente.

—Buenos días. ¿Eres Sonia? —Asiento y le devuelvo la sonrisa—. Soy Susana, voy a ser tu compañera en las labores de secretariado —me informa mientras me ofrece su mano, la cual acepto.

—Encantada, Susana.

—Ven, te enseño tu sitio, después cuando acabe la reunión te llevo a la que será tu mesa y desde donde trabajarás a partir de hoy. ¿Estás nerviosa? —se interesa.

—Bueno, no mucho, solo lo normal de un primer día de trabajo —contesto sin saber muy bien qué decir a lo que ella me responde con un asentimiento comprensivo.

La sigo hasta casi la cabecera de la gran mesa que ocupa la sala y me muestra el lugar donde puedo soltar mis cosas. Llama a algunos compañeros y me los presenta, entre ellos a David, me dice que es uno de los jefes. Me informa que es bastante probable que se quede en el hotel como director más tiempo del que pensaban en un principio, ya que James, que así se llama el que debía de estar en su puesto, ha tenido un problema familiar y se ha quedado en Londres. El otro

jefe solo permanecerá hasta que el hotel esté en pleno funcionamiento; se encuentra atendiendo una videollamada, pero que estará a punto de llegar. Tomo asiento y dispongo todo lo necesario para coger notas, agenda, bolígrafo y mi indispensable portátil, cuando tengo todo ordenado oigo la voz de Susana al fondo, que capta mi atención al oír las palabras «nueva secretaria», y en ese momento, mi corazón deja de latir.

Es imposible, no puede ser él, aquí no. Cuando veo que se aproxima a mi lugar, noto cómo mi corazón empieza a latir otra vez, muy deprisa, intentando recuperar los latidos perdidos. Susana se agacha y me entrega el bolígrafo. No soy consciente de que se me ha resbalado de entre los dedos. Creo que se ha dirigido a él y sí, ha dicho Noel, así que es él. Me ofrece la mano y tardo unos segundos en reaccionar y darle la mía. No dice nada de que me conozca, pero por su cara sé que él también lo ha hecho. Se va al fondo de la sala donde hay una mesa con un portátil y empieza la reunión.

Por más que lo intento no logro enterarme de nada de lo que está diciendo. De vez en cuando veo que me mira, pero yo estoy entretenida apuntando en la agenda palabras sueltas que logro captar, así parece que estoy ocupada. Esto acaba de empezar y ya está siendo un desastre.

Por un momento aparece un pensamiento que, por lógico que fuese, no se me había ocurrido.

Noel es mi jefe. Sí, Sonia, tu Noel, al que le arrancaste el corazón y se lo pisoteaste, al que rechazaste cuando después de eso volvió a buscarte tragándose su orgullo porque pensaba que eras el amor de su vida y por segunda vez repudiaste. Ese que te trataba con cariño y respeto, que te hacía reír cuando estabas triste, él que se entretenía acariciándote la espalda y contándote sus planes de futuro contigo. Ese que ahora va a tener la posibilidad de mandarte para Sevilla en cuanto acabe el día, que seguro que mientras te mira piensa que cómo pudo ser tan tonto para querer perder su tiempo con alguien como tú. Hace diez años y si yo lo recuerdo, él, con más razón, ya que fue al que dejaron.

Cuando me doy cuenta, la gente está recogiendo y veo cómo Noel viene hacia mí.

—¿Puedes pasarte por mi despacho, ahora? —me dice de forma bastante seca.

—Claro —atino a decir sin apartar los ojos de mi agenda.

CAPÍTULO 7

NOEL

Tras decirle eso a Sonia, entro en mi despacho, suelto la chaqueta y aflojo un poco la corbata. Me sobra el traje, es como si hubiese encogido durante la reunión. Tomo asiento para que cuando llegue me vea ocupado y no note lo que me ha afectado verla. Es increíble cómo en unos minutos pueden venir mil recuerdos a la vez. Su risa con mis bromas, esas que llenaban de luz y calor mis días y me hacían olvidarme de todo lo que existía alrededor. Sus besos, la suavidad de su pelo en mis manos..., parece que no ha pasado ni dos días.

De pronto se abre la puerta sin que nadie haya llamado, me sobresalto pensando que es ella, pero suspiro aliviado al ver a David.

—¡Qué mala cara! ¿Tanto te absorbió la alemana? Y eso que tienen fama de frías, aunque a Gisel no se le veía fría la verdad..., no sé.

—¿Qué dices? —Lo que menos necesito ahora son las bromas de David.

—¿Qué cojones te pasa, Noel? ¡Qué parece que has visto un fantasma!

—Pues nada, qué me va a pasar, estoy trabajando, ¿no lo ves? —digo algo molesto, me conoce tan bien que sé que no se dará por vencido, y le contaré lo de Sonia, pero hoy no.

—Bueno, no te pongas así tampoco. —Levanta las manos en gesto de rendición—. ¿Qué te parece tu secretaria?

—Aún no he hablado con ella, le he dicho que se pase ahora por aquí y así nos vamos organizando.

—Cuando me la ha presentado Susana me ha dicho que es sevillana igual que tú, mira qué casualidad.

—Ya ves —contesto pasando las manos por mi pelo.

—Bueno, me voy que veo que no estás de humor, después me cuentas qué te ocurre. Paso por ti a las dos y comemos en un restaurante que hay fuera, a ver si para entonces ya has espabilado un poco.

—Perfecto.

David al final se marcha sin hacer muchas preguntas, no sé si contarle la verdad o inventarme que estoy cansado, no me veo con ganas de expresar mis penas. Ahora tengo que concentrarme y no dejar que esto me afecte, sé que me acostumbraré a ella. ¡Joder, es que ya es casualidad!

Trabajo con el ordenador, abro la agenda para organizarme y así estar más centrado cuando llegue. La verdad es que está tardando. Imagino que estará cuadrando cosas con Susana.

Unos golpes en la puerta llaman mi atención.

—Pasa —digo sabiendo que esta vez es ella—. Siéntate, por favor. Jamás hubiese imaginado encontrarte aquí. ¿Qué tal estás?

—Bien. —La voz le tiembla un poco, al final sí que parece nerviosa, pero bueno, también es la nueva y está con su jefe—. La verdad que yo tampoco esperaba encontrarte aquí, lo último que supe de ti era que estabas en el extranjero.

—He estado en muchos países, siempre en esta misma cadena hotelera, desde que acabé la carrera en Londres. —Se me amarga un poco la voz, ya que tengo delante el motivo por el cual

me fui a Londres—. Pero desde hace un par de años estoy en Madeira, en el hotel que tenemos allí. Aquí en Fuerteventura solo estoy para la inauguración, después volveré a mi puesto habitual. ¿Y tú, cómo has llegado aquí?

—Vi el anuncio de trabajo por internet y os envié el currículum, hice un par de entrevistas y me seleccionaron, así que me vine sin pensármelo. La verdad que en Sevilla no he tenido la oportunidad de desarrollar laboralmente mis estudios.

—Bueno, imagino que Susana te habrá puesto un poco al corriente de tu cometido. Llevarás mi agenda y las traducciones al ruso de los emails y las reuniones. —«¿Cuándo habría aprendido ruso?»—. Te paso a tu correo la agenda para que así los dos podamos ver los cambios en ella y estemos coordinados. Es un trabajo intenso, pero verás que es muy gratificante y tenemos muy buen ambiente. Bienvenida a la empresa, Sonia.

—Gracias —responde y se marcha sin decir nada más.

Ahora que ha estado aquí me siento más relajado, al menos la primera impresión se me va pasando y espero que esto continúe así los próximos días, ya que tengo que trabajar codo con codo con ella y no quiero que unos sentimientos adolescentes estropeen la fama que me he ganado en la empresa. Podría decirle a David que sea él el que trabaje con Sonia y yo con Susana, pero ya estaba así acordado de antes y no quiero que piense que no soy capaz de tener una relación laboral con ella. Pienso actuar con normalidad, como con cualquier otro empleado.

La mañana la paso encerrado en el despacho entre llamadas y emails. Tengo a los proveedores locales ya localizados, esperando aprobación de los jefazos, ya que en nuestra cadena hotelera no solo fomentamos el lujo y el descanso, sino también el cuidado físico y eso pasa por productos locales y ecológicos.

David entra sin llamar, como siempre, son las dos y cuarto ya, y no me había dado ni cuenta. Me apremia para irnos a comer. Cierro todos los programas informáticos y cojo la chaqueta del perchero, preparándome para verla a la salida sentada en su mesa. Pero no está, ni ella, ni Susana. David, al verme mirar la mesa vacía, me observa con extrañeza y me informa que se fueron a comer con Carlos.

CAPÍTULO 8

SONIA

Justo después de recibir la orden de Noel, Susana se acerca y me pide que la acompañe. Me va a mostrar mi mesa desde donde voy a trabajar. Está justo en una sala en la que hay dos puertas en la pared de la izquierda, son los despachos de Noel y David, me indica cuál es mi mesa y la de ella, que está justo en frente, así podemos coordinarnos mejor.

—Susana, me pidió Noel que pasase a su despacho. —La voz me tiembla un poco, ya que estoy bastante nerviosa pensando en mi inminente despido.

—Mira, la puerta de David está abierta y la de Noel, cerrada, eso es que probablemente están los dos en el despacho, espera a que salga David y ya pasas tú. —Entrecierra los ojos al mirarme—. ¿Qué te ocurre, Sonia, estás nerviosa? —Yo asiento, es la verdad, lo que no la informaré del porqué de esos nervios—. Quédate tranquila, Noel es buena persona. Hemos coincidido en otros proyectos y vas a ver que es buen jefe, exigente, pero nunca tendrá un mal gesto contigo, ya verás, no estés preocupada. —Me acaricia el brazo mientras lo dice intentando tranquilizarme, y le agradezco el gesto, pero no tiene el efecto deseado.

Voy a mi mesa a esperar que salga mi otro jefe. Ya es mala suerte la mía, para una vez que encuentro un trabajo acorde a mi preparación académica, mi jefe tiene que ser el único hombre al que le he roto el corazón. Si me echa, pues nada, el karma, lo que me merezco por ser una gilipollas cuando tenía quince años. Pero no deja de ser una injusticia, en la adolescencia todos cometemos errores, así que primero defenderé mi trabajo y le diré que me deje demostrar mi profesionalidad, que solo me tiene que tratar como su secretaria y que jamás lo trataré como otra cosa que mi jefe, que se va a acabar alegrando, ya que soy muy eficiente.

Oigo la puerta al abrirse y David me sonríe antes de entrar a su despacho, recojo la agenda y me dirijo a la puerta cual preso hacia el cadalso para ser ajusticiado.

—Pasa y siéntate —me dice cuando oye mis golpes en la puerta.

Acato sus órdenes, tomo aire preparando mi defensa, le pediré un par de semanas para que vea que sí podemos trabajar juntos, pero me pregunta cómo me ha ido estos años con toda la amabilidad del mundo. Esto me hace relajarme un poco, aunque sigo desconfiando. Le cuento, escuetamente, cómo conseguí el trabajo. El aire es pesado dentro del despacho, huele a su perfume, y al ver esos ojos verdes fijos en los míos, siento cómo mis nervios incrementan. Me está hablando de cuáles serán mis tareas, pero la verdad, no me estoy enterando mucho de lo que dice. Había olvidado lo guapo que era, y ahora al verlo tan de cerca puedo apreciar todos los cambios en sus facciones y en su cuerpo. Tengo que hacer un esfuerzo para centrarme en lo que está diciendo, al final perderé el trabajo por falta de atención, no por haber sido una adolescente despiadada. Cuando lo oigo darme la bienvenida a la empresa, se lo agradezco y, sin decir nada más, me levanto y vuelvo a mi mesa.

Susana no está en la suya. Me permito cerrar los ojos y dejar caer la cabeza entre mis manos, intentando que mi respiración se acompase. Cuando abro los ojos veo a David mirándome divertido.

—¿Estresada en tu primer día?

—Un poco —contesto nerviosa al verme descubierta como si estuviese haciendo algo malo, aunque logro devolverle la sonrisa—. Más bien estoy ordenando mentalmente por dónde empezar y cómo —me excuso.

—Por el principio, Sonia, empieza por el principio —dice sonriendo—. Intenta no agobiarte, es el primer día y tendrás que ir adaptándote poco a poco, si ves que algo te cuesta o no lo entiendes, estamos aquí para ayudarte. Así que relax, de verdad, recuerda que tanto Susana, como Noel o yo mismo te podemos resolver cualquier duda.

—Gracias, eso haré. —Se marcha sonriente y yo me pongo a trabajar, no quiero caer en otra pillada como la que acabo de tener.

Paso la mañana completa delante de la pantalla y con Susana dándome algunas directrices. Se me hace ameno el trabajo, sobre todo, la parte de la traducción al ruso, desde que llegué de allí no he tenido apenas oportunidad de hablarlo. Me obligaba a leer libros en ruso para que no se me olvidara ni una sola palabra, pero aquí uso un lenguaje más coloquial y se me hace más liviano.

A las dos en punto llega Carlos, el encargado de recursos humanos que me hizo la entrevista. Nos saluda con dos besos y nos dice que nos vamos a comer los tres, yo la miro a ella y como veo que asiente feliz y no le veo intención de ir a comunicárselo a David, pues hago lo mismo. La verdad que me ha alegrado verle, es muy simpático y afable, me trata con familiaridad, aunque se nota que a Susana la conoce, ya que, aparte de los dos besos, también le ha dado un pequeño abrazo. Al final va a tener razón cuando me dijo que había buen ambiente de trabajo.

Salimos del hotel y vamos a un bar cercano donde pedimos unas cañas, la mía sin alcohol, puesto que no quiero dar mala impresión, aunque ellos sí se la piden con alcohol y parece que es lo normal.

—¿Qué tal la presentación, Sonia? ¿Has conocido ya a Noel? —se interesa Carlos.

—Sí, todo perfecto. La verdad que este primer día está siendo muy productivo, en tan solo unas horas he aprendido mucho de Susana, y a Noel se le ve buen jefe.

—Me alegro de que te hayamos dado buena impresión. Relájate, vamos a tener un par de meses muy intensos de trabajo, sobre todo, cuando se vaya acercando la fecha de la inauguración. Y si tienes algún problema, ya sabes que el encargado de recursos humanos está a tu disposición.

—¡Tú siempre tan dispuesto! —Susana se ríe divertida—. Ten cuidado que tiene mucho peligro. —Su comentario me hace sonreír, se nota que hay complicidad entre ellos, ojalá logre encajar en este ambiente.

—Solo quiero que el personal esté satisfecho y feliz, sabes que es mi deber. — Me sorprende al ver que me guiña un ojo, pero solo lo quiero interpretar como simpatía, así que le devuelvo una sonrisa.

La comida pasa mientras que ellos dos hablan sin parar de mil cosas, me cuentan anécdotas para incluirme en la conversación, pero yo estoy algo distraída pensando en unos ojos verdes que jamás hubiese imaginado encontrarme en estas circunstancias. Y así, de repente, me viene Alejandra a la cabeza y cómo va a flipar con todo esto. Se va a «morir muerta», como dice ella.

Nos demoramos en la comida, pero como ninguno de ellos dos dice nada de irse, yo me quedo callada, hasta que Carlos paga el almuerzo.

—Cortesía de la empresa —nos dice. Y nos vamos hacia el hotel otra vez.

Al llegar compruebo que las puertas de los jefes están cerradas, y no salen en lo que queda de tarde. Cinco minutos antes de las cinco decido acercarme al despacho de Noel para informarle de

lo que he hecho en el día.

—Pasa —me dice al tocar su puerta.

—Hola, Noel, vengo a comentarte que ya realicé las traducciones y las envié a todos los accionistas, te he dejado en la bandeja de correo las respuestas también traducidas para que puedas leerlas. —Todo esto lo digo sin sentarme, de pie junto a la puerta.

—Siéntate, por favor —me pide.

—Claro.

—¿Qué tal el primer día? Cuéntame.

—Bien, bastante bien. La verdad es que no he parado de trabajar, pero es lo que me gusta, y no había tenido antes ningún empleo donde pudiese usar la lengua rusa que tanto me apasiona.

—Un día me tienes que contar dónde aprendiste ruso, aunque tampoco me sorprende, ya que siempre se te dieron bien los idiomas. —Como su mirada sea así cada vez que entre en el despacho voy a tener que pedir que instalen un desfibrilador aquí.

—Cuando quieras te lo cuento, es verdad que los idiomas son mi pasión, pero el ruso y todo lo que le rodea hace que sea mi favorito. —Él continúa mirándome a los ojos, tengo que fijarme si lo hace así con todo el mundo o es solo conmigo, ahora hablando más relajada con él es como si el tiempo no hubiese pasado.

—Pues como tenemos dos meses, podíamos quedar un día a tomar algo y así nos ponemos al día de todo. ¿Te parece?

Yo asiento sorprendida, no me guarda ningún rencor. A lo mejor me lo tengo muy creído y él no se acuerda de mí en la misma forma que yo de él. Solo éramos dos adolescentes y puede que él lo recuerde como una anécdota, mientras yo le doy vueltas como una tonta. Pero es que lo veo tan guapo... Mi propósito de esta semana será dejarlo de ver como alguien con quien tuve una relación y verlo como un viejo amigo.

No despedimos y decido ir paseando hasta el apartamento. El día continúa caluroso y en la playa se ve a los niños haciendo castillos de arena en la orilla y las parejas tomando el sol. Solo son las cinco de la tarde, en cuanto llegue me cambio y bajo a la playa a leer un rato, pero antes llamaré a Alejandra para contarle todo.

—¡Hola! Estaba como loca esperando que me llamasen. ¿Qué tal tu primer día? —No me deja ni saludarla.

—No te lo vas a creer...

—Cuenta, cuenta. ¿Ya te ligaste al jefe?

—El jefe es Noel, Ale.

—¿Noel, nuestro Noel? Bueno, el tuyo...

—Exacto.

—¿Noel, el soso? —Vuelve a preguntar.

—El mismo, pero no le llames así.

—Vas a tener que hacer verdaderos esfuerzos para no dormirte en las reuniones —me dice divertida.

—¡Serás capulla! No tiene nada de soso, ni antes, ni ahora. La verdad es que me ha acogido muy bien, ha sido amable y hasta amistoso, después de todo lo que le hice.

—Venga, Sonia, han pasado diez años, seguro que ya no te guarda rencor. Además, como tu jefe que es, debe tratarte bien, no permitas otra cosa. —Se queda callada durante unos segundos —. ¡Qué pequeño es el mundo! Te juro que me «muero muerta», porque mira que es casualidad que hayáis coincidido justo allí. Pero no te preocupes, tú demuestra lo que vales y serás imprescindible.

—Eso quiero intentar, no deseo mezclar el trabajo con lo que pasó hace diez años, te juro que por un momento pensé que me iba a echar, pero, en cambio, ha sido muy amable. Me ha dicho que a ver si quedamos una tarde a tomar algo y nos ponemos al día con nuestras vidas.

—Ves, no seas negativa. Ya verás cómo no te echan, a ver si piensas que es fácil encontrar una española que sepa ruso a la perfección. —La oigo reír—. Te tengo una sorpresa.

—¡Dime! —Me encantan las sorpresas y esta creo que me la imagino.

—¡Voy a verte la semana que viene! Me he cogido el viernes y ya tengo los vuelos, eso sí, llego por la mañana, así que tendré que esperar a que salgas del trabajo.

—No hay problema, aviso al conserje y te dejo las llaves en la garita, en cuanto acabe voy para allá y ya planeamos el fin de semana. Te va a encantar la isla, Ale, esto es precioso.

—Estoy deseando, necesito unas vacaciones urgentes y ya si es contigo no le puedo pedir más a la vida.

—Ni yo, nos tendremos que pegar una fiesta, me temo.

—A ver, ¡qué otra cosa podemos hacer! —contesta con una falsa indignación.

—Bueno, le preguntaré a Susana, mi compañera, a ver si ella conoce algún sitio que esté de moda para que podamos salir por la noche.

—Sí, pregúntale, que me apetece mucho salir a bailar, y si la quieres invitar, yo encantada, así conozco un poco la gente que te rodea.

—Perfecto, te va a caer genial, es una chica muy simpática. Ale, te llamo en esta semana que quiero bajar a la playa y aún tengo unas cosas que hacer.

—Gracias por darme envidia, querida amiga, hablamos esta semana. *Ciao*.

—*Ciao*.

Cuelgo y me tomo un té helado mientras preparo mi ropa para el día siguiente. Elijo un conjunto más fresco, ya que he visto que el día será aún más caluroso.

Estoy tan entretenida preparando y organizando el armario que cuando vengo a darme cuenta son casi las ocho y decido que ya es tarde para bajar a la playa. Le envío un mensaje a mi madre, seguramente sigue trabajando en el bar.

Me siento a cenar y a leer un rato para así despejarme del día tan intenso que he vivido.

CAPÍTULO 9

NOEL

La semana pasa bastante rápida, hemos estado hasta arriba de trabajo y el equipo está rodando razonablemente bien. Es verdad que a veces es ver a Sonia, sobre todo cuando estamos en mi despacho solos, y me vienen a la mente mil recuerdos. Es un poco difícil ser profesional con ella y con su aroma a vainilla apropiándose de todo el aire que nos rodea. Me apetecería mucho cenar con ella y que hablásemos de todo lo que ha ocurrido en este tiempo que llevamos sin vernos, pero no sé si es buena idea. Por su actitud, creo que quiere poner distancia entre el trabajo y la amistad que tuvimos. Es muy eficaz y hace bien su trabajo. Lleva toda la semana almorzando con Susana y he visto que Carlos va con ellas. Cuando los veo ir juntos, siento un pellizco en el pecho, no me gusta Carlos, no es buena persona y me gustaría decirle que no se fíe de él, pero no me atrevo, no sé si debo tomarme esa confianza.

Ya son las cinco, la hora de salida, cuando oigo bastante jaleo en la zona de fuera del despacho. Al salir me encuentro a Carlos con David y las dos secretarías.

—¡Hombre, el jefe que faltaba! —grita Carlos con una sonrisa falsa—. Venga, recoge que nos vamos de fiesta al chiringuito de la playa, es mi cumpleaños y termina la primera semana de trabajo, os invito a unas copas.

—¡Felicidades, pureta!

—Qué cruel —dice David divertido—, aunque es lo que tiene ser sincero.

—Ya llegaréis... y cuando eso pase, a ver si estáis igual que yo. Aunque algunos tenéis el alma vieja teniendo menos de treinta. —Veo que Sonia le ríe la gracia—. Vamos, Sonia, Susana, que tengo ganas de fiesta, no se cumplen treinta y cinco todos los días —les dice animado.

—Yo tengo que terminar unos emails, id vosotros y ahora os alcanzo, solo serán diez minutos —contesta Sonia.

Todos se van marchando y yo entro en mi despacho a apagar el ordenador y recoger mi chaqueta, no me gusta Carlos, pero sí me apetece pasar un rato con David, Susana y por supuesto, Sonia. Espero tener oportunidad de hablar con ella y que me cuente un poco que ha hecho estos años que no nos hemos visto.

Al salir veo a Sonia apoyada en su mesa con los brazos cruzados y gesto serio.

—¿Ya has terminado? —pregunto.

—En realidad no tenía nada más que hacer, pero quería esperarte. —Veo cómo se retuerce las manos con nerviosismo—. ¿No te importa que vaya con vosotros, verdad?

—Claro que no —me sorprende con esa pregunta—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—No sé, Noel, entiendo que somos compañeros y que me respetes en el trabajo, pero también entendería que después de lo que pasó hace diez años..., pues eso..., que no quieras tener relación conmigo fuera de aquí —dice mirando al suelo.

—¡Anda, Sonia! No seas tonta, pero si me encanta hablar contigo. —«Demasiado», pienso—. Eso pasó hace mucho tiempo, vamos a tomarnos algo y a divertirnos que nos lo merecemos después de esta semana tan intensa.

Mientras vamos caminando me va contando lo que ha hecho después de trabajar. Casi todos

los días se ha bajado a la playa a leer hasta que se ha puesto el sol y ya sube a casa. Tomo nota mental de esta información para bajar alguna tarde y hacerme el encontradizo. Le comento que yo apenas he desconectado del trabajo y que cuando llego al ático, sigo preparando todo para el día siguiente, pero que la semana próxima ya iré con más calma.

Al llegar al chiringuito nos encontramos al grupo bebiendo mojitos, se han unido varios compañeros más y todos hablan animadamente. Carlos nos ofrece dos mojitos a nosotros también y Susana inmediatamente acapara a Sonia contándole no sé qué de unas clases de bachata.

David me mira y sé que se huele algo, tendré que contarle lo que pasó en Sevilla o corro el riesgo de que se enfade si se entera de otra forma. Pero me cuesta revivir aquello, creo que es la única vez que una mujer me ha hecho daño de verdad. Me siento en un taburete alto y veo cómo Carlos lleva a Sonia de la mano hacia la arena que hace de pista de baile en el chiringuito. Hay una pequeña orquesta tocando bachata y ellos nada más llegar se ponen a bailar. Me pongo un poco celoso al verlos tan pegados y con tanta confianza. Él tiene sus manos en la parte baja de la espalda de Sonia, mientras ella lo agarra por los hombros, no me gusta esta escena. Ella está espectacular con el pantalón negro Capri y una camisa lencera en la que no había reparado hasta que se ha quitado la chaqueta para ir a bailar. Sigue tan guapa como siempre, ahora se le marcan algo más las caderas, pero es ella.

—Oye, qué si quieres otra copa —me saca David de mis ensoñaciones.

—Perdón, tío, no me he enterado.

—Ya veo, ya... —dice mirando a Sonia—. ¿Cuándo me vas a contar lo que pasa?

—No tengo nada que contar y sí, tráeme una, pero no un mojito de estos, un *whisky* mejor.

—Ese es mi Noel.

David se va a por las copas, mientras yo observo a Sonia bailar con Carlos. La verdad es que creo que es la primera vez que la veo bailar, y eso que recuerdo que acudía a clases con Marisa. También es cierto que apenas fuimos a ningún sitio donde se hicieran bailes latinos cuando estuvimos juntos en Sevilla.

—No se va a perder, ¿eh?

—¿Quién? —pregunto extrañado, no sé de quién me habla.

—Tu secretaria, que no le quitas ojo —se ríe de mí mientras me da la copa—. ¿Cuándo me lo vas a contar? —insiste de nuevo.

—Vale, la conozco de Sevilla. —Veo cómo abre los ojos de forma exagerada—. ¿Te acuerdas la chica por la que te dije que al final acabé en Londres y no en Madrid?

—Es ella —me interrumpe.

—Sí.

—Ella, Sonia. Es la chica que te rompió el corazón —dice sin dejar de mirarla—. No me lo puedo creer. Pues niégame que te está encandilando otra vez.

—Yo qué sé, David —digo en un suspiro—. La veo y cuando hablamos es como si el tiempo no hubiese pasado, estaba muy pillado de ella, hasta que me dejó por el gilipollas aquel y me quedé muy jodido.

—¿Y ahora qué sientes?

—No lo sé, físicamente me sigue gustando, pero bueno, es normal también, sigue igual de guapa que antes. —Veo a David sonreír—. Pero recuerdo también lo que pasó y no puedo evitar sentir un poco de rencor.

—Para mí es una diosa a partir de hoy. La única chica que le ha roto el corazón al frío de Noel.

—No soy frío, solo que paso de relaciones. No me apetece amarrarme a nadie.

—Vamos, Noel, si hasta a Alice, con quien estuviste casi todos los años de universidad, la tratabas con indiferencia. Siempre has sido así, o pensándolo mejor, desde que te conozco eres así, por lo que intuyo desde que te dejó cierta secretaria.

—Puede ser... —le concedo, aunque sí es cierto que desde que ella me dejó no he vuelto a enamorarme de ninguna otra, por Alice sentí un cariño especial, por las demás, solo deseo.

—¿Aún te hace sentir algo?

—No sé. —Necesito girar la cabeza y dejar de mirarle antes de dar una respuesta.

—Hombre, no te veo muy contento, pero sí muy atento al bailecito que se está pegando con Carlos. ¡El cabrón no pierde oportunidad!

—Ese tío no me gusta, ya lo sabes. Es un envidioso, sobre todo, con nosotros. No lo puede evitar, va de simpático y es un falso. No sé por qué lo han tenido que destinar aquí.

—¿Pues a qué esperas para separarlo de ella? —Señala con la cabeza hacia la pareja de baile —. Sácala a bailar tú, para eso sabes, y así aprovechas y la dejas con la boca abierta y le quitas al moscardón de encima, porque se ve que a él le gusta. —Desde luego que sabe dónde darme para que salte.

Bebo de un trago lo que queda en la copa para infundirme valor y voy directo a la pista. Por el rabillo del ojo veo cómo mi amigo sonríe con suficiencia, ¡será capullo! Siempre consigue que haga lo que él quiera. Pero es que no soporto verla más bailar con él. Me acerco y ellos no se dan cuenta de mi presencia hasta que estoy justo a su lado.

—¿Te importa que baile con ella? —me dirijo a Carlos con afán de fastidiarle y por su expresión veo que lo he logrado.

—No, claro que no.

CAPÍTULO 10

SONIA

Después de aceptar venir a tomar algo con los compañeros, con la excusa del cumpleaños de Carlos, me encuentro con que a Noel no solo no le importa que venga, sino que ahora quiere bailar conmigo.

No me hace mucha gracia que le haya preguntado a Carlos en vez de a mí. Odio que decidan por mí, pero me callo por no meter la pata con Noel. Antes de que empiece la banda a tocar otra canción le doy un gran sorbo a mi mojito, son casi las siete de la tarde y sigue haciendo calor.

Justo cuando la música comienza a sonar, identifico el característico ritmo de otra bachata. Instantáneamente, me pongo en posición y Noel sujeta mi cintura, acercándose a él. La simple caricia de su tacto causa un suave cosquilleo en mi estómago, la idea de que él pueda percibir la respuesta que provoca en mí, hace que me avergüence y lamento no haber tomado algún mojito más. Comienza a moverse y me asombra que sepa bailar tan bien. Sus ojos están clavados en los míos, y por un instante, me encuentro atrapada en ese verde hipnotizante, así que aparto la mirada, pero cuando empieza a hacer pirueta no tengo más opción que mirarlo. Es todo sensualidad, si lo viera Ale, seguro que no le llamaba más, «el soso».

En cuanto acaba la canción me dice que si bailamos otra, pero me excuso diciéndole que estoy cansada y seca, así que me anima a ir a la barra por dos bebidas. Cuando asiento, él toma mi mano entrelazando sus dedos con los míos. Siento cómo mi voluntad se desvanece y no puedo hacer otra cosa que seguirle. Al llegar a la barra me suelta, me pide un mojito y otro para él. A pesar de que sus dedos ya no están entrelazados con los míos, puedo sentir su cálida presencia en mi mano.

—¿Dónde aprendiste a bailar? —Me atrevo a preguntar.

—En Madeira, la animadora es de República Dominicana y, aunque me negué, se empeñó en enseñarme. ¿Y tú?

—Pues, aunque parezca increíble, en San Petersburgo. —Me mira con cara de estupefacción y eso me encanta.

—¿Cómo es posible? ¿En Rusia bailes latinos?

—No conocía a mucha gente allí, los rusos, aunque son muy amables, son muy suyos a la hora de hacer amistades. Por las tardes, cuando no tenía clases, trabajaba en una cafetería y justo al lado había una academia de bailes latinos regentada por un matrimonio cubano, asiduo a la cafetería. —Le doy un trago largo a mi mojito—. Cuando me oyeron hablar en español se volvieron locos y se empeñaron en que todas las tardes, cuando acabase el turno, me fuese a pasar el rato a la academia, y así fue cómo aprendí.

—No sabía que habías vivido un año en Rusia.

—Sí, justo después de acabar el grado, necesitaba un idioma que me diferenciara del resto y conseguí una beca para estudiar allí. ¿Has estado alguna vez?

—Solo en Moscú, en una convención de la cadena, pero hace casi cuatro años. Dicen que San Petersburgo es precioso.

—La verdad es que sí, yo acabé enamorada de la ciudad, de sus palacios y calles, toda la historia vivida en la Segunda Guerra Mundial, es algo alucinante... Pero imagínate el frío que

pasé acostumbrada a Sevilla —se ríe con mi comentario y asiente—. También me sentí muy sola, no pude volar a Sevilla durante todo el curso, ni mis padres pudieron venir a verme.

—Vaya —me dice dedicándome una mirada triste—, al menos aquí estás cerca y es más fácil que vayas o vengan. Y espero que si te sientes sola, me llames, podemos quedar para tomarnos algo o dar un paseo, seguro que tenemos mil historias que contarnos.

—Claro que sí. Espero no llegar a sentirme aquí así, además todos me habéis acogido muy bien, es la primera vez que veo tan buen rollo en una empresa.

—Ya te lo dije, es política de la empresa que haya buen ambiente, un trabajador contento es más eficaz.

Sonrío al escuchar eso, aunque en mi mente empiezan a surgir imágenes poco éticas para mantener contento a mi jefe en la empresa. Bueno, creo que llegados a este punto debería dejar de beber, no estoy acostumbrada y parece que el alcohol está empezando a afectarme.

—Oye, y las gemelas, ¿qué tal están? —No sé por qué le hago esa pregunta, pero él sonríe al nombrarles a sus hermanas.

—Muy bien, a punto de acabar el bachillerato, van a estudiar medicina, como mis padres.

—¡Qué bien! Estarán orgullosos de sus hijas. Bueno, y tú también, recuerdo cuánto cuidabas de ellas.

Cuando escucha mis palabras, su expresión cambia súbitamente y sus ojos verdes se clavan en los míos. Creo que he dicho algo que no debería. Deben ser los mojitos. Tal vez lo más sensato es que me vaya ya a casa, antes de que termine metiendo la pata aún más, hasta ahora íbamos muy bien, no deseo arruinarlo. Me preocupa que él se enfade conmigo, no quiero que deje de tratarme como lo hace, aunque lo negaré delante de la mismísima Alejandra, aún me importa y por nada quiero hacer algo que le moleste o dañe, bastante le hice ya en el pasado.

—Bueno, —vuelvo a hablar viendo que él no lo hace—, me voy a casa.

—¿Ya? —Parece que esto le hace reaccionar.

—Sí, estoy cansada —respondo sin darle opción a réplica.

Sin más, me dirijo a la mesa donde están mis compañeros para recoger el bolso y la chaqueta, y también despedirme.

Carlos, frunce el ceño al oír cómo me despido, y se empeña en acompañarme, pero le digo que no, que ya llamé a un taxi y que el lunes le veo en la oficina. Le agradezco la invitación de esta tarde y vuelvo a felicitarle por el cumpleaños. Salgo hacia al paseo marítimo y es entonces cuando realmente llamo al taxi, al girarme, me llevo un gran susto, Noel está parado a mi lado y no me había dado cuenta.

—¿Te ha pasado algo? ¿He dicho algo que te molestase? —pregunta preocupado.

—No es nada de eso, es que no me encuentro bien, estoy cansada y creo que ese último mojito no debería habérmelo tomado —miento, pero necesito escapar de allí.

Siento su mano tomando la mía y acariciando la palma con su pulgar, esta caricia se me hace tan íntima que vuelvo a sentir mariposas revoloteando en el estómago. No logro apartar la vista de nuestras manos, hasta que oigo su voz.

—Te acompaño —me dice suavemente.

—No hace falta, Noel —respondo con un hilo de voz, quiero escapar de esta tormenta de emociones que se está formando en mi interior, sé que si dejo que me acompañe puede que no me contenga y acabe besándole.

—No puedes irte sola si no te encuentras bien, deja que vaya contigo, por favor..., Sonia. —

Es oír mi nombre escapar de sus labios y experimentar un escalofrío que me recorre la columna vertebral.

—No soy una niña, Noel, ya no —le digo apartando mi mano de la suya, no puedo seguir sintiendo esto.

Veo cómo llega el taxi y suspiro de alivio, al pararse me monto en él y cuál es mi sorpresa al ver que Noel también sube.

—¿Qué haces?

—Pues acompañarte, ya te he dicho que no te voy a dejar sola si no te encuentras bien —me dice mientras cierra la puerta de un golpe seco.

—Y yo te he dicho, ¿qué no soy una niña, Noel! —El taxista mira por el espejo retrovisor mientras se incorpora a la carretera para ir a la dirección que Noel acaba de decirle.

Estoy enfadada, dejo caer la cabeza en la ventanilla, mirando el paisaje e intentando no ser tan consciente de su presencia y de lo cerca que estamos. No le dirijo la palabra en lo poco que tardamos en llegar a la urbanización.

Noel le paga al taxista, y yo evito discutir más con él. Es muy obstinado y no quiero estar más a su lado, no puedo volver a notar esas mariposas que he sentido cuando me ha cogido la mano, ahora es mi jefe y tengo que asumirlo.

Bajo y, sin despedirme, me dirijo hacia mi apartamento. Una vez dentro de la urbanización veo que me sigue.

—¿Se puede saber a dónde vas?

—Ya te he dicho que no te voy a dejar sola. —Sueno autoritario, pero no voy a permitir que me amedrente ni un poquito, aquí no es mi jefe.

—¿Qué no soy una niña y no necesito que nadie me acompañe! —digo tras un largo suspiro. ¡Sí que es insistente este hombre! Trato de relajarme—. Noel, te agradezco el gesto, de verdad, pero no es necesario.

—Solo me preocupo porque estés bien, no quiero que te molestes conmigo.

Guardo silencio por un instante, no pienso dejar que me acompañe a la puerta del apartamento, con los mojitos que he tomado y la forma en que él me mira, soy capaz de cometer una estupidez.

—No lo estoy —digo rebajando el tono—, pero no me gusta que me traten como si necesitase de un hombre para llegar a mi casa, así que ya has hecho bastante en acompañarme en el taxi.

—Está bien, te dejo sola..., con la condición de que si necesitas algo o no te encuentras bien, me llames y me lo digas.

—Está bien.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo —no puedo evitar sonreír. Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla, y aprovecho para respirar su perfume otra vez antes de marcharme—. Adiós, Noel.

—Adiós.

Se queda parado mientras yo continúo por el camino hasta mi apartamento. Voy pensando en todo lo que me ha hecho sentir esta noche, cuando me ha agarrado mientras bailábamos y, sobre todo, la manera en que me ha acariciado la mano. No puedo permitir esta cercanía, ya que acabaré confundida y esta vez seré yo quien termine sufriendo. Hace años que no me sentía como hoy y eso, no es bueno.

CAPÍTULO 11

NOEL

Llevo todo el fin de semana pensando en la tarde del viernes. He ido por fases, al principio me he negado a mí mismo que estuviese sintiendo nada por ella, después he admitido que puede que sea deseo, pero joder, es algo más. Lo pude sentir cuando le cogí la mano mientras esperábamos al taxi, por un momento el tiempo se detuvo y tuve unas ganas inmensas de besarla.

Sé que ella tampoco es inmune a mí, se nota que le gusto, aunque se enfade y se quiera hacer la dura, en eso no ha cambiado. Pero ahora sé que es solo apariencia, porque cuando se despidió y me besó en la mejilla, vi cómo aspiraba mi perfume.

He bajado a la playa y la piscina varias veces durante el día de ayer, pero no la he visto. Hoy domingo he quedado con David para tomar unas cañas, ya que lleva desde el viernes friéndome a llamadas y mensajes. Es un cotilla el muy cabrón, seguro que está deseando que le cuente todo, aunque yo en su lugar haría lo mismo. ¡Ya me gustaría conocer a alguna mujer que le haya hecho perder la cabeza!

Al llegar al club está sentado en una mesa en la terraza que da a la piscina, y sin rodeos le cuento todo. Todo lo que pasó en Sevilla, lo del viernes y cómo en estos diez años jamás sentí algo remotamente parecido por ninguna otra mujer, ni siquiera por Alice.

—A ver, me dices que desde que te dejó nunca te habías sentido tan atraído por nadie, que llevas sin apenas dormir todo el fin de semana porque solo puedes pensar en ella y, ¿qué no sabes qué hacer? —se burla de mí.

—Si fuese otra no me lo pensaba, pero siendo ella..., no me fio. ¿Y si me hace lo mismo? El viernes noté que ella seguía sintiendo algo por mí, ¿pero sabes qué? Hace diez años hubiese puesto la mano en el fuego por esto mismo y mira lo que me hizo. —Suelto el aire que no sabía que estaba reteniendo—. No sé si sería capaz de soportarlo de nuevo.

—Si no lo intentas no lo sabrás nunca..., además, en ese momento qué tenías, ¿diecisiete años? Ya ha llovido desde entonces, digo yo que ya no eres un crío y no vas a reaccionar igual, ¿no? Ve con cautela y no muestres todas tus cartas a la primera, pero si te gusta de verdad, la única forma de quitarte el gusanillo, por llamarlo de alguna manera, es que te acuestes con ella. ¿Te has parado a pensar que solo sea un calentón?

—No, con ella no es un calentón —respondo tajante.

—Yo creo que eso no lo puedes saber así tan pronto, piensa que fue tu primer amor. Eras un adolescente, ya no eres el mismo, Noel, y ella tampoco es esa niña que recuerdas, ahora es una mujer. Seguro que ya no actúa tan inconscientemente. Háblalo con ella —me aconseja.

—¿Y qué le digo? ¿Qué me la quiero tirar?

—Hombre, estoy seguro, por lo que te conozco, que podrías utilizar otra expresión menos vulgar, al menos de primeras. —David no puede evitar reírse ante la frustración que siento, nunca me ha visto así—. Venga, Noel, espabila. Piensa que, sea un calentón o sea algo más, esta historia tiene punto final, te vas dentro de dos meses y ella se queda aquí.

—Eso es otra —contesto derrotado.

—Piénsalo, tómatelo como te he dicho, si no lo pruebas no lo vas a saber, y otra cosa que no nos hemos parado a pensar, ¿crees que ella está dispuesta? Ya sé que has dicho que notaste algo

el viernes, pero no lo sabes con seguridad. Con Carlos también se le ve muy a gusto.

—¿Con Carlos? No es su tipo para nada.

—Susana no cree lo mismo. —Sé que me lo dice para picarme y salirse con la suya, me conoce demasiado bien—. Me comentó que esta semana Carlos había ido a comer con ellas casi todos los días y que la química era palpable.

—¿Eso te ha dicho? —pregunto molesto mientras veo cómo asiente—. No creo que Carlos sea el tipo de Sonia, te lo repito.

—Eso tampoco lo sabemos, así que a por ella, no dejes escapar la oportunidad, Noel. Parece que es buena chica, por lo poco que he podido hablar con ella. Llámame romántico, pero creo que hacéis buena pareja.

—Joder, David, nunca te he visto tan *pasteloso* —le digo carcajeándome.

—Es que quiero verte feliz, creo que te lo mereces, a veces la vida nos da segundas oportunidades y hay que pillarlas.

En eso tiene razón, pasé un tiempo jodido por todo el lío con Luzia, mi secretaria en Madeira, aún cuando pienso en ella me inunda la culpabilidad. Todo lo que pasó hace que no haya disfrutado de verdad con ninguna chica desde entonces, nunca me ha gustado hacerle daño a nadie, pero desde lo que le pasó a la pobre Luzia por mi culpa, me hace ser más precavido en las relaciones, aunque sean de una noche.

La idea de que Sonia se lie con Carlos empieza a crearme cierta desazón, tengo que reconocerlo, no puedo dejar que eso pase, y más conociendo lo envidioso que es. Recuerdo cómo le cambió la expresión de forma radical en el congreso de Londres, donde recibí la noticia de mi nombramiento como director del Hotel de Madeira, destino que él solicitó y no le concedieron.

Los años que llevaba en la empresa siempre ocupó el mismo puesto en recursos humanos, y aunque es un buen puesto, parece que a él le interesa más el mío y me tiene ojeriza, el día que se entere de mi historia con Sonia, le da un *parraque*, aunque lo disfrutaré, ¡qué se joda!

CAPÍTULO 12

SONIA

El fin de semana lo paso en casa, después de contarle a Alejandra lo del viernes, no deja de incitarme a que me lie con él; «Tírate al soso», es su nueva frase favorita. Tiene suerte de que la quiera tanto, porque a veces me dan ganas de matarla con mis propias manos. Obviando esa voz chillona de mi amiga incitándome a cosas indecentes, he optado porque lo mejor es tener una relación únicamente profesional, no dar más lugar a lo que ocurrió el viernes. Creo que si soy capaz de evitar situaciones similares, podré sobrellevarlo sin complicaciones.

Voy caminando hacia el hotel, reflexionando sobre cómo actuaré cuando entre a su despacho para que su fragancia no me afecte. No considero que aguantar la respiración durante tanto tiempo funcione, desde luego que soy una ridícula. Estoy segura de que él no ha pensado en mí, y yo, como siempre, dándole vueltas a la cabeza y, como buena cobarde, escondida en casa, no he bajado ni a hacer la compra.

Cuando llego al hotel suelto mis cosas en la mesa y voy por unos cafés. Le entrego a Susana el suyo y el de David y yo me llevo uno para mí y otro para Noel. Es una tarea que nadie me ha asignado, pero me gusta tener este detalle con mis compañeros, creo que es una buena forma de empezar el día.

Tomo la agenda y el portátil y, reuniendo coraje, cojo aire antes de llamar a la puerta de Noel. De reojo veo cómo Susana está sonriendo, aunque sigue sin dejar de escribir, soy malísima ocultando mis emociones, necesito mejorar mis habilidades como actriz.

—Pasa. —Ya mi corazón me traiciona, y solo he oído su voz, estas arritmias no pueden ser buenas para mi salud.

—Buenos días, Noel. —«Intenta que el aroma no te afecte, intenta que el aroma no te afecte», me repito a mí misma mientras le tiendo el café.

—Gracias, Sonia. —Me desconcierta que solo oír mi nombre saliendo de sus labios logre alterarme de esta manera.

—De nada. Vengo a que repasemos la agenda y a traerte la traducción de los dossiers por si lo quieres mandar a la imprenta. —Le enseño todo lo que he estado haciendo el fin de semana, le enumero las llamadas que tiene pendiente y varios contratos que Carlos ha dejado para que él los revise y dé el visto bueno.

—Ya veo que has estado ocupada este fin de semana.

—Sí, apenas he salido de casa, necesitaba descansar y dejar esto preparado para hoy, no soporto saber que tengo trabajo pendiente.

—Pues así no puedes seguir, tienes que aprender a desconectar. El sábado bajé por si te veía por la piscina o la playa... —me dice y no sé qué contestar, así que solo sonrío—. Quería disculparme por si el viernes fui demasiado insistente, solo estaba preocupado.

—Ya... —logro decir—. Estaba bien, solo necesitaba descansar.

—Bueno, pues ponte a tus cosas —me indica y me levanto de la silla, ansiosa por escapar de allí. El aire en este despacho es el más denso de toda la isla, siempre me hace sentir como si necesitara más oxígeno. Justo cuando abro la puerta para salir, Noel vuelve a llamarme—. Sonia, casi se me olvida, hoy almuerzas con David y conmigo, ¿de acuerdo? Tenemos que hablar de la

inauguración y necesito que estés presente.

—Por supuesto, te veo en la hora del almuerzo.

Voy a mi mesa y me pongo a trabajar, intento así no pensar en la hora de la comida, pero me resulta imposible. Ese que era mi ratito de descanso, mi desconexión de Noel; lo único que se me ocurre es que a Susana también se lo hayan dicho. Lleva toda la mañana encerrada en el despacho de David. Hoy tenían que revisar todos los contratos de los proveedores y ultimar los detalles con la empresa de decoración.

—Buenas tardes, Sonia. —Me sobresalto al oír a Carlos hablarme, estaba tan concentrada en el ordenador que no lo había oído llegar—. ¿Vamos a comer? ¿Y Susana?

—Susana lleva toda la mañana en el despacho de David, están con los contratos de los proveedores. —Hago una pausa—. Hoy no voy a poder ir a comer con vosotros.

—¿Y eso?

—Nada, que Noel me ha dicho que tiene que hablar con David unas cosas de la inauguración y que precisa que yo esté delante.

—Pues ya lo podía hacer en otro momento, ¿no? Es tu tiempo de descanso, tu hora de la comida —dice bastante molesto—. Tendré que hablar con Noel.

—¡No! —le interrumpo—. Ni se te ocurra, es mi trabajo y voy a ir, por favor, no le digas nada.

—Sonia, mi deber es mirar por los trabajadores, y los descansos se tienen que respetar.

—Te lo pido como un favor, Carlos, no le digas nada. Además, a mí no me importa, lo hago con gusto —intento convencerlo para que no diga nada, no quiero que Noel piense que me estoy quejando del trabajo.

—Está bien, tranquila, no diré nada, pero que sea tu jefe no quiere decir que tenga el derecho de hacerte trabajar en tu hora de comida. Lo dejo pasar por hoy, pero a la próxima tendré que hablarlo con él.

—Gracias —logro decir, se le ve bastante molesto.

En ese momento, Noel sale de su despacho y saluda a Carlos de manera muy breve, a lo que él responde solo con un movimiento de cabeza.

—Sonia, aviso a David y nos vamos, ¿de acuerdo? —Yo asiento y empiezo a ordenar y recoger todo lo que voy a necesitar. Cuando salen del despacho, Susana le dice a Carlos que si se van ya y me doy cuenta de que ella no viene. No me hace nada de gracia almorzar con los dos jefes yo sola, pero acato órdenes.

Carlos me mira con el enfado reflejado en su cara, no le gusta esta situación..., pero es lo que hay. Para mi suerte, el almuerzo pasa bastante rápido, ya que no paran de contarme todo lo previsto para la inauguración. Debemos tener hasta el más mínimo detalle preparado, nada puede fallar ese día, puesto que vendrán los accionistas de la cadena y el sábado anterior a la inauguración, una de las hijas de un accionista ruso se casará en el hotel y todos se alojarán en él.

Disfruto de la comida, ya que tengo oportunidad de dar mi opinión y es tomada en consideración en varias ocasiones. Me hace sentirme útil y contenta al ver que valoran mis propuestas. Cuando acabamos, volvemos a la oficina y veo que Susana ya está en su mesa trabajando. Los jefes vuelven a sus puestos. Ella me pregunta qué tal el almuerzo y yo le cuento que todo ha ido genial, que hemos estado ultimando detalles que tenemos que preparar con antelación para que ese día nada falle, en cambio, ella me dice que Carlos estaba muy enfadado porque me hiciesen trabajar en mi hora de comida.

—Nunca lo había visto así, de verdad, ya sé que es el encargado de recursos humanos, pero creo que se lo toma como algo personal —dice con una sonrisa.

—¿Y te ríes? —pregunto extrañada y divertida a la vez.

—Fíjate, opino que no es porque te hagan trabajar por lo que estaba molesto. —Frunzo el ceño mirándola, pues no logro entender lo que dice. Se levanta y se viene hacia mí para hablarme más bajo y que nadie nos pueda oír—. Yo creo que estaba enfadado porque te ibas con Noel y no venías con nosotros.

—¿Y eso? ¿Por qué piensas que le molesta que vaya con Noel?

—El viernes, cuando os fuisteis juntos del chiringuito, a Carlos se le cambió la cara, te lo prometo. Pienso que le gustas, Sonia, vamos, estoy segurísima. Le conozco de hace tiempo y nunca le había visto estas actitudes.

Me deja perpleja, es verdad que Carlos es muy simpático conmigo, pero de ahí a suponer que le pueda gustar me parece un poco excesivo. Cuando voy a preguntarle que por qué está tan segura, David aparece en la sala y llama a Susana para que pase al despacho, así que me quedo con las ganas de saber qué le hace pensar así. Es ya casi la hora de salida y Carlos viene a mi mesa.

—Hola —me dice animado, dejándose caer en el escritorio—. ¿Te queda mucho para acabar?

—No, solo recoger y decirle a Noel que me marchó, por si necesita algo antes de que me vaya.

—¿Te espero y así nos vamos andando juntos?

—Claro —respondo animada al ver que se le ha pasado el enfado. Empiezo a recoger y a dejarlo todo organizado para la jornada de mañana, cuando la puerta de Noel se abre y por unos instantes se detiene y nos observa.

—¿Ya te marchas, Sonia? —pregunta educadamente.

—Si no necesitas nada más, sí.

—Nada más —me dice mientras clava sus ojos en los míos sin importarle que esté Carlos delante—. Hoy has hecho un gran trabajo. —Tras decirme eso me guiña y se marcha.

Soy incapaz de articular palabra alguna, y Carlos parece que tampoco, se ha quedado estupefacto ante las palabras y el gesto de Noel.

—¿Qué confianzas, no? —dice pasado unos segundos. Yo me encojo de hombros y evito contestar.

Reflexionando en lo sucedido, me doy cuenta de que no le ha dirigido ni una mirada a Carlos, ha actuado como si él no estuviera presente. Creo que estos dos no tienen muy buen rollo.

CAPÍTULO 13

NOEL

Ya por fin ha llegado el viernes, la verdad que necesito un descanso de toda esta semana. La preveía más tranquila que la anterior, pero para nada ha sido así. A Sonia, mi secretaria, cada día me gusta más cómo suena, la hemos invitado a comer todos los días con David y conmigo, y así conseguimos aligerar algunos detalles que debíamos tener casi listos esta semana. Ha congeniado muy bien con David, y eso me ha gustado. Él es mi mejor amigo y es un plus que se lleve bien con la chica que me gusta, porque después de esta semana, no puedo más que admitirlo.

Otro punto a favor de estos almuerzos es que no se ha podido ir con Carlos. El muy iluso al tercer día vino a quejarse, diciéndome que los trabajadores deben tener su hora de descanso. Por su puesto lo puse en su sitio y le dije que yo era el jefe, porque sé que eso le jode, y que estábamos haciendo que todo en la empresa marchara con puntualidad británica, que si tenía alguna queja, su superior directo es David, ya que yo me marchó en cuanto esté todo a pleno funcionamiento. Creo que esto lo ha cabreado más, pero no me importa en absoluto, tengo muy claro lo que quiero y cuál es mi objetivo, y ese engreído me sobra en la ecuación. Bastante que no he hecho que se quede Sonia un rato más a la hora de la salida, ya que tengo que ver cómo todos los días se van dando un paseo hasta la urbanización.

Hoy, David y yo, hemos planeado volver al chiringuito a la hora de la salida e invitar a las chicas a tomar unos mojitos, como hicimos el viernes pasado.

—Bueno, ¿qué tal las mejores secretarias del mundo mundial? ¿Unos mojitos en el chiringuito? —pregunta David animado justo cuando estoy abriendo la puerta de mi despacho.

—Yo me apunto —contesta Susana. Los dos miramos a Sonia a la vez, esperando su respuesta. «¡Qué diga que sí!»

—Yo no puedo. Tengo visita de la península, me están esperando en el apartamento. David me mira y a mí se me cambia el semblante, «¿quién será? ¿Algún novio? ¿Un familiar?»

—¿Ha venido tu familia? —pregunta David saliendo a mi rescate, ya que mi expresión está revelando más de lo que debería.

—No, es una amiga, mi mejor amiga —dice Sonia—, llegó esta mañana y va a quedarse hasta el lunes.

—Perfecto, dile que se venga y así la conocemos —le anima David.

—¿A quién hay que conocer? —dice Carlos mientras entra. No puedo evitar poner los ojos en blanco, no sé cómo se las apaña para estar siempre metido en todo.

—Una amiga que ha venido a pasar el fin de semana, pero no sé, habría que ir por ella...

—Pues avísala que yo te acerco.

—No hace falta, Carlos, ya la llevo yo —digo sin darle opción a réplica.

—Como quieras. —Sé que está deseando que me vuelva a Madeira, se lo veo en la cara, no seré buena persona, pero lo disfruto.

Le digo a Sonia que me acompañe y bajamos al garaje donde nos montamos en uno de los coches del hotel. Es la primera vez que hago uso de uno de ellos, la verdad es que estamos muy cerca de la urbanización y si no puedo venir andando, pillo un taxi, aunque echo de menos mi

moto, he pensado en traerla desde Madeira para el tiempo que esté aquí. Sonia va muy callada, así que intento darle conversación.

—¿Qué tal la semana? ¿Cansada?

—Bien —me contesta—, un poco cansada, sí, pero con ganas de desconectar. Veo que saca el móvil del bolso y marca a uno de sus contactos.

—¿Alejandra? Vamos a recogerte, vete para la garita del conserje.

Al oír ese nombre me tenso y agarro con más fuerza el volante, no soporto a Ale, y ella a mí tampoco. Siempre me lo hacía saber cada vez que coincidíamos. Ella tiene parte de culpa de lo que pasó entre Sonia y yo, era muy amiga del tal Javier y seguro la animó a irse con él y ahora voy a tener que aguantarla otra vez, ¡vaya cruz!

—¿Es Ale, la de siempre? —pregunto una vez que Sonia ha colgado.

—Sí, es ella —me dice tan contenta.

—Después de tantos años seguís siendo amigas... —Hablo más para mí mismo, ya que pensaba que se habrían distanciado con los años.

—Sí, ya sabes que siempre estábamos juntas.

Es verdad que siempre estaban juntas, pero siempre me pareció que Ale le tenía un poco de envidia a Sonia, por eso llegué a pensar que esa amistad no perduraría en el tiempo. Siempre estaba intentando influenciarla y esta se dejaba llevar... Al llegar a la garita del conserje, no puedo evitar mirar a Sonia con expresión seria.

—¿Por qué esa cara, Noel?

—No sé, cuando nombraste a Alejandra, han venido muchos recuerdos a mi mente —le respondo sin apartar mi mirada de la suya.

—Espero que haya alguno bueno —me contesta con un deje de tristeza en la voz.

—¿Lo dudas? La verdad es que me asombra, parece que la que no tiene recuerdos bonitos de nuestra relación eres tú. —La atmósfera en el coche se ha tensado, me resulta cada vez más difícil no mirar fijamente sus labios y se me cruza la idea de besarla, pero logro contenerme y continúo hablando—. No puedo olvidar cómo íbamos de la mano cuando paseábamos por el parque en dirección a nuestro banco, donde esperábamos a los demás. Secretamente, confiaba en que no apareciera nadie y pudiéramos estar a solas. ¿Recuerdas aquella tarde que tenías mucho frío y me pediste que te abrazara? Estuvimos besándonos durante casi una hora, me hubiese pasado la vida allí...

—Claro que me acuerdo de aquella tarde, estaba empezando la primavera y solo llevaba una chaqueta vaquera, empezó a refrescar y me abrazaste. ¿Sabes que pensé que ese día intentarías algo más conmigo?

—¡Buenaaas! —dice Ale golpeando el cristal y dejándome con la palabra en la boca. Siempre tan oportuna esta chica. Sonia se baja corriendo a abrazarla.

—¡Qué alegría verte! —dice apretándola con todas sus fuerzas.

—¡Ay, mi niña! —responde Alejandra devolviéndole el abrazo. Me bajo del coche para saludarla.

—Hola, Ale, estás igual que siempre. —Esta vez voy a intentar empezar con buen pie, a ver si conseguimos llevarnos mejor.

—¡Noel! Pues a ti sí que se te notan los años.

CAPÍTULO 14

SONIA

Cuando oigo a Ale decirle eso a Noel, me dan ganas de asesinarla. Esta chica no cambiará nunca, con lo amable que ha sido él.

—Bueno, vamos, que los demás nos están esperando —interrumpo, confiando en que Noel no le conteste y se enzarcen los dos en una discusión, aunque él es demasiado correcto. Son la noche y el día.

Nos pasamos el corto trayecto de la urbanización al chiringuito parloteando. En realidad es ella la que no para de hablar y yo de reír con sus ocurrencias, hasta me parece ver un conato de sonrisa en la cara de Noel. Al llegar, les presento a Susana, Carlos y David, y no se me escapa la miradita de repaso que le lanza David a mi amiga. Ella enseguida se hace con el grupo, mientras cuenta sus batallitas en el aeropuerto y durante el vuelo, donde acabó llena de vómitos por un bebé que viajaba en el asiento de al lado. No puedo estar más feliz al saber que va a pasar unos días conmigo. Voy a poder desahogarme y contarle todo este batiburrillo de sentimientos que no me dejan estar en paz. Por un lado, está Noel, que con cualquier cosa nimia que haga ya me tiene suspirando, y por otro, Carlos. Me gusta mucho cómo me trata, es muy maduro y me cuenta muchas cosas que yo desconozco sobre la isla, creo que es una persona muy inteligente. Durante esta semana no hemos podido almorzar juntos, pero paseamos a la salida del trabajo. Algunas tardes hemos ido a la playa y, sinceramente, siempre me lo he pasado genial con él. Tengo la impresión, por su comportamiento y sus miradas, que yo también le gusto cómo sospechaba Susana. Sin embargo, de repente me viene a la cabeza Noel, y todo cambia.

Todo con él es más intenso. Sus miradas, la manera en que pronuncia mi nombre e incluso cuando me roza, siento como si pudiera desvanecerme en ese mismo instante. Había olvidado que podía sentirme así, no tengo ninguna duda de mis sentimientos por él cuando era apenas una niña, fue algo realmente profundo.

—¿Qué? —digo asustada.

—Que si me acompañas al baño —me dice Ale—, no sé dónde tienes la cabeza. Sin contestarle siquiera, me levanto y le acompaño, la verdad que después de los dos mojitos que llevo también yo lo estoy necesitando—. Niña, ¿qué te pasa que estás en Babia?

—¡Ay, Ale! —digo haciendo pucheros—. Qué me gusta mucho, no lo puedo evitar. ¿Has visto qué guapo está? —Ale asiente—, y encima es muy amable conmigo, justo antes de que llegaras al coche me estaba diciendo que se acordaba de todo lo que habíamos vivido en Sevilla, así, sin rencor ni nada. Te juro que estaba deseando que me besara, era tan intenso el momento, se podía palpar el aire. Pero después lo pienso..., y es mi jefe, MI JEFE. ¿Cómo me voy a liar con él? Ya sabes lo que me ha costado conseguir este trabajo y no quiero tirarlo por la borda, no por un calentón.

—A ver, vamos a centrarnos un poco, o vamos a intentarlo al menos. Me dices que él ha estado diciendo que se acuerda de todo lo que paso hace diez años, señal inequívoca que ha pensado en ti durante este tiempo. También me cuentas que te trata amablemente y que no parece que te guarde rencor porque le pusiste los cuernos... Lo siento, no pongas esa cara porque fue

así. —Se burla de mí la muy maligna—. Hay que mirar las cosas con objetividad, aunque no nos gusten todos los momentos de la historia. —Solo atino a asentir—. Parece que aún le gustas, vamos, ya te lo digo yo que le gustas, solo hay que ver cómo te mira.

—Pero...

—Déjame acabar, por favor; a ti también te gusta —vuelvo a asentir—. ¡Pues líate con él, *coñi*! Si estáis deseando, lo único déjale las cosas claras, él se va en unos meses, así que tampoco puedes esperar más que sexo, aprovéchalo Sonia, vive la vida. ¿Cuánto hace que no estás con alguien sin preocupaciones? No todo en la vida es trabajar y estudiar, te lo llevo diciendo años. Ya tienes un empleo estable, relájate y disfruta.

—Pero se te olvida que es mi jefe y que si sale algo mal...

—Pues poneos unas normas, nada en el trabajo, que solo sea una historia fuera de él.

—Dejando claro que solo sexo, nada de relación de pareja, no quiero ilusionarme.

—¡Esa es mi niña! Vamos, que se creerán que nos hemos caído por el váter.

—Vamos a la barra antes que necesito otra copa.

Cojo a mi amiga de la mano y nos dirigimos a la barra a pedirnos otros dos cócteles y llevarlos a la mesa donde los demás están sentados hablando, pero al pasar por la pista donde la gente baila, nos paramos y empezamos a bailar las dos. En un par de ocasiones, al mirar a la mesa, veo a Noel con los ojos clavados en mí, mientras que David le está hablando. Cuando volvemos a la mesa, Alejandra y David se ponen a hablar y ya no paran durante lo que queda de tarde, mientras yo charlo con todo el grupo, aunque estoy algo distraída pensando en las palabras de Ale y en cómo puedo planteárselo a Noel. Esta Ale siempre acaba liándome.

CAPÍTULO 15

NOEL

Es sábado por la mañana, ayer estuvimos hasta las diez de la noche en el chiringuito. Quisimos invitar a las chicas a cenar, pero no hubo manera, se quisieron marchar a casa. Imagino que tendrían muchas cosas que contarse. David estuvo casi toda la tarde hablando con Alejandra, han hecho buenas migas estos dos; y logró convencerlas para hacer un viaje en barco hasta una cala que hay escondida en el norte de la isla, donde solo se puede acceder por mar. Hemos quedado los cuatro, Sonia también aceptó venir y espero que no sea únicamente porque su amiga la convenció.

Ayer pasamos un buen rato hablando, compartiendo detalles sobre lo que hemos hecho en estos años que no nos hemos visto y comentando del trabajo también. Es sorprendente esa sensación de que el tiempo no ha transcurrido mientras estamos hablando. Ella sigue siendo esa chica simpática, extrovertida y rebelde que conocí hace tantos años.

De vuelta a casa, David me hizo reconocerle que me seguía gustando..., el muy cabrón siempre saca de mí lo que quiere, aunque si se lo hubiese negado no se lo habría creído. Se me nota a lo lejos y es que cuando hablo con ella y mi mirada se posa en sus labios, no puedo evitar sentir el deseo de volver a besarla, y a lo mejor sueno pretencioso, pero juraría que ella también siente esa atracción.

En un par de ocasiones, Carlos se unió a nuestra conversación, y aunque me cuesta admitirlo, parecen llevarse bien y tener una cierta complicidad. No me gusta nada, no me fio de él, pero tampoco quiero aparentar ser un entrometido advirtiéndole algo a Sonia, conociéndola, seguro que le molestaría.

Y aquí estamos los dos en la puerta de la urbanización, con el coche de la empresa esperándolas para ir al puerto deportivo. A lo lejos la veo aparecer y sé, así viéndola desde lejos, que va a ser un día duro para mí. Pero he decidido que lo voy a intentar, no voy a ver cómo se va con Carlos en mis narices mientras me quedo de brazos cruzados. Viste pantalones vaqueros cortos y una camisa estilo ibicenca. La camisa es ligeramente transparente, deja entrever un bikini rojo en forma de triángulo atado con unos lazos... Mi mente empieza a divagar imaginando cómo sería desatar esos lazos.

Nos saludamos y se suben al coche. Nos cuentan cómo han dormido y David no para de contarle a Ale cómo es la cala a la que vamos y que está seguro de que le va a encantar. Al llegar al puerto caminamos hasta el embarcadero, donde está el capitán que nos saluda amablemente. David lo conoce, ya que ha hablado con él para poner su barco a disposición de los clientes que lo quieran alquilar, y como favor, pues le ofreció este viaje. Una vez dentro, las chicas se quedan maravilladas con el barco. El capitán les explica todos los aspectos y detalles y tomamos rumbo hacia la cala.

Solo tardamos unos veinte minutos en llegar. Está desierta. El capitán llama a través de la radio y una lancha viene a buscarlo, nos comunica que sobre las siete de la tarde vendrá a recogernos y que tenemos en la cocina el almuerzo y las bebidas preparadas. Veo que Sonia se ha fijado que el barco lleva una moto de agua.

—Sonia, ¿nos damos una vuelta en la moto y así vemos la playa? —pregunto sabiendo que

ella está deseando.

—¡Sí! Pero después me tienes que enseñar a manejarla.

—Eso está hecho —contesto sonriente, me alegra verla tan animada.

Nos montamos en la moto y veo que ella se agarra a las asas que tiene en la parte trasera y eso no me gusta nada, así que acelero un par de veces para que el cuerpo se le vaya un poco hacia atrás.

—¡Ten cuidado qué me vas a caer! —se queja.

—Agárrate mejor a mi cintura, así no te pasará más, con las olas tengo que acelerar —le explico.

Ella obedece y me agarra por la cintura, y siento cómo los músculos de mi estómago se endurecen con su tacto y mi piel se eriza. Le sonrío y empiezo a ir más despacio para que disfrute del paseo hasta llegar a la cala. Dejo la moto en la arena, con un poco de esfuerzo, la arena aquí no es tan fina y me cuesta más arrastrarla.

—Ven, que quiero enseñarte la playa más bonita que hayas visto hasta ahora.

Ella me sonrío y la agarro de la mano. Cruzamos una cueva de rocas y después de unos diez minutos andando, llegamos donde quería, una piscina natural formada por piedras volcánicas. Siento un pellizco en el pecho al verle la cara, está feliz y asombrada.

—¿Qué te parece?, tenemos suerte de que la marea esté alta, cuando baja desaparece y la piscina se queda seca.

—Pues vamos a bañarnos antes de que eso suceda —me propone. Nos quitamos la ropa y ver ese bikini me vuelve loco, mataría por deshacer esos lazos.

—Bonito bikini —le alabo.

—Tu bañador también es muy bonito, parece que nos hemos puesto de acuerdo —dice sonriente mirando mi bañador también de color rojo.

—Eso es porque estamos conectados mentalmente —me burlo de ella.

Entramos en el agua que está gélida, pero lo agradezco, ya que mi entrepierna se está empezando a acentuar demasiado. Sin embargo, mi alegría es breve, pues ella también siente el frío y sus pezones empiezan a marcarse bajo la tela roja.

—¿Tienes frío? —pregunto acercándome a ella y viendo cómo asiente.

—La verdad que el agua está helada, no pensaba que estuviese tan fría, —Aprovecho para acercarme y frotarle los brazos para que entre en calor—, pero merece la pena, el sitio es maravilloso.

—La verdad que hoy es el día que más bonito está —digo mirándola a los ojos.

Deslizo mi mano hacia su cuello. Luego trazo su mandíbula con mi dedo pulgar, deteniéndome en su labio inferior, acariciandoselo hacia abajo. Siento cómo Sonia parece quedarse sin aliento, y un atisbo de duda cruza por mi mente al pensar si estoy avanzando demasiado rápido.

—¿Puedo besarte? —pregunto mirándola fijamente los labios, ya que no puedo apartar la mirada de ellos.

Observo como asiente lo que me da el impulso final para presionar mis labios contra los suyos. Cuando percibo que los entreabre me atrevo a profundizar el beso. Mi mano izquierda

agarra su nuca y la derecha rodea su cintura, atrayéndola hacia mí. La sensación de suavidad de su piel y el beso, por unos momentos me abruma, pero cuando percibo su gemido tenue, pierdo por unos instantes el control. Coloco mis manos en su trasero y bajo hacia los muslos. Ella responde entrelazando sus piernas alrededor de mis caderas. Nuestras lenguas se rozan, y noto cómo se acerca más a mí, me está costando contenerme. Lucho contra el deseo de arrancarle el bikini. Sus dedos se enredan en mi cabello a la altura de la nuca y tira de ellos con suavidad. Me resulta casi imposible seguir conteniéndome. Nunca me atreví a besarla de este modo que nos está llevando al borde de la locura.

—¡Papá, papá! Aquí está la playa secreta y hoy está llena de agua. —Se oye la voz de un niño. Me aparto de Sonia, murmurando una maldición.

—Buenas tardes —saludo a un hombre de unos cuarenta años con marcado acento canario.

—Buenas —dice Sonia divertida al ver mi frustración—. ¿Salimos, Noel?

—Espera unos segundos —contestó señalando con la cabeza hacia abajo.

—¿La tortuga ha salido del caparazón? —dice Sonia con sorna.

—¿Tortuga? —repito indignado.

—¡Papá, papá! Dicen estos novios que hay tortugas. Sonia, al oírlo, se ríe a carcajadas y sale del agua para envolver su cuerpo con la toalla.

—En todo caso anaconda —susurro en su oído al salir, su risa envuelve el aire, y yo siento esa calidez de antaño en el pecho.

CAPÍTULO 16

SONIA

Volvemos al barco, en la moto de agua que esta vez manejo yo tras una breve explicación de Noel. El paseo lo disfruto bastante, ya que las vistas de la costa desde aquí son hermosas. En esta zona las playas sí tienen ese color oscuro de la piedra volcánica característica de Canarias.

Noel se ha agarrado a mi cintura durante todo el trayecto, y yo intento concentrarme en el manejo de la moto y no pensar en el beso que me ha dado hace unos minutos. Ha sido intenso, pasional... Si no llega a aparecer esa familia no sé cómo habríamos acabado. La verdad es que me he dejado llevar, ya son días que me consume estas ganas de besarle, pero antes tenemos que hablar y dejar claro las condiciones de esta relación, o lo que sea que tenemos.

Al llegar al barco, vemos a David y Ale que se encuentran tomando unas cervezas tumbados al sol, charlando animadamente. Nos unimos a ellos y así pasamos lo que queda de día, hasta que el capitán vuelve y con él regresamos a puerto.

En el trayecto hasta la urbanización intentan convencernos para que cenemos con ellos, pero habíamos quedado con Susana para tener una noche de chicas, así que declinamos la invitación a pesar de las quejas.

—Ya que a cenar no queréis, podemos ir después a una discoteca, le decís a Susana que se venga también. —Nos anima David, que no se da por vencido.

—Pero es que habíamos quedado solo las tres, incluso le dijimos a Carlos que no —respondo viendo cómo Noel me mira. Desde la playa no ha vuelto a tocarme, aunque no hemos parado de hablar en todo el día.

—Si queréis, nos podemos hacer los contradizos —propone Ale.

—Buena idea —dice David guiñándole un ojo—. Voy a llamar para que nos guarden un reservado, después te paso la dirección de la disco. —Ale asiente, ¡muy compenetrados los veo para el poco tiempo que se conocen!

Nos vamos para el apartamento, tenemos que arreglarnos las dos, ya que hemos quedado con Susana a las diez y son más de las ocho. Las dos optamos por vestidos negros, aunque los complementos de distinto color. Yo los elijo dorados y Ale plateados. Nos sentimos como dos colegialas. No paramos de hablar de los chicos desde que llegamos al apartamento. Le cuento con todo detalle lo que pasó en la piscina natural y mi amiga igual que hiciera Noel, maldice a esos inocentes niños.

A las diez en punto llegamos al restaurante donde Susana nos espera tomándose un vino en la barra. La saludamos con un par de besos y me alegro de cómo mi compañera y mi amiga están estrechando lazos, se ve que han congeniado muy bien y no puedo sentirme más contenta.

Un camarero nos guía hasta la mesa que tenemos reservada, está situada junto a un gran ventanal. Desde allí puede observarse un faro que ilumina el oscuro mar a esta hora de la noche. Los faros simbolizan la guía hacia el puerto para los marineros. Desearía que esta imagen pudiera ser una metáfora y que, al igual que los marineros encuentran su puerto seguro, yo también haya encontrado mi lugar en esta isla.

—¡Oye, que te estamos hablando! —dice Ale divertida—. ¿En qué estarás pensando?

—Perdón, ¿qué decíais?

—¿Qué quiere tomar la señora? —me pregunta el camarero.

—Lo mismo que ellas —contesto—. ¿Llevas mucho esperando, Susana?

—Qué va, he llegado hace cinco minutos, pero venía seca y por eso os he esperado en la barra —explica—, por cierto me ha llamado Carlos, quería venir, pero le dije que era cena de chicas, he quedado en llamarle si después vamos a tomarnos algo, el chico es muy insistente.

—A lo mejor es que le gustas —dice Ale.

—Creo que no soy yo la que le gusta —responde sonriendo. Las dos dirigen sus cabezas hacia mí y yo las miro sin saber muy bien qué les pasa.

—Niña, estás que te sales últimamente —dice Ale dándome un codazo.

—¿Qué pasa que has ligado y no me lo cuentas? —me recrimina Susana.

Sopesó si contárselo, no quiero que nadie del trabajo se entere, pero me vendría bien alguien con quien poder desahogarme cuando Ale no esté. Aun así, decidió no decirle nada hasta ver cómo queda la situación con Noel, ya habrá tiempo para tomar esa decisión según vaya avanzando la historia, si es que avanzaba. Tengo que ponerle las cartas sobre la mesa, antes de tener nada con él.

—No le hagas caso a Ale, es una exagerada. Hoy un chico en la playa se ha acercado a hablarme —miento para no ser descubierta.

—Sí, sí, hablarte...

—Ya, no seas más lianta, Ale —digo advirtiéndola con los ojos. Ale hace como que se cierra la boca con una cremallera, pero sin dejar de sonreír. Me entiende solo con mirarla a los ojos, por algo es mi mejor amiga.

—¡Qué envidia me dais! Yo también quiero una amiga así.

—Nosotras te acogemos encantadas en nuestro club —comenta Ale—, tienes que venir a Sevilla. Sonia, cuando vengas, la obligas a acompañarte, para que sepa lo que es una juerga a la sevillana.

Pasamos la cena contándonos anécdotas y riéndonos por todo, creo que el vino también tiene algo de culpa, ni una sola vez he visto mi copa vacía. A la hora de irnos, Susana propone ir a tomarnos una copa y es Ale la que le comenta de ir a una discoteca de la que le han hablado hoy en la playa; como actriz mi amiga no tiene precio.

A mi cabeza no para de venir la imagen de ese beso y las mariposas que me ha hecho sentir.

—Si no os importa voy a avisar a Carlos, que me da pena, le dije que si íbamos a algún sitio le llamaría.

—Sí, pena... —responde Ale burlona.

Salimos del restaurante y pedimos un taxi. Alejandra es la encargada de darle la dirección, ya que David se la acaba de enviar por mensaje. Parece que él también está muy interesado en conocer más a fondo a mi amiga. Ella no me ha contado que haya pasado nada en el barco, pero la conozco y sé que le está empezando a gustar. Ojalá encuentre ya alguien que la haga feliz y así se decida a dejar su casa.

Alejandra aún vive con sus padres. Su madre siempre está atenta a todo lo que el marido necesita y él digamos que no la trata bien, aun siendo demasiado religioso, siempre ha tenido amantes y ella, aunque lo supiera, se lo ha perdonado. Ale, en cambio, no. Con ella siempre usó otra vara de medir. Es muy exigente con su hija. Pero ella siente verdadera adoración por su madre y por eso no quiere dejarla sola con él. Ya le he dicho mil veces que si su madre acepta

esa vida, debe dejarla vivir a su manera, que ella no puede hacer nada y que con veintiséis años debe empezar a buscar algo fuera de casa.

Cuando llegamos a la disco, el portero nos deja entrar sin tener que esperar la larga cola, y es que Ale ha ido a convencerlo. ¡Lo que no consiga esta mujer! Al entrar nos dirigimos al fondo donde está situada la barra. Pedimos unos gin-tonics con frutos rojos y vamos directas a la pista de baile. Entre el vino de la cena y esta copa, empiezo a notarme ya el «puntillo», no suelo beber mucho, y menos mezclar. Seguimos bailando y riendo sin parar, hasta que en un momento decido mirar hacia arriba donde me encuentro con unos ojos verdes que no dejan de mirarme intensamente. Es como si fuera un imán que me atrae sin que yo sea capaz de oponer resistencia, no puedo apartar la mirada. Siempre me gustó perderme en esos ojos, y después de lo de esta mañana, no sé cómo diablos voy a ser capaz de contener la tentación de besarle en cuanto lo tenga a mi alcance. Sacándome de mi trance llega David, haciéndose el encontradizo, y nos invita a subir a la parte de arriba donde están los reservados y desde donde Noel me está mirando. Una vez arriba, tomo asiento justo en frente de Noel, ya que si me pongo al lado no sé si seré capaz de contener las ganas de tocarle.

—Voy a por Carlos, que está abajo —informa Susana mirando el móvil. Se levanta y recorre el camino que va hacia las escaleras.

—¿Carlos? —pregunta Noel claramente molesto.

—Susana le dijo que si íbamos después de cenar a tomar algo le iba a llamar y eso ha hecho —respondo al ver la mala cara que ha puesto, aquí pasa algo y tengo que averiguar qué es.

—Al final nos reunimos aquí media oficina —dice Noel sentándose a mi lado—. ¿Qué tal la cena, mi niña?

—Bien. —¿Cómo es posible que con solo una frase me haga sentir tanto físicamente?—. Nos hemos reído mucho, ya sabes cómo es Ale con sus ocurrencias, y parece que ha congeniado muy bien con Susana, nos hemos puesto al día.

—¿Habéis hablado de mí? —pregunta curioso.

—No —contesto tajante—, de ese tema tenemos que hablar, Noel, antes de que se repita lo de esta mañana.

—¿Qué pasa, te arrepientes? —Noto cómo le tiembla un poco la voz.

—No es eso —sonríó al notar el cambio en su cara—, solo creo que deberíamos establecer unas normas antes de que esto vaya a más.

—Me gusta ese más.

No puedo evitar sonreír al escuchar su comentario; también prefiero ese más. Tenerlo tan cerca hace que inevitablemente me pierda en esos pensamientos. Los labios de Noel son esponjosos y la manera que me besó en la playa sigue resonando en mi mente. De repente noto cómo Noel me observa y respira hondo, expandiendo las aletas de su nariz. Por un instante me da la sensación de que está a punto de besarme.

—Hola a todos —saluda Carlos sentándose a mi derecha.

Veó cómo Noel voltea la cara, no le ha hecho ninguna gracia la interrupción de Carlos, pero en realidad ha sido mejor así. Si me llega a besar, los demás nos habrían visto y no quiero que nadie sepa lo que pasa entre nosotros.

Empieza a sonar salsa, y para mi sorpresa, David invita a Ale a la pista a bailar. Noel hace lo mismo, pero con Susana, dejándome sola con Carlos.

—¿Qué bien se llevan estos dos, no? —me comenta Carlos, refiriéndose a Susana y Noel—. ¿Sabes cómo le llaman en Madeira?

—Ni idea.

—*Quebra calcina* —dice riéndose—. Rompe bragas en español. No hay mujer que se le resista, cada fin de semana una nueva.

—¿Y cómo sabes tú eso? —Me molesta que hablase así de él.

—Tengo varios amigos que trabajan allí, en el hotel, y aquí nada más llegar ya se lio con una alemana, los oí a él y a David comentándolo en la oficina.

—Bueno, si está soltero puede hacer lo que quiera, no le debe explicaciones a nadie —respondo intentando que no se me note lo mal que me ha sentado el comentario.

—Dicen que está liado con su secretaria de Madeira, una tal Luzia que por lo visto está buenísima.

—Pues sí que te informan bien tus amigos.

—Ya sabes que los cotilleos del trabajo vuelan —responde tras dar un sorbo de mi copa—, y parece que aquí también le van las secretarias.

No sé si lo dice por mí o porque ha sacado a bailar a Susana, de todas formas en cuanto pueda voy a preguntarle a Noel. Si tiene una relación con alguien, no voy a ser yo quien se meta en medio, por mucho que me guste.

De repente una idea me cruza la mente. ¿Estará Noel pensando en devolvérmela? A lo mejor me guarda rencor por lo que ocurrió hace diez años y me la piensa devolver ahora. Ha cambiado tanto..., ahora es más desinhibido, más sociable y seguro que tiene una amplia experiencia con las mujeres, como bien ha comentado Carlos. La vida nos ha dado la vuelta como si de un calcetín se tratase.

—¿Te apetece otra copa? —me propone Carlos.

—Claro que sí. —Sé que no es buena idea, no tengo costumbre de beber tanto, pero lo que me ha contado me ha puesto celosa y alerta, ahora mismo no me fio nada de Noel.

Esto solo hace que mi inseguridad reaparezca y ahora no tenga claro que le guste tanto como parecía en la playa. Mañana sin falta hablaré con él, le preguntaré por esa tal Luzia, y si tiene una relación, cortaré esto de raíz.

CAPÍTULO 17

NOEL

Cuando regreso a la mesa donde dejé a Carlos y Sonia, los veo que se dirigen hacia la escalera para bajar a la pista de baile. Le pedí a Susana que me acompañase porque no soporto ver cómo Carlos se acerca a Sonia con aire felino, como si esta fuera su presa, y si bajaba a bailar con Sonia, no sería capaz de contenerme y la acabaría besando.

No aguanto a Carlos desde nunca, y no sé si es que ha notado que siento atracción por Sonia, o tal vez, a él también le atrae ella y está dispuesto a hacer cualquier cosa para conquistarla. Me asomo a la barandilla para ver lo que hacen, sí, lo sé, a veces soy masoquista, pero no lo puedo evitar. Esta vez para mi alivio se dirigen a la barra y no a la pista de baile.

—Parece que se lo pasan bien, ¿no? —Me sobresalto, ya que no he visto a Ale llegar y apoyarse a mi lado en la barandilla.

—Eso parece, sí.

—¿Celoso? —pregunta alzando sus cejas.

—No veo motivos, la verdad, —Me hago el valiente—, ella no es nada mío.

—Pensé que os habíais besado en la playa.

—¿A ti si te lo ha contado? Porque a Susana parece que no, no quiere que sepa nada de nosotros.

—Nosotros... ¿Pues no que no había nada entre vosotros? —Está burlándose claramente de mí—. Noel, a mí no me engañas, te gusta tanto o más que hace diez años. Que conste que nunca fuiste santo de mi devoción, pero sé que a ella le gustas, así que no te preocupes por Carlos. —Me toca el brazo para darme ánimos—. Mira, ya suben.

La verdad que tanta amabilidad por parte de Alejandra me confunde. Ella siempre se ha mostrado antipática conmigo, aunque yo solo la toleraba, también es verdad. Tal vez debería no centrarme tanto en el pasado y dejar de analizarlo todo como si no hubiesen pasado diez años. Todos hemos madurado.

Cuando me doy cuenta las chicas empiezan a decir que están cansadas, son las cinco de la mañana y entre risas y bailes no me he dado cuenta de lo rápido que ha pasado la noche. No he tenido oportunidad de hablar con ella a solas, desde que bajó con Carlos la he notado más distante, no sé qué le habrá contado ese cabrón, seguro que nada bueno.

A la hora de volver a la urbanización, Sonia decide ir con Carlos y Susana en el taxi, dejando a Ale conmigo y con David. Ahora sí, estoy seguro de que algo ha pasado. Si de mí dependiera, hoy mismo lo trasladaba de destino, pero quien lleva este tema es James, y aunque nos llevemos bien, no creo que decirle que estoy celoso, lo considere como motivo para cambiar a Carlos de hotel.

A la mañana siguiente, David me llama para bajar al club, las chicas están allí tomando el sol. Acepto encantado. Anoche me costó conciliar el sueño, ya que no dejé de pensar que Sonia se estuviera arrepintiendo de lo ocurrido en la playa y que Carlos está aprovechando para ganar terreno. No tengo la intención de permitirlo, al menos mientras pueda hacer algo al respecto.

Al llegar las encontramos tumbadas en las hamacas tomando el sol. Sonia lleva un bikini de

color blanco que hace resaltar el moreno de su piel, me va a costar mantener las manos quietas. David llamó al camarero y pidió unos cócteles.

—Cualquiera diría que nos quieres emborrachar —le dice Ale divertida—, aún tengo un poco de resaca de ayer.

—Por eso mismo, con el alcohol se te pasa —le informa David guiñándole un ojo—, soy un hombre atento, Ale.

—¡Algo querrás tú!

Es evidente el tonto que se traen estos dos. Me gusta porque esto hace sonreír a Sonia. A veces me ha dejado caer que su amiga no tiene una vida fácil y sé que es feliz viéndola disfrutar.

—Nada, guapa, solo tu bienestar —dice David sentándose a su lado.

—Bueno, me voy a dar un baño que no puedo con tanta tontería tan temprano —digo marchándome y lanzándome de cabeza a la piscina. Me dan un poco de envidia.

—¿Qué le pasa a este? —pregunta Alejandra.

—No sé, la verdad. —Oigo a David contestarle.

Veo cómo llega el camarero y deja las bebidas en la mesilla, Sonia coge la suya y se sienta en el borde de la piscina. Está pensativa y aprovecho que ha soltado el cóctel en el bordillo para acercarme sin que se dé cuenta. Agarrándola de un tobillo, la meto en el agua conmigo. Saca la cabeza rápidamente y nada hacia mí intentando hacerme una ahogadilla, pero es evidente que no lo va a conseguir, y al darse cuenta, se aleja al bordillo y, sin salir del agua, le da un trago a su copa.

—¿Te has enfadado? —pregunto poniéndome de la misma postura que ella.

—No, me molesta no tener tanta fuerza, así que no malgasto energía en batallas que sé que no puedo ganar, pero puedo ser astuta. —Da un trago a su bebida con cara de suficiencia.

—Eso suena a venganza —replico mientras le quito la bebida y la ruedo entre mis dedos para beber justo donde ella ha posado sus labios. Mi gesto la descoloca y veo cómo me mantiene la mirada unos segundos más de lo correcto.

—Bueno, ya iremos viendo —dice—. Quería hablar contigo y deseo que seas sincero conmigo, Noel, no me apetece historias raras, no ahora que estoy trabajando en la profesión para la que llevo preparándome toda mi vida —dice muy seria—. Sé que para ti a lo mejor no es importante, pero este trabajo para mí es mi vida, ya me descolocó el primer día ver que eras mi jefe, pero ahora me alegra, creo que podemos ser amigos y no quiero estropear eso.

—Yo también creo que podemos ser amigos, no sé por qué dudas ahora.

—Quería hablarte claro antes de que me volvieras a besar como en la playa, poner unas reglas básicas para que ninguno de los dos salgamos dañados, pero antes necesito saber una cosa. —Hace una pausa desviando su mirada—. ¿Qué tienes con tu secretaria de Madeira?

—¿Con Luzia? —La miro extrañado—. Es mi secretaria y amiga también, pero nada más.

—¿No tienes una relación con ella?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Eso no importa, ¿no piensas contestarme?

—Sí, claro —hago una pausa para elegir las palabras—, Luzia y yo tuvimos una historia cuando llegué a trabajar allí, pero la cosa no fue bien y decidimos no seguir, somos buenos amigos, pero nada más. —Eso es lo máximo que voy a contarle, ahora sí me hago una idea de lo que Carlos ha podido contarle. ¡El cabrón va con todas!

—¿Y después de ese final no has vuelto a acostarte con ella?

—Menudo interrogatorio —digo un poco indignado. «¿Para qué quiere tantas explicaciones?»—. Alguna vez sí, pero de eso hace más de seis meses ya.

—No quiero tener nada contigo si estás con alguien.

—No estoy con nadie. Lo que sí me gustaría saber es quien te está metiendo tanta mierda en la cabeza.

—Voy a confiar en ti —responde evitando decirme que ha sido Carlos, pero no necesito que salga de su boca para saber que es él—, y no te voy a preguntar más sobre este tema. Ahora sí, ¿quieres saber las reglas que he pensado?

—Sí, por favor. ¡Qué misterio!

—Bueno, puedes opinar, es algo de los dos —aclara.

¡Cómo me gusta eso de dos, de nosotros dos! Le voy a decir que sí a todo, incluso antes de saber lo que quiere, estoy deseando follármela, para qué fingir. No pienso en otra cosa desde que la besé.

—Vale.

—La primera: Nadie de la oficina se puede enterar, no quiero que piensen que me lio con el jefe para estar mejor en el puesto, o que no estoy capacitada y que por estar contigo estoy ahí.

—Bien, solo una objeción, David es mi mejor amigo, él no dirá nada ni opinará eso de ti. Le gusta cómo trabajas y sabe lo que vales. Así que a él sí me gustaría poder contárselo y que podamos actuar con normalidad cuando esté presente.

—Bueno, pero solo a él, ni a Susana, ni a nadie —asiento y ella prosigue con sus reglas enumerando con los dedos—. Segunda: Te vas dentro de unos dos meses, así que nada serio, solo amigos con derecho a roce y con fecha de caducidad, no quiero relaciones a distancia.

—De acuerdo.

—¿En esta no hay objeción?

—No, me parece una regla lógica. Prosigue, por favor. —No puedo evitar sonreír, por cosas así acabé loco por ella.

—Tercera y última, pero no menos importante. Debemos tener confianza y ser sinceros, sé que hace tiempo no me porté bien contigo y quiero que sepas que no volveré a mentirte ni haré nada que pueda dañarte y espero lo mismo por tu parte. Creo que para que no haya equivocaciones y podamos seguir llevándonos bien, es fundamental que estemos los dos muy concienciados con la sinceridad entre nosotros. —Le acaricio la mejilla con los nudillos, me produce tanta ternura que se me escapa este gesto.

—Eso pasó hace muchos años, éramos dos niños —le digo para tranquilizarla y veo cómo asiente—. Bueno, y ya que estamos de acuerdo en todo, ¿cuándo vamos a poder vernos?

—Cuando se vaya Ale, no la voy a dejar sola.

—¿Entonces mañana?

—Es lunes.

—¿Y? Podíamos ir a cenar. Un plan tranquilo para que no dejes de rendir en el trabajo, no vaya a ser que tu jefe se enfade. —Hago una pausa, pero al ver que no responde, prosigo—. O mejor, si quieres podemos cenar en mi casa y así no tenemos que ir a ningún sitio. Hay un japonés que tiene el mejor sushi de toda la isla, puedo encargarme de la comida.

—Perfecto, me encanta el sushi.

—¿A las ocho en mi casa?

—Allí estaré.

CAPÍTULO 18

SONIA

El lunes por la mañana me despido de Alejandra antes de irme para el trabajo, le hago prometer que volverá pronto y me asegura que así será. Me da pena que se tenga que ir tan rápido, pero ella también tiene que atender sus responsabilidades en Sevilla.

El día de ayer lo pasamos en la piscina y en el restaurante del club con Noel y David. La verdad que fue un día fantástico, hablamos de mil cosas diferentes y ¡Noel fue tan especial conmigo!, como siempre, aunque no intentó ni una vez besarme o cogerme la mano. Me había prometido que lo haría así, que nadie sabría de nuestra relación y lo estaba cumpliendo, sin embargo, en el fondo, admito que me molestó un poco que no intentase nada. Siendo honesta, estoy deseando que pase algo entre nosotros.

A la hora de la cena nos subimos al apartamento para preparar la maleta de Alejandra y pasar un rato a solas. Al fin me reconoció que le gusta David. Es la primera vez que nos sucede algo así, que a ella o a mí nos interese el mejor amigo del ligue de la otra. Está loca, no tengo dudas, y ya tiene planeado que cuando venga, no se le va a escapar. Dice que estos días en Sevilla va a idear el plan para cuando regrese caiga rendido ante sus pies. No puedo evitar sonreír al recordar con la ilusión que me contaba todo, con la boca llena de pizza.

Al llegar a la oficina hago como todas las mañanas, suelto mis cosas en mi mesa y voy a por cafés para los cuatro. Entro al despacho de Noel, cuadramos agendas y no ponemos cada uno a trabajar en lo nuestro. El día pasa rápido, y aunque Noel ha cumplido a rajatabla mi exigencia de que nadie en el trabajo puede saber nada y, por lo tanto, aquí no puede haber gestos cariñosos, he echado de menos un guiño, algo que me haga saber que está pensando en mí, en esta noche.

Sobre las cinco y media llego a casa y preparo la ropa que me voy a poner para la cena. Quiero ir sexy, pero no escandalosa, así que opto por un vestido negro no demasiado ajustado y unas cuñas del mismo color. Salgo a la terraza a disfrutar de un té helado, mientras pienso en lo que va a suceder esta noche, reflexiono sobre lo que pasó hace diez años y lo mal que me porté con él. La imagen de él esperándome en la puerta de la academia me ha atormentado por años. Jamás volveré a hacerle daño, esa va a ser mi premisa en esta especie de relación que hemos pactado.

A las ocho ya estoy lista y decido enviarle un mensaje a Ale, que seguro estará hasta nerviosa de pensar en mi noche.

Yo: *«Deséame suerte».*

Alejandra: *«No la necesitas. ¡Eres la mejor! Grábate eso y, sobre todo, disfruta. Esta misma noche me tienes que contar cómo te ha ido».*

Yo: *«No lo dudes».*

Alejandra: *«Pero con detalle, no seas perra, que nos conocemos».*

No puedo evitar reírme al leer el último mensaje.

Cuando toco el timbre, Noel abre sin preguntar quién es. Subo por las escaleras para que a mi corazón le dé tiempo a dejar de latir tan rápidamente, pero mis esfuerzos son vanos. Lo encuentro apoyado en el marco de la puerta, esperándome, lo cual me pone aún más nerviosa. Viste vaqueros, deportivas blancas y una camisa del mismo color, arremangada hasta los codos, dejando sus antebrazos al aire. No sin esfuerzo, consigo no babear. Noto cómo me da un repaso

sin disimulo.

—¡Qué guapa estás! —me piropea.

—Tú también.

—Pasa, por favor —dice mientras se aparta—, estás en tu casa. —Quedo maravillada cuando veo el apartamento tan grande y luminoso, no tiene nada que ver con el mío.

—Es precioso.

—Y aún no has visto la terraza. —Me coge de la mano y me guía hasta ella.

—¡Tiene jacuzzi! Si me lo hubieses dicho me habría traído el bikini.

—Aquí nadie te ve, así que tienes libertad, el nudismo es algo que nunca me ha molestado —dice divertido.

Jamás antes mostró esa picardía conmigo y debo admitir que me agrada mucho esa faceta suya. Si Ale le viese, vería que de soso no tiene nada.

A la izquierda veo la mesa de la terraza que está completamente preparada para la cena, con todos sus platos, cubiertos y hasta un jarroncito con flores color lavanda en el centro a juego con los salvamanteles. Es todo un detalle de su parte que se haya tomado tantas molestias por mí.

—Muy bonita la mesa —alabo.

—Gracias.

Noel se va a la cocina a coger una botella de vino y yo aprovecho para asomarme a la barandilla comprobando que desde allí se ve la playa y al fondo el hotel. «Sí que la empresa trata bien a sus directivos». Este apartamento tiene que medir el doble que el mío, y la terraza es alucinante, toda de madera, con el jacuzzi y estas vistas.

Vuelve con una bandeja donde lleva el vino y la comida, no me deja que lo ayude. Soy su invitada, como me recalca. Él también es el encargado de servirlo todo.

El sushi es el mejor que he probado hasta el momento. La cena es amena, no hemos parado de hablar, del pasado, del presente e incluso de un futuro. Como si el tiempo no hubiese pasado y fuésemos tan amigos como antes. Al acabar, Noel me invita a sentarnos en la zona de la terraza que tiene un rincón tipo *chill out* y prepara un par de cócteles con ginebra, que no rechazo, pero que no pienso tomarme entero.

—Las vistas son preciosas —le digo admirando el cielo que cubre la playa que se ha empezado a llenar de estrellas tras el anochecer.

—Hoy son más bonitas —No ha apartado sus ojos de los míos al decir esta frase.

Le sonrío y le acaricié la mejilla, él siempre ha sido muy cariñoso, halagándome cada vez que tenía ocasión. Me trataba muy bien, solo una vez me habló mal y fue poco en comparación a lo que merecía. Al venirme ese recuerdo, no puedo evitar que una sonrisa triste se dibuje en mi rostro al mirarle a los ojos. Veo que va a preguntarme algo y para que no lo haga, le beso. Él se deja llevar y me devuelve un beso lento y húmedo. Roza mi lengua con la suya y esto provoca que toda mi piel se erice. Me atrae más a él y aprovecho para sentarme a horcajadas sobre su regazo. Desliza sus manos por mi espalda en un movimiento ascendente y luego las vuelve a bajar, me está volviendo loca con sus caricias. Finalmente, hago realidad mi deseo desde que lo volví a ver; hundo mis manos en su cabello y tiro de forma muy suave de él. Esto lo hace suspirar y me acerca más a su cuerpo. Baja lentamente la tiranta del vestido y traza un camino de besos desde mi hombro hasta mi boca una vez más.

—¿Quieres venir a mi cama? —me pregunta con los ojos cargados de deseo.

Solo puedo responder con un asentimiento, ya que dudo ser capaz de emitir ningún sonido

coherente. Me levanto de su regazo y le ofrezco mi mano para que me lleve hasta su dormitorio.

Una vez llegamos lo empujo suavemente para que siente en la cama y me giro con la intención de que me baje la cremallera. Así hace, y acariciándome los hombros, desliza el vestido, dejándolo caer por mis brazos hasta el suelo. Me volteo lentamente y observo cómo Noel toma aire al verme. Debería sentirme un poco insegura, ya que es la primera vez que me ve los pechos, pero no sé qué me ocurre con él, veo sus ojos inundados de deseo y eso me aporta seguridad. Coloca una mano en mi espalda y me atrae hacia él, atrapando uno de mis pezones con su boca. Lo succiona y lo muerde, provocando que arquee la espalda y emita un gemido. A pesar de la intensidad del momento, encuentro la lucidez suficiente para ordenarle que se levante. Él me obedece y desabrocho los botones de su camisa. Siguiendo su ejemplo, se la bajo por los hombros. Mis manos recorren su pecho, los abdominales y con una lentitud calculada, bajo hasta llegar al botón de sus vaqueros. Con la mirada fija en sus ojos desabrocho el botón lentamente. No le bajo el pantalón, sino que introduzco mi mano en ellos y le acaricio por encima del bóxer, comprobando que está tan excitado como yo. Usando sus propios pies, se descalza y después se baja el pantalón llevándose los calzoncillos a su vez.

Él queda completamente desnudo ante mis ojos, y no puedo evitar la tentación de volver a acariciarlo. Sin embargo, me detiene sujetándome por la muñeca y antes de que pueda protestar, me besa. Me tumba sobre el colchón y continúa besándome y acariciándome, haciendo que mi piel reaccione ante sus atenciones. Poco a poco, su boca va descendiendo por mi cuerpo hasta llegar a mi sexo, donde con su lengua empieza a lamerme el clítoris con movimientos circulares. Siento cómo introduce un dedo dentro de mí, haciéndome gemir intensamente. Estoy a punto de alcanzar el clímax, pero entonces lo detengo y hago que se tumbe. Obedece y toma un preservativo que saca de la mesilla de noche. Una vez veo que lo tiene colocado, me subo a horcajadas sobre él, introduciendo su miembro poco a poco en mí.

Quiero volverlo loco, sé que ha estado con muchas mujeres, probablemente más experimentadas que yo, pero también soy consciente de lo que una vez sintió por mí. Esta noche voy a hacer todo lo posible para que quede grabada en su memoria.

Noel continúa acariciándome los pezones mientras mantiene su mirada fija en la mía, pero me resulta difícil mantener el contacto visual, ya que los párpados me pesan fruto del placer que estoy sintiendo. Noto su mano deslizarse entre nosotros y con solo dos suaves roces a mi clítoris, mi cuerpo estalla en un intenso orgasmo. No me da tiempo a reaccionar y me da la vuelta sin salirse de mí. Sus embestidas son ahora más rápidas y profundas, hasta que en una de ellas se detiene disfrutando de su propio orgasmo.

Apoya su frente contra la mía, esboza una sonrisa y me besa con tanto sentimiento que llega a sorprenderme.

—Eres preciosa, ¿te lo he dicho alguna vez? —pregunta mientras con un dedo me recorre todas las facciones de la cara.

—Tú también estás muy guapo así despeinado —le contesto acariciándole el pelo.

Permanecemos unos segundos mirándonos a los ojos y, de repente, siento miedo. No quiero que esto se convierta en algo más, es sexo y solo sexo, no me voy a permitir que mis sentimientos me confundan.

—Voy al baño —dice levantándose—, no te muevas —me advierte señalándome con el dedo índice.

No le hago caso y tal como veo que la puerta del baño se cierra me levanto y me visto todo lo rápido que soy capaz. Mi intención es irme sin despedirme, pero justo la puerta se abre cuando me estoy poniendo los zapatos.

—¿Ya te vas?

—Sí, Noel, es tarde ya —me excuso.

—¿Por qué no te quedas un rato más? Podemos hablar. ¿He hecho algo para qué te sientas mal? —Frunce el ceño.

—No, no es eso, mañana tenemos que trabajar y ya te dije que no quiero que esto influya en mi trabajo.

—Tus normas.

—Nuestras normas, te recuerdo que estabas de acuerdo —asiente, creo que no quiere discutir, yo también lo prefiero. Se acerca despacio y me besa, al retirarse veo de nuevo paz en sus ojos verdes.

—Déjame que me vista y te acompaño.

—No, ni hablar, estoy aquí al lado, ni siquiera tengo que salir de la urbanización.

—Pero me quedo más tranquilo si te acompaño.

—No soy una niña, Noel, ya te lo dije el otro día —le contesto molesta.

—No sé por qué te empeñas en que no te acompañe, solo es para saber que llegas bien, solo eso.

—Bueno, tú lo necesitas, pero yo no. No me hace falta un hombre que me proteja, sé cuidarme sola, ya te lo he dicho.

—Joder, Sonia, a veces eres muy cabezota.

—O el cabezota eres tú que no te enteras de que no quiero, ¿me vas a imponer tu compañía? —respondo enfadada.

—No, claro que no —se rinde y se pasa una mano por el pelo—. Bueno, no vamos a discutir por una tontería después de lo bien que lo hemos pasado esta noche, ¿no?

Le doy un beso en la mejilla a modo de despedida y me encamino hacia mi apartamento.

Al llegar a casa preparo el pijama y todo lo necesario para darme una ducha, pero al quitarme el vestido noto que este aún conserva su aroma. Llevo mis manos y mi pelo a mi nariz y noto su fragancia impregnada en mí. Recuerdo cómo me miraba, como si fuera lo más hermoso que hubiese visto jamás, cómo acarició mi rostro, y cómo no pude resistir la tentación de acariciar esa mata de pelo castaño que tanto me gusta. Decido que esta noche no me voy a duchar, dejaré que su aroma me acompañe mientras duermo.

CAPÍTULO 19

NOEL

Llevo nervioso desde que entré en el despacho hace ya casi una hora, sé que en cualquier momento aparecerá por la puerta. El motivo de que me sienta así es que anoche se fue algo molesta y me preocupa que pueda seguir estándolo.

—Buenos días, ¿puedo? —saluda entreabriendo la puerta después de haber llamado con los nudillos.

—Pasa —le digo sin despegar los ojos del ordenador—. Buenos días, siéntate, por favor.

—Te he traído un café, solo, con poca azúcar.

—Gracias, un segundo y estoy contigo. —Sigo escribiendo en mi ordenador, estoy redactando un correo que no puede esperar. Cuando acabo, miro a Sonia y veo que está más guapa que nunca y, aunque estoy a punto de decirlo, logro reprimirme—. ¿Repasamos la agenda?

Saca su pequeño portátil y repasamos el día, le pido que me programe una llamada al despacho de Madeira sobre las dos de la tarde. Tengo que hablar con Luzia, pero no voy a decirlo, no vaya a pensar otra cosa. Al acabar, Sonia se levanta para marcharse, pero antes de abrir la puerta se vuelve a decirme algo.

—Sé que te dije que en el trabajo no hablaríamos de lo que pasa fuera, pero quiero disculparme si ayer fui muy brusca antes de irme. No me gusta que me traten como a una niña, pero entiendo que no debía haberte hablado así.

Me deja bastante sorprendido, no ya de que se salte sus normas, sino de que ella se disculpe por algo, siempre ha sido muy orgullosa. Decidido, me levanto y voy donde ella está parada.

—No te preocupes —digo mientras le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja—, a veces soy un poco protector, pero mi intención no es tratarte como una niña, ayer me dejaste muy claro que eres toda una mujer. —Noto cómo se sonroja ante mis palabras y eso me provoca una sonrisa—. Si quieres podemos quedar otra vez hoy y así hablamos de todo esto.

—¿Hoy?

—¿Tienes planes?

—No, pero no sé si es bueno que nos veamos todos los días.

—Deja de analizarlo todo —le pido—. ¿En mi casa a la misma hora?

—¿Podemos probar el jacuzzi?

—Sonia, no deberías decirme estas cosas, ahora me voy a pasar el día pensando en ti y en el jacuzzi.

—No sabía yo que fueras tan pervertido —dice divertida.

—¿Pervertido yo? —pregunto haciéndome el indignado y aguantando las ganas de comérmela a besos aquí mismo—, en todo caso, tú que has tenido la idea del jacuzzi.

—Bueno, que si no quieres no pasa nada —dice con cara de inocente. ¡Me va a volver loco!

—Anda, vete a tu mesa, que al final vas a hacer que me salte todas tus reglas.

Veo cómo se marcha riéndose y rememoro lo sencillo que solía ser todo con ella y el porqué me atrae tanto. Nunca sentí lo mismo, y tendré que controlarme. Ya que como puso en sus

reglas, esto tiene fecha de caducidad. Intentaré reprimirme un poco y no volver a engancharme como antes. Es difícil negar que estos sentimientos me afectan, pero también es verdad que me hacen sentir más vivo que nunca. Revivir cada momento que pasamos juntos ayer me llena de emociones e ilusión. Sus caricias, sus besos... Fue algo especial. No sé si debería detener estos sentimientos, o dejarme llevar por ellos.

El día pasa rápido, ya solo la vuelvo a ver un par de veces más y de pasada. A veces pienso en llamarla a mi despacho con cualquier excusa, pero no quiero que se enfade, así que contengo las ganas.

Decido que esta noche será una sorpresa. Planeo tener un detalle con ella, le prepararé la cena personalmente. Cocinaré un auténtico bacalao de Madeira y una mousse de maracuyá, espero impresionarla.

Al salir del trabajo, voy directo al supermercado a comprar los ingredientes necesarios. Recuerdo cómo mi padre siempre me decía que a él lo conquistó mi madre por el estómago. A ver si ahora consigo hacer lo mismo con Sonia, conquistar su corazón enamorando a sus sentidos.

CAPÍTULO 20

SONIA

Cuando llego al apartamento me descalzo, me quito la ropa, me pongo una camiseta ancha y llamo a Alejandra, tengo diez llamadas perdidas y como veinte mensajes, conociéndola, estará de los nervios.

—Ale, ¿qué tal?

—¿Qué tal? ¿Eso me vas a preguntar? Llevo desde ayer esperando una llamada. Eres muy perra conmigo, no sabes el sufrimiento que me estás causando, he metido la pata en el trabajo dos veces y ya conoces cómo es mi jefe. Todo el día distraída pensando en ti —me suelta casi sin respirar.

—Lo siento, pero acabé tarde y hoy llevo todo el día liada. No he podido llamarte antes.

—Esto no se le hace a una amiga, ni un mísero WhatsApp.

—Bueno, no te enfades, ¿qué quieres saber?

—Todo, absolutamente todo. No quiero que te dejes nada.

—Bueno, pues fue muy bien, bastante bien. Cenamos en su apartamento, ni te imaginas lo grande que es, nos tomamos una copa y al final pasó lo que tenía que pasar.

—Detalles, Sonia, eso es muy genérico. ¿Qué parte de no quiero que te dejes nada no has entendido? —dice exasperada.

—La verdad que fue fantástico. Primero cenamos sushi en la terraza, tenía la mesa preparada con todo lujo de detalles, después nos tomamos una copa y nos enrollamos en un rincón del *chill out*. Cuando el ambiente se puso más intenso, nos fuimos a su cama... Sé que no debería decir esto, ni siquiera pensarlo, pero fue especial. Tenemos mucha química.

—No te vayas a enamorar, que sabes que esto tiene fecha de caducidad, Sonia, y después lo vas a pasar mal. Tómatelo como lo que es, sexo y nada más.

—Lo sé, y lo tengo presente, pero también quiero dejarme llevar y disfrutar. Llevo mucho tiempo sola y nunca había estado así con alguien. Fue diferente.

—Al final el soso va a ser un empotrador y todo.

—No empieces, —No puedo evitar soltar una carcajada—, no es soso, para nada, fíate de mis palabras. Esta noche hemos quedado otra vez para probar el jacuzzi.

—¿Jacuzzi?

—Sí, tiene uno en la terraza, el apartamento es un ático.

—¡Ay, mi niña! Me alegro por ti, solo ten cuidado, ¿vale? No quiero que acabes sufriendo.

—No, esto es pasajero, pero mientras dure voy a disfrutarlo —digo tratando de convencerme a mí misma.

—Okey, llámame mañana, si no tendré que ir a darte un tirón de orejas. ¡Me «muero muerta» de pensar en ese jacuzzi! —grita antes de colgar.

Me doy una ducha con tranquilidad, dejando que el agua caliente recorra mi espalda, relajando mis músculos, preparándome para la noche que me espera. No puedo evitar recordar la noche de ayer, su aroma, la forma en que me tocó, me miraba como si fuese lo más preciado que tenía. Estaba tan sexy y guapo. Si de adolescentes hubiésemos mantenido relaciones, ¿cómo hubiera

sido? Seguro que no como fue. Él ahora tiene mucha experiencia, es evidente, yo simulo tenerla, no sé qué es lo que me hace sentir tan segura a su lado. Me siento atractiva y valorada cuando estoy con él. Hubo una conexión especial y por mi bien, no debo sentirlo así, no puedo ignorar que no tenemos futuro. Sin embargo, una sonrisa se dibuja en mi rostro, él ha querido repetir hoy mismo, así que no soy la única a la que le gustó la noche pasada. Esta noche no me voy a llevar el bikini para probar el jacuzzi, estoy deseando ver la sorpresa en su cara cuando descubra que no llevo nada.

Con ese pensamiento me preparo a conciencia, untando mi piel con un aceite hidratante con algo de brillito. Me visto con un vestido liviano de color rosa palo, que hace que mi piel se vea más bronceada, teniendo cuidado de no mancharme la ropa, ya que tengo la piel algo resbaladiza por el aceite corporal, y a las ocho y media ya estoy llamando a su puerta, anhelando ver esa chispa de la noche de ayer.

—Hola, mi niña —saluda al verme y, sin decirme más, me da un beso largo, húmedo, que hace que mis rodillas se vuelvan gelatina—. Pasa.

Entro sin decir nada y noto un aroma a comida que me hace la boca agua.

—¿Estás haciendo tú de comer?

—Sí, te estoy preparando bacalao de la forma típica de Madeira, que es algo diferente a la de Portugal, y de postre una mousse de maracuyá, también típica de allí.

—No sabía que fueses un cocinitas.

—¿Cocinitas? Estás hablando con todo un chef, ya me dirás cuando lo pruebes. ¿Has estado alguna vez en Madeira?

—No, nunca.

—Pues tenemos un viaje pendiente.

—Te tomo la palabra, ya sabes lo que me gusta conocer sitios nuevos, además, si es con alguien que vive en la zona es mucho mejor, siempre conocen lugares con encanto, no tan turísticos.

—¿Lo organizamos para el fin de semana?

—¿Para este que viene?

—Sí —afirma—. ¿Tienes algo mejor qué hacer?

—No, pero me coges así de sopetón, no sé, deja al menos que me lo piense esta noche. Además, habrá que buscar vuelo y un sitio en el que quedarnos, ¿no?

—Nos quedamos en mi apartamento, está justo en el centro de la ciudad, te va a encantar, ya verás. —Se acerca y me da un beso fugaz en los labios—, del vuelo me encargo yo. No te preocupes por nada.

—Cocinero, organizador de viajes..., ¿alguna sorpresa más?

—Soy polifacético, valgo para todo lo que sea necesario para que estés feliz. —Esta vez me besa más profundo, para después volver a los fogones a remover la comida.

CAPÍTULO 21

NOEL

Le he dicho todo lo del viaje sin pensarlo, menos mal que ha aceptado, no hubiese soportado quedar como un estúpido. Le ha gustado la idea, y eso me complace enormemente. Tengo muchas ganas de enseñarle la isla en mi moto.

—¿Cómo es posible que no tengas novia? —Justo al pronunciar esas palabras, veo en sus ojos una chispa de arrepentimiento. Me acerco divertido.

—¿Eso es una proposición? ¿No se salta ninguna de tus normas?

—No, no es una proposición. —Hago un puchero al oírla—. ¡No seas payaso! Y te recuerdo que estabas de acuerdo con mis normas, quedamos que eran «nuestras normas».

—Okey, no te lo voy a discutir, son «nuestras normas». Anda, ve a sentarte a la terraza, que esto ya está, verás que no has probado un bacalao más rico en tu vida.

Sonia se va a la terraza, espero que le guste cómo lo he decorado todo, solo deseo que esté a gusto en mi apartamento y quiera seguir viniendo.

La cena pasa rápida, charlamos y nos contamos mil cosas que nos han ocurrido durante estos años que no nos hemos visto. La naturalidad con la que nos tratamos hace que todo parezca fácil, sencillo... como si nuestra amistad siguiera intacta. Al acabar el postre, veo cómo Sonia se relame los labios con agrado y noto que el vaquero empieza a molestarme en cierta zona. Una sonrisa de satisfacción aparece en mi cara al ver que le ha gustado la cena. Solo puedo pensar en disfrutar de ella todo el tiempo que pueda, es como el sueño que más anhelas hecho realidad, y nada menos que por segunda vez en mi vida, no puedo dejar escapar ni un solo segundo junto a ella. Al principio pensé que el tratarla de esta forma o el querer estar más con ella era por la amistad que tuvimos, pero con el paso de los días me estoy dando cuenta que no es así. Sonia es única, diferente a las demás, ¡y cómo me gusta! Con otras mujeres nunca me he mostrado así, no me ha interesado más que sexo con ellas, en cambio, con Sonia..., solo puedo pensar en agradarla.

—Oye, después de comer tanto, ¿no será malo meternos en el jacuzzi? —pregunta divertida sabiendo cuál va a ser la respuesta.

—De eso nada, toca el agua. —Se levanta y camina hacia el jacuzzi, introduce la mano y comprueba que está a una temperatura ideal—. Después de que me has dejado esta mañana con la miel en los labios, ¿te crees que no iba a estar preparado? Además, te he comprado *Champagne* para que nos tomemos una copa cuando estemos dentro.

—Mañana trabajamos, Noel.

—Solo una —digo quitándole importancia—, voy a la cocina a por la botella y unas copas.

Antes de coger la botella y las copas, me dirijo a mi habitación y me cambio para meterme en el jacuzzi. Llevo todo el día pensando en ello. Al pasar por la cocina de vuelta, cojo el *Champagne* y dos copas, y al llegar me encuentro a Sonia sumergida en el jacuzzi hasta la barbilla. No puedo evitar sonreír y sirvo dos copas. Lo dejo todo en la mesilla auxiliar y entro con ella.

—¡Qué rico! —dice llevándose la copa a los labios.

A penas puedo hablar, no asoma los hombros a través del agua, y no puedo dejar de pensar que venía con un vestido con el que era evidente que no lleva sujetador, así que o se ha puesto un bikini, o está desnuda de cintura para arriba. Mi mente se llena de imágenes y empiezo a sentir cómo el corazón me late más deprisa.

Suelto mi copa y agarro la suya para dejarla en la mesilla. Me acerco lentamente y la beso. Nuestro beso es lento, cargado de deseo. Saboreo su boca al rozar mi lengua con la suya y me atrae hundiendo sus dedos en mi pelo, creo que sabe que eso me vuelve loco, pero, aun así, quiero tomármelo con calma, explorar todos los rincones de su boca y de su piel.

La siento en mi regazo, nuestras respiraciones están entrelazadas y mis manos recorren su espalda, explorando cada centímetro de su piel cálida. Mi pulgar roza sus pezones y noto cómo se endurecen bajo mi caricia. Un suspiro escapa de sus labios y sé que está sintiendo lo mismo que yo. Cierro los ojos dejando que la pasión y el deseo nos envuelvan por completo. Con mi otra mano bajo por su espalda y descubro que tampoco lleva bragas.

—¡Joder, Sonia vas a acabar conmigo! —le digo apartándome unos milímetros de su boca y noto cómo sonrío.

Ella cambia de postura y se pone a horcajadas sobre mí, ahora solo nos separa la fina tela de mi bañador. Introduce los dedos en el elástico de este y levanto las caderas para que pueda bajármelo. Noto su sexo sobre el mío y a punto estoy de cometer una locura, pero logro contenerme.

—Para, Sonia —le digo separándome unos centímetros de su boca—. Ven. —Me incorporo y le ofrezco mi mano a la que ella no duda en agarrarse—. Aquí no tengo condones y me estás haciendo perder la cabeza.

La llevo de la mano hasta el baño de mi habitación, dejando un reguero de agua a nuestro paso y la guio hasta la ducha. Regulo la temperatura del agua poniéndola en modo lluvia, y cuando está aceptable la hago pasar. La beso salvajemente, reflejando el deseo que siento por ella. Mi autocontrol se desvanece a cada segundo. Cojo un preservativo de la estantería y me lo coloco, la volteo suavemente hacia el cristal de la mampara. Desde atrás le beso el hombro, el cuello y la nuca, sintiendo cómo su piel reacciona a mis caricias. La tomo de la cintura y la inclino ligeramente hacia delante, guiando mi erección hasta su entrada y me hundo en ella.

Luego de entrar en ella, me quedo quieto por un momento, permitiendo que nos adaptemos a la sensación de estar en su interior. Siento su excitación, le agarro del pelo y le inclino la cabeza para poder besarla. Poco a poco empiezo a moverme dentro de ella, aumentando el ritmo y la intensidad de mis embestidas. Sus gemidos inundan todo el espacio y mis manos exploran cada recoveco de su cuerpo. Cuando noto que llega al clímax, su expresión de deseo es tan intensa que me lleva al límite. Nos fundimos en un orgasmo compartido, en un momento de auténtica conexión. Salgo de ella, la giro para que esté frente a mí, y la beso con todo el sentimiento que me nace desde lo más profundo. Me apetece pedirle que se quede a dormir, pero no me atrevo, no quiero que se vuelva a molestar conmigo como sucedió ayer, así que opto por no proponerle nada.

Salimos, y me encargo de secarla con una toalla, ella ríe divertida ante mi acción y después me seco yo.

Se va a la terraza, solo soy capaz de seguirla con la toalla rodeándome la cintura, pero para mi decepción, veo que comienza a vestirse.

—Mañana te veo en el hotel —me dice tras besarme y se marcha.

Me quedo un rato más en la misma postura. Me doy cuenta de que voy a perder la cabeza por ella como hace tantos años ya. No tengo remedio cuando se trata de Sonia, y es mejor que me vaya haciendo a la idea. Tengo que intentar que quiera pasar conmigo todos los días que me queden en esta isla.

CAPÍTULO 22

SONIA

Me he ido como la cobarde que he sido siempre. La intensidad de lo vivido me abrumó y no he podido hacer otra cosa, si me hubiese quedado, lo habría besado hasta el amanecer. No puedo dejar que esto pase. No quiero caer en esta trampa y después afrontar el sufrimiento por estas mariposas que no dejan de revolotear en mi interior cada vez que me habla dulcemente o compartimos momentos tan íntimos.

Es solo eso, estoy segura. El sexo puede ser confuso a veces, especialmente cuando he pasado tanto tiempo sin estar con nadie. Sí, tiene que ser por eso que me siento tan desconcertada y mezclo la intimidad con algo más profundo y especial. Debo tener presente que es momentáneo y que tiene fecha de caducidad. Él se irá, así que no puedo enamorarme, tengo que ir con más cuidado. Más cabeza y menos corazón.

A la mañana siguiente sigo la rutina de todos los días desde que empecé a trabajar. El día pasa como otro cualquiera en el trabajo. Noel me trata con profesionalidad y no hace ni un solo gesto que pueda hacer sospechar a nadie.

A la hora del almuerzo voy con Carlos y Susana, como casi siempre. Estoy haciendo buenas migas con los dos, creo que Carlos se puede convertir en un buen amigo, aunque es evidente que le cae mal Noel. No sé qué mal rollo habrá entre ellos, pero estoy segurísima de que algo ha tenido que pasar. No son normales los gestos que se dedican cuando piensan que nadie les ve, ya les he pillado un par de veces.

Antes de acabar la jornada me acerco al despacho de mi jefe para ver si necesita algo más. Me invita a pasar.

—¿Qué haces después?

—No sé, no tengo nada planeado. —No puedo evitar que se me dibuje una sonrisa.

—Ven a casa esta noche, tengo que contarte cosas del viaje.

—Está bien, ¿a la misma hora que ayer?

—Perfecto.

Salgo y camino hasta el apartamento. Carlos no me acompaña como otras veces, lleva toda la tarde haciendo entrevistas de trabajo y se ve que se ha alargado. La verdad que agradezco caminar sola, ya que me da la oportunidad de reflexionar sobre mi situación y la forma que debería de actuar con Noel, pero después caigo en la cuenta de que este fin de semana nos iremos los dos solos de viaje y sé que esto puede ocasionar que confunda más mis sentimientos hacia él.

Pienso en lo perfecto que es Noel. Cuando lo conocí, era el típico niño estudiante, responsable, nunca faltaba a clase y siempre estaba a su hora en casa, nada que ver conmigo. Yo, en cambio, siempre estaba con Ale, ella nunca quería estar en su casa, y casi todos los sábados me caía la bronca por llegar tarde. A veces nos escapábamos del instituto para irnos al parque a charlar de nuestras cosas. Siempre fui una niña algo rebelde, todo lo contrario a él. Era el chico por el que todas estaban locas. No faltaban las que lo miraban con deseo y a mí con envidia. Recuerdo que alguna chica no me podía ni ver simplemente por estar saliendo con él. Rompíamos y nos reconciliábamos cada dos por tres. Siempre me sentí insegura a su lado, él estaba a otro nivel en

todos los aspectos, y esa sensación de inferioridad me llevó a dudar de nosotros, y fue lo que hizo que lo dejara para siempre. Esta fue la verdadera causa por la que le acabé siendo infiel con Javier. Busqué una excusa para no estar con él, para que él mismo me dejase y me odiase. Se marchaba a Madrid y yo estaba segura de que allí encontraría alguien mejor que yo. Así que esa fue mi forma de darle libertad. Era una niña, estaba a punto de cumplir los dieciséis y es evidente que no tenía mucha lógica, o al menos no la tiene ahora diez años después. Lo que nunca imaginé fue que al final acabara estudiando en Londres. Marisa me contó que convenció a su padre de hacer los cambios a última hora porque quería alejarse lo máximo posible de mí. Su padre le hizo caso y consiguió que le admitiesen en una universidad londinense casi empezado el curso.

Sumida en mis pensamientos, llego a casa, me tomo un té helado en la terraza mientras hojeo una revista. Luego decido darme una ducha y me preparo para ir a su apartamento, pensando en que esta vez no le fallaré.

CAPÍTULO 23

NOEL

A las nueve en punto suena el timbre de la puerta y ya puedo notar el nudo en el estómago, es increíble cómo consigue ponerme nervioso. Al abrir la puerta me encuentro con una Sonia con la cara lavada y con un sencillo vestido blanco. No importa lo que haga, siempre está perfecta.

Esa noche tenía pensado pedir unas pizzas, la tarde se me complicó y he llegado a casa con el tiempo justo de ducharme. A ella el plan le parece estupendo.

Durante la cena le cuento que ya tengo los billetes. Saldremos el viernes a las nueve en punto, tardaremos un par de horas en aterrizar en la isla. Pasaremos la noche en mi apartamento y al día siguiente haremos una ruta en moto por mis lugares favoritos. Quiero mostrarle todo, llevarla a los mejores restaurantes, al puerto deportivo, enseñarle el hotel donde trabajo habitualmente y, sobre todo, hacerle el amor en mi cama, aunque esto último lo omito. La verdad es que estoy entusiasmado con el viaje y creo que ella también, en sus ojos se refleja la ilusión.

Después de cenar y de hablar, acabamos teniendo sexo, como las dos noches anteriores, podría pasarme la vida dentro de ella, su suavidad es mi cielo particular.

Lo que queda de semana, pasa bastante rápido. He logrado convencer a Sonia para que venga a cenar todas las noches a casa. Y soy feliz, hace mucho que no experimentaba este sentimiento. Sé que esto es temporal, pero quién sabe, tal vez ella acabe recapacitando y encontremos una solución. Lo único que no me gusta es que todas las noches termina marchándose sola a su apartamento, nunca quiere quedarse un rato y, menos aún, a dormir. Esta es una de las razones por la que tengo tantas ganas de este viaje, al fin podré dormir con ella, me muero de ganas de ver su cara al amanecer.

Hoy me he levantado más temprano que de costumbre. Quiero llegar pronto al trabajo y asegurarme de que todo está en orden para poder desconectar durante el fin de semana y concentrarme por completo en mi invitada. Mi propósito en estos días es hacerla feliz y, si es posible, que se enamore un poco de mí. No voy a dejar pasar esta oportunidad otra vez.

Tengo la maleta preparada, solo me faltan las cosas de higiene que cogeré cuando venga a por Sonia antes de dirigirnos al aeropuerto. Nadie sabe que voy a Madeira, excepto David, quien se alegró mucho por mí; sé que quiere que me vaya bien con Sonia. Conociéndome, sabe que estoy loco por ella. Aunque claro, el muy cabrón no ha perdido oportunidad de reírse un poco de mí...

Saliendo del apartamento noto el móvil vibrar en mi chaqueta.

—¿Qué tal, Luzia, pasa algo? —pregunto extrañado

—Joao lleva toda la noche en la puerta de casa. Noel, estoy muy asustada y creo que no voy a ir al trabajo hoy. No me atrevo a salir y enfrentarlo.

—¿Qué ha pasado? —suelto el maletín y la chaqueta en la entrada justo antes de abrir la puerta—. ¿No has llamado a la policía?

—Anoche salí con una amiga y cuando llegué estaba abajo en la puerta de casa, venía un poco bebido, me dijo que por favor le dejase hablar y eso hice.

—Pero Luzia, cariño, ¿por qué sigues escuchándolo? —intento ser suave y no decir lo que se me pasaba por la cabeza.

—Sé que él está arrepentido, lo sé. Lo puedo ver en su cara. Tampoco es tan mala persona, fue

un arrebato en plena discusión.

—Y por eso me llamas diciéndome que no piensas salir de casa —digo con ironía.

—¿Y qué hago, Noel? —pregunta mientras da rienda suelta a sus lágrimas—. Te necesito tanto aquí, ahora. Me siento muy sola desde que te fuiste, antes me sentía segura contigo cerca —comienza a llorar desconsolada.

—Está bien, no llores, por favor. Tengo vuelo para esta noche, voy a intentar cambiarlo a ver si con suerte hay uno para ahora por la mañana. Más le vale a ese cabrón no estar allí cuando llegue.

Cuelgo y llamo a la agencia que me ha gestionado los vuelos para este viaje por si existe la posibilidad de cambiar el mío y que Sonia vaya esta noche. Tengo suerte y me informan que dentro de una hora queda un hueco en uno que va directo a Madeira, así que lo confirmo con la agencia y me dirijo al aeropuerto sin pasar por el hotel. Más tarde llamaré a Sonia, le contaré que por trabajo he volado antes a Madeira, y que cuando llegue estaré en la terminal esperándola. No quiero decirle nada de lo que pasa con Luzia.

CAPÍTULO 24

SONIA

Hoy me he levantado feliz. ¡Al fin es viernes! Ayer dejé todo preparado para el fin de semana, no quiero que se me olvide nada. Estoy segura de que me he pasado con el equipaje, pero no he podido evitarlo. Me siento como cuando era niña e iba con los scouts de excursión.

Desayuno algo rápido y voy hacia el trabajo con prisas. Pienso en mis tareas para el día de hoy, pero divago en los preparativos para el viaje y los instantes vividos con Noel. A veces se forma una sonrisa en mi cara sin darme cuenta al revivir los momentos de intimidad y risas con él, la conexión estos días ha ido en aumento. Cada vez me siento más feliz aquí. En el trabajo he hecho buenas amistades y Susana no puede ser mejor compañera. Con los jefes tengo buena relación, sobre todo, con uno de ojos verdes y cuerpo de escándalo. Con David es otro tipo de confianza. Sé que es el mejor amigo de Noel y que tiene que saber casi toda la historia, le gusta soltarme pullitas sobre mi relación con Noel, aunque yo me hago la tonta ante sus comentarios, me doy la vuelta y sonrío.

La actitud de Carlos, en concreto, es la que me desconcierta. Cada vez que tiene ocasión habla mal de Noel, y la verdad que ya me cansa un poco. No sé si será verdad las cosas que dice de él o lo hace por dejarlo mal delante de Susana y de mí. Me encantaría descubrir qué pasó entre ellos para que tengan tan mala relación, pero no me atrevo a preguntarlo. Si por ejemplo interrogo a Noel, va a saber que es él el que le critica y no quiero que el mal rollo aumente por culpa de mi curiosidad. Si lo pienso con detenimiento, no me importa lo que me digan de Noel. Yo lo conozco y confío en él. Nunca me ha fallado, siempre ha sido legal y sincero conmigo. Es más, he sido yo la que le ha faltado, y me ha perdonado sin necesidad de pedírselo. Es detallista conmigo, se ha preocupado de que esté cómoda en el trabajo, cuida de mí todas las noches, así que no tengo motivos para dudar de su buena fe conmigo.

Al entrar en la oficina me encuentro a Susana, que está enfrascada en una conversación con Gloria, la encargada de seguridad. No es la primera vez que las veo hablar juntas, pero esta vez es como si estuviesen discutiendo bajito para que nadie las oiga. Sé que no es algo que me debería de extrañar, al fin y al cabo somos compañeras de trabajo, pero noto algo raro en el ambiente cuando están las dos juntas. Espero que no sea otra relación de odio como la de Noel y Carlos.

—Buenos días —saludo a Susana, Gloria en ese momento se despide y se marcha.

—No tan buenos.

—¿Pasó algo? —pregunto preocupada.

—Noel llamó hace un rato, se ha tenido que ir a Madeira por una urgencia en el hotel, estoy intentando gestionar todo lo que tenía hoy pendiente, que no es poco. —Se masajea las sienes agobiada—. Estaba deseando que llegaras, solo llevo aquí media hora y ya me estoy volviendo loca. Para colmo, David no llega hasta más tarde, ya que tenía una cita con un proveedor a primera hora. Hoy va a ser un día de locos.

—Pues ya estoy aquí, suelto las cosas en mi mesa, voy por unos cafés y nos ponemos cuanto antes.

Voy por los cafés y aprovecho para llamar a Noel y que me cuente qué ha sucedido, y que si tenemos que anular el viaje del fin de semana, no pasa nada, pero Noel no contesta, está apagado o fuera de cobertura. Imagino que estará subido al avión.

Al volver a mi mesa, Susana me comenta todo lo que tenemos que terminar en el día, y la verdad que comprendo que mi compañera este así de agobiada.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —me responde Susana con las cejas arqueadas de curiosidad.

—¿Qué te pasa con Gloria?

—¡Ah, Gloria! —Su expresión ha cambiado de la curiosidad al nerviosismo—. Nada en particular, solo estábamos hablando..., de cosas...

—¡Cuánto misterio! —bromeo.

—Hemos quedado este fin de semana para cenar, es solo eso. ¿Te apuntas? —Noto que pregunta con cautela, no sé qué pasa aquí, pero algo es seguro.

—No puedo, estaré fuera de la isla, pero para la próxima, seguro, me parece una chica muy simpática. —No le da tiempo a contestarme porque justo en ese momento llega el mensajero con algunos paquetes y me siento aliviada, así no pregunta dónde estaré este fin de semana.

Paso toda la mañana ocupada, estoy tan enfrascada en mi trabajo que apenas pienso en Noel, seguro que en cuanto encuentre un hueco me llama y me explica qué es lo que está ocurriendo.

Sin darme cuenta llega la hora de comer y Carlos, como casi cada día, aparece para que mi compañera y yo le acompañemos.

—Vamos, chicas, que hoy os invito yo. ¡Por fin ha llegado el viernes! —dice animadamente. Vamos al mismo bar de todos los días. Está situado en pleno paseo marítimo y la brisa del mar hace que me relaje.

—Se fue el jefe y os dejo con todo, ¿no? —Es lo primero que dice Carlos nada más sentarnos.

—Una urgencia en Madeira —responde Susana antes de dar un sorbo largo a su refresco.

—Ya me conozco yo las urgencias de Noel —ironiza Carlos mientras niega con la cabeza y sonríe en una mueca extraña.

—No seas así con él, no es mal tipo —lo defiende Susana—. Aunque esté aquí también tiene que atender asuntos de dirección del otro hotel, la verdad que es de admirar la capacidad que tiene para el trabajo.

Yo me mantengo callada bebiendo de mi zumo, pero atenta a todo lo que los otros dos dicen, y no se me escapa el gesto de desagrado de Carlos al oír las palabras de Susana.

—Yo no he dicho que sea mala persona, Susana, pero dime si no es verdad que tuvo un lío con su secretaria de allí. ¡Si se enteró toda la empresa!

—Bueno, ¿pero qué tiene que ver? Una cosa son los ligues y otra muy distinta es el trabajo, mientras estén los dos de acuerdo pueden hacer lo que quieran. Hasta donde yo sé, no hay ninguna ley que te prohíba enrollarte con un compañero de trabajo, es lo natural, al fin y al cabo es donde más tiempo pasamos —continúa Susana—. Son mayorcitos.

—En eso estoy de acuerdo contigo, no obstante, las malas lenguas portuguesas cuentan que hasta la dejó embarazada, lo que pasa que sufrió un aborto y entonces fue cuando rompieron. —No puedo evitar que se me salga el zumo por la nariz de la impresión—. Te lo dije, Sonia, el rompe bragas le llaman —me dice al ver que casi me atraganto.

—Lo que haga Noel con su vida es cosa de él, no voy a opinar nada —digo tras recuperarme del atragantamiento, pero si soy sincera, este comentario me hace dudar. Si esto es verdad, Noel me ha mentado y le dejé muy claro que ante todo teníamos que ser sinceros.

Justo en ese instante empieza a sonar mi móvil dentro del bolso, al ver que es Noel me levanto para atenderle un poco apartada y que los otros no puedan oírme.

—¿Qué ha pasado, Noel? —pregunto preocupada.

—Una urgencia en el hotel, he tenido que salir pitando hacia aquí —se excusa—. Imagino que llevaréis una mañana de locos, había mil cosas por hacer...

—La verdad es que sí, pero no te preocupes, que entre Susana y yo lo estamos sacando todo adelante.

—Sois geniales. Te espero esta noche, cuando salgas del avión estoy en el aeropuerto para recogerte, esto no cambia nada, ¿de acuerdo? Nuestros planes siguen intactos, estoy deseando verte, mi niña. —Cuando voy a contestar que de acuerdo con una sonrisa en los labios, oigo una voz de mujer. «Noel, ¿puedes traerme la toalla?» Me quedo paralizada, es una voz de mujer, no sé qué responder, oigo cómo Noel maldice por lo bajo—. Sonia, oye, no es lo que parece, ¿vale? —Intenta arreglarlo, pero sigo sin poder articular palabra—. Después te recojo en el aeropuerto y te explico todo. Sonia, dime algo, por favor —suplica al ver que no respondo.

Solo atino a colgar el teléfono, pienso que hace un rato he estado a punto de defenderle y ahora le tengo que dar la razón a Carlos. No sé si esa voz era de Luzia, pero acento portugués sí que se le ha notado. Apago el móvil y vuelvo al bar con mis compañeros. Me siento sin decir nada y cuando me traen la comida, jugueteo más que otra cosa, soy incapaz de comer, se me ha cerrado el estómago. ¡Menudo mentiroso! Y encima me dice que vaya esta noche como si tal cosa. Siento una mezcla de decepción y tristeza. Una urgencia de trabajo y lo que está es por ahí con Dios sabe quién, bueno, sospecho que es la secretaria que comentaba Carlos, al final le voy a tener que dar la razón a este. ¡Será mentiroso! Estoy indignada, ¡vaya actor está hecho! ¡Si hasta parecía que le gustaba! Esta semana, cada vez que he tenido relaciones, parecía algo especial, pero se ve que así solo lo he sentido yo. Si es que soy tonta.

—¿Te pasa algo, Sonia? —me pregunta Carlos moviendo las manos delante de mi cara para conseguir que le preste atención, preocupado al ver que varias veces que me ha hablado no le he contestado.

—Es que creo que con este estrés no me está sentado bien la comida. —Es lo primero que se me ocurre.

Susana también me mira entrecerrando los ojos, no se fía de mis palabras, aunque lleva una mañana bastante movida, igual que yo. En ese momento el móvil de Susana empieza a sonar.

—Hola, Noel —contesta—. Sí, aquí está, —La oigo decir después de una pequeña pausa, entiendo que está preguntando por mí, así que empiezo a negar con el dedo—, pero no puede ponerse, se acaba de marchar al baño —dice atropelladamente, mirándome y ladeando su cabeza sin entender nada—. Sí, no te preocupes que yo se lo digo cuando vuelva, hasta ahora.

Cada vez me siento peor, y ahora noto cómo Carlos me mira intrigado también. ¡Lástima que no fuese tan buena actriz como él!

—¿Por qué no has querido ponerte? —Quiere saber Susana.

—Es que no me encuentro bien, de verdad, tengo hasta náuseas. —En el fondo no estoy mintiendo.

—Si estás muy mal, te llevo a casa. —Me ofrece Carlos frunciendo el ceño al mirarme. Sospecha algo, está claro.

—No te preocupes, por ahora me quedo trabajando, —«No iba a dejar mis responsabilidades por el idiota de Noel»—, ya si veo que me pongo peor te aviso, ¿Okey?

Carlos asiente como respuesta, pero por el gesto de su cara creo que no se queda muy conforme. Espero que no se dé cuenta de lo que me ha hecho Noel, me daría vergüenza tener que admitir que me ha engañado pese a sus advertencias.

La tarde pasa rápida, todo el trabajo que tenemos por delante me ayuda a no pensar mucho en él, sin embargo, Susana se ha encargado de recordarme a cada rato que le llame, aunque con excusas he podido posponerlo.

Justo antes de la hora de salida, aparece David por la oficina y después de saludar, me dice que pase a su despacho.

—¿Qué tal, Sonia?

—Bien —contesto con la boca pequeña, ya me imaginaba que Noel le habría llamado para contarle lo que ha pasado. Ahora, tengo muy clara la respuesta que le voy a dar a David. Ya no me toman más por tonta estos dos.

—Noel me ha llamado preocupado, me ha contado lo que ha pasado y me pide que te diga que lo llames, que necesita hablar contigo.

—David, —digo muy seria—, si no es nada relativo al trabajo, no me interesa.

—Bueno, también llamó a Susana para hablar contigo y no has querido ponerte, se ha quedado esperando que le devuelvas la llamada.

—Si era por algo del trabajo, se lo podía haber dicho a ella, como ha hecho otras veces; y no decir que le llame yo. De verdad, no quiero ser desagradable contigo, pero si no tiene nada que ver con el trabajo, me voy, que ya es mi hora de salir —rebato.

—Solo una cosa más y dejo que te vayas. Habla con él, dale la oportunidad de explicarse. —Intenta convencerme suavizando la voz—. No mandes todo a la mierda sin darle esa oportunidad.

—¿Ya has acabado? —pregunto molesta, no soporto ese tono de voz paternalista, y más para defender a un mentiroso. David asiente—. Pues hasta el lunes, qué tengas buen fin de semana. —Me despido con toda la amabilidad que soy capaz de demostrar.

Recojo mis cosas y me despido de Susana disculpándome con la excusa de que no me encuentro bien. Por suerte, Carlos no aparece más por la zona de los despachos, así que evito tener que responder a sus preguntas y su mirada curiosa.

Cuando llego al apartamento y veo la maleta abierta sobre la cama, no puedo evitar que dos lágrimas me recorran las mejillas. ¡Menuda tonta estoy hecha! De qué forma me he confiado, tantas normas, y al final yo misma me he traicionado sintiendo algo por él. ¡Pero es que él ha jugado tan bien su papel!

Bajo la maleta y me tumbo en la cama, pienso en llamar a Ale y desahogarme con ella. Pero para llamarla tendría que encender el teléfono y seguro que está hasta arriba de mensajes de Noel que ahora mismo no me apetece leer. Así que, hecha un ovillo y sin poder evitar el llanto, me desahogo hasta que me quedo dormida.

CAPÍTULO 25

SONIA

Llegó el temido lunes y aquí estoy, en la terraza, tomándome un café y convenciéndome de que sí o sí voy a tener que enfrentarlo hoy. No he parado de pensar, bueno y el viernes de llorar, y ya tengo las ideas muy claras, solo queda que él las acepte. Aunque no pienso en darle opción a otra cosa.

Primero: No le voy a permitir que me hable en el trabajo de nuestra relación, si se puede llamar así, eso que tuvimos.

Segundo: No le voy a reprochar que haya estado con otra, imagino que sería su secretaria en Madeira. ¿Será un fetiche lo de las secretarias? En fin... No hemos hablado de exclusividad, así que sobre eso no tengo nada que decir, aunque me quemén por dentro los celos.

Tercero: Me ha mentido, y eso sí que no se lo perdono. Lo que más me duele es que me invitara a pasar el fin de semana allí. ¿Qué pretendía, follar a la secretaria de Madeira por la mañana y a la de Fuerteventura por la noche? No soy el segundo plato de nadie y se lo voy a dejar bien claro.

Cuarto: Voy a demostrar que soy una profesional y que puedo trabajar con normalidad, tratarle con educación y amabilidad, sin que estas semanas atrás afecten a mi rendimiento ni a mi relación laboral con él.

Quinta: Y no menos importante. Voy a dejar de sentir por Noel, si es necesario abriré nuevos horizontes.

Este fin de semana me he dedicado a lamerme mis heridas, pero se acabó. Soy una mujer independiente y como tal voy a actuar.

El sábado estuve dos horas de videoconferencia a través de Instagram con Ale. No quise encender el móvil para no leer sus mensajes ni oír sus llamadas y es lo mejor que he hecho, esta mañana al encenderlo tenía nada menos que treinta llamadas y más de cincuenta mensajes suyos, que he borrado sin leer. En esas dos horas pactamos las normas que Ale ha denominado como «*NORMAS ANTISOSOCABRÓNMENTIROSO*». Tengo que decir que en esas dos horas consiguió hacerme reír, a la vez que lloré. Es la mejor amiga que puedo tener. Me ha prometido venir el fin de semana que viene para animarme y yo me muero por verla, por dejar que me abrace y me mime. ¡Qué sería de mi vida sin una amiga como ella!

En Sevilla siempre estábamos juntas. Teníamos una pandilla bastante grande y compartíamos salidas y fiestas con un grupo de amigos, pero la relación que tenemos nosotras es especial. Solo nos hace falta una mirada para entendernos, así que soy consciente de que ella ahora también está sufriendo por mí. Es la mejor amiga que puedo tener, como este trabajo, así que no pienso renunciar a él por un mentiroso.

A mi madre no le he contado nada, no quiero que se preocupe. Le dije a Ale que la llamase y le dijera que mi móvil había muerto, que en cuanto tuviese otro la llamaría sin falta. Por lo que me ha contado Ale, ha colado. No me gusta engañarla, pero tampoco sé cómo le voy a explicar que llevo una semana acostándome con mi jefe, que es un ex de Sevilla y que pensaba irme de fin de semana con él, pero que el muy cabrón se buscó otra.

Al llegar al hotel siento náuseas, pero me obligo a poner buena cara y me encamino hacia las

oficinas tras saludar a Gloria, la agente de seguridad. Susana ya está allí, como siempre, y la puerta de Noel cerrada.

—Buenos días, Sonia, ¿ya mejor? —me pregunta Susana nada más verme llegar.

—Bastante mejor, gracias. Me ha venido bien descansar el fin de semana —le contesto mientras suelto las cosas en la mesa—. Voy a por café. ¿Está Noel? —Creo que me tiembla un poco la voz al pronunciar su nombre.

—Sí, está en su despacho. Me ha dicho que te pases en cuanto llegues.

—Okey, le llevaré café a él también.

Vuelvo, cojo el portátil, la agenda y el café y llamo a la puerta del despacho, igual que cualquier otro día, haciendo el papel de mi vida, porque eso es lo que tengo pensado hacer, aunque el corazón me vaya a mil y las manos me suden. Tengo mil dudas, pero la seguridad de que no se van a reflejar en mi rostro.

—Pasa —dice Noel.

—Buenos días —saludo sonriente, aunque no sé ni cómo me ha salido la voz.

Y allí está, tan guapo como siempre, con su aroma impregnando toda la estancia, las mangas a la altura del codo mostrando sus antebrazos y la cara ojerosa. Gracias a ese último detalle se rompe el hechizo que su imagen provoca en mí. La rabia me hierve y va subiéndome por la garganta, seguro que se ha pasado el fin de semana follando con su secretaria, ¡será cabronazo!

—Siéntate, por favor. Te he estado llamando, Sonia, no me has dejado que me explique.

—Noel, si vamos a hablar de trabajo, perfecto, si no, dímelo y me voy —digo tajante—. No voy a hablar nada de lo sucedido este fin de semana aquí dentro. Si ves que no puedes evitarlo, me lo dices, y que te lleve la agenda Susana y yo me encargo de la de David. No creo que a ellos dos les importe.

—Pues saca la agenda, —Se ve resignado y me gusta que sepa que no se lo voy a poner fácil—, pero de hoy no pasa que hablemos, así tenga que estar en la puerta de tu casa toda la noche.

—A las diez tienes la videoconferencia con Londres. —Pongo todo mi empeño en que no se percate de cómo el ambiente de este despacho me afecta, no sé por qué, hoy me parece más pequeño que nunca—. ¿La confirmo?

—Sí, por favor —responde secamente.

Hemos estado casi un cuarto de hora eterno consensuando la agenda e informándole de todo lo que Susana y yo sacamos adelante el viernes, esto se me hace bola al decirlo, sin embargo, logro que no se dé cuenta.

Al salir del despacho tomo aire profundamente, como si dentro hubiese estado sin respirar y veo cómo Susana me mira, pero no dice nada, creo que se huele algo. La mañana pasa rápido, como casi todas, ya que no paramos ni un momento, y a la hora de comer ya aparece Carlos para acompañarnos. Menos mal que están ellos dos, si no, no tendría amigos en el trabajo, y esta situación se me haría aún más insoportable.

Al regresar veo que la puerta de Noel sigue cerrada, así que doy por supuesto que continúa trabajando, imagino que recuperando aún lo del viernes. ¡Ojalá le lleve hasta la noche y acabe tan cansado que no cumpla su promesa de venir a mi apartamento a hablar! No sé si sabré sacar el valor para decirle que no quiero que se acerque más a mí sin derramar una lágrima. Aún tengo ganas de llorar de vez en cuando, sin embargo, he logrado contenerme durante todo el día.

Me cuesta mirarle cuando le he visto de pasada un par de veces dirigiéndose al despacho de David. Él sí que me ha mirado, imagino que esperando alguna reacción por mi parte, pero he

podido mantener el tipo.

Al llegar las cinco me acerco al despacho por si necesita algo más.

—Ya he acabado. ¿Necesitas algo más? —pregunto. Noel se queda unos segundos de más mirándome fijamente.

—Nada más, gracias.

CAPÍTULO 26

NOEL

Soy muy consciente de que la he cagado con Sonia. He pasado el peor fin de semana de mi vida, y es que todo me ha salido al revés.

El viernes, tonto de mí, me fui al aeropuerto a la hora de llegada del vuelo que teníamos comprado para ese fin de semana, con la vana esperanza de verla aparecer por la puerta de salida, pero no sucedió.

Cuando llegué el domingo, fui directo a su apartamento, pero por el camino recibí una llamada de David y al enterarse de que iba a verla, logró convencerme de que no lo hiciera. Me dijo que estuvieron hablando el viernes y que se la veía bastante enfadada, que le diese espacio, y eso hice.

Pero ya pasó el fin de semana y hoy no la vi tan afectada en el trabajo, así que esta tarde me voy a plantar en su casa y no me marcharé hasta que oiga todo lo que tengo que contarle. Seguro que lo va a entender, no puedo permitir que sea de otra manera.

A las siete llego a mi apartamento y me invade la tristeza al ser consciente de que ella hoy no va a venir a cenar como estuvo haciendo la semana pasada, la he vuelto a perder, y esta vez por mi culpa. Sé que la debería haber llamado antes de salir hacia Madeira y explicarle lo que sucedía con Luzia, para que lo entendiese todo, pero ya no hay vuelta atrás y tengo que hacer lo posible porque me escuche.

Me ducho, me pongo ropa cómoda y me dirijo hasta su apartamento con un nudo en el estómago. No sé siquiera si me abrirá la puerta, pero esta vez parece que la suerte está de mi lado y un vecino viene saliendo, así que entro sin llamar al porterillo.

Toco a su puerta y percibo cómo la mirilla se oscurece y a los pocos segundos se abre la puerta.

—Hola —le digo tras un instante en que nos miramos sin decir nada—. ¿Puedo pasar? —Se aparta para mi sorpresa invitándome a entrar, y me sigue hasta el salón.

—Siéntate, ¿quieres algo de beber? —me ofrece.

—No, gracias.

El sol lentamente va descendiendo por el horizonte y tiñe el salón de tonos anaranjados, ahora aquí sentado la miro y no sé muy bien por dónde empezar. Se hace un silencio que parece eterno. Recapacito sobre lo que me dijo David ayer; que fuese sincero con ella y le contara todo lo que pasó con Luzia desde el principio. Solo espero que me dé la oportunidad.

—Sonia, siéntate, por favor —le ruego. Veo que me hace caso, pero se sienta en el sillón más lejano al mío con las piernas y los brazos cruzados—. Solo te pido que me dejes hablar hasta el final y ya después me dices lo que quieras, ¿vale?

—Vale —responde, aunque por la rudeza de su gesto parece que la decisión está tomada y no va a cambiar de parecer por mucho que le diga.

—El viernes, cuando iba a salir para el trabajo, me llamó mi secretaria, Luzia. También es mi amiga, Sonia —le aclaro para que entienda mejor lo que le voy a contar—. Tenía un problema personal —callo durante unos segundos buscando las palabras correctas, mientras veo cómo ella

me mira fijamente con una ceja alzada de incredulidad—. No podía moverse de su casa porque su ex estaba abajo esperando que ella saliese. Ellos no acabaron bien y yo tuve gran parte de la culpa de que eso terminase así. —Paso las manos por mi pelo intentando calmarme—. Cuando llegué a trabajar a Madeira me acosté con Luzia varias veces, sabía que no estaba bien, pero me gustaba físicamente, me ponía mucho —le cuento intentando que me entienda—. Ella se coló por mí, pero yo solo sentía por ella algo físico, así que cuando empecé a ver que se estaba enamorando, rompí la relación. Seguimos siendo muy buenos amigos, con el tiempo parecía que lo entendió y empezó a salir con un hombre.

»Esa relación iba en serio y al poco tiempo se fueron a vivir juntos. Una noche, en la cena de Navidad de la empresa, la acompañé hasta su casa, íbamos los dos bastante borrachos, su novio estaba trabajando y me invitó a tomarme la última. Sé que no debí aceptarlo, pero lo hice y acabamos follando en su cama. Cuando me desperté ya estaba amaneciendo y decidí irme sin decirle nada, comencé a arrepentirme de lo que había hecho. Bajé y pedí un taxi y parece ser que cuando estaba montándome llegó su novio de trabajar y me vio. Subió hecho una fiera y discutieron, ella decidió irse en ese instante y él la persiguió hasta la escalera, donde forcejearon y con la mala suerte que resbaló y cayó. —Vuelvo a buscar sus ojos para comprobar que me presta atención—. Vino la ambulancia y cuando llegó al hospital le dijeron que había abortado. —Necesito coger aire para continuar—. Yo no sabía que estaba embarazada, si no jamás me hubiese acostado con ella, por muy borracho que estuviese. Al novio lo detuvieron, pasó dos noches en el calabozo, pero Luzia no quiso presentar denuncia, ya que para ella fue un accidente. Luzia sí sabía que estaba embarazada y, aun así, no le importó acostarse conmigo —le explico—. Me enfadé con ella, pero vi que lo estaba pasando tan mal, que lo que hice fue tragarme mi orgullo y apoyarla. Eso pasó en las Navidades pasadas, el novio la ha molestado varias veces porque quiere volver con ella, pero Luzia, después de lo que pasó, no puede evitar culparlo en cierto modo y no quiere volver con él. Desde que sabe que yo me vine a Fuerteventura ha ido varias veces al trabajo a buscarla. El jueves cuando llegó a su casa lo encontró abajo y otra vez se puso a rogarle, ella subió a casa y el viernes por la mañana seguía allí, por eso me llamó.

—¿Por qué no llamó a la policía? —me pregunta desafiante.

—No quiere meterlo en líos, yo soy el único de su entorno que sabe toda esta historia, y por eso me avisó. Me siento responsable de lo que pasó, cada vez que pienso en ese bebé es como si una loza cayese en mi pecho, por eso fui a ayudarla, no podía dejarla tirada.

—¿Y a mí sí?

—No te dejé tirada, esperaba hablar contigo y que cogieses el vuelo que teníamos previsto.

—Y por esa razón me mentiste...

—No quería contarte esta historia, como ves, yo también cometo errores. No soy tan perfecto como siempre has pensado.

—¿Y eso de «pásame la toalla»?

—La logré convencer para salir de su casa, fuimos a mi piso y se quiso duchar antes de ir al trabajo —le contesto intentando sonar real, porque así había sido, aunque parezca una mentira.

—No sé, Noel, la verdad, —Veo en sus ojos que duda—, una historia un poco rocambolesca, sobre todo, ese final.

—Sé que puede sonar como una mentira, —Me giro en el sillón y le cojo las manos—, pero es la verdad, no te estoy mintiendo, jamás lo haría y menos ahora. No quiero perderte, Sonia.

—Solo una última pregunta —me dice apartando suavemente las manos de mi agarre—. Si el viernes yo no hubiese oído a tu secretaria, ¿me hubieses dicho la verdad? Sé sincero, me lo merezco.

—Creo que no —reconozco—, no quería que pensaras mal de mí, que te enteraras de lo que pasó en Navidad. Me acosté con ella sabiendo que estaba enamorada de mí, y yo no sentía más que amistad y atracción. Me comporté como un cerdo y no quería que vieras esa faceta mía.

—Noel —oírle pronunciar mi nombre hace que se me erice el vello—. Yo no quiero seguir viéndote como nos hemos visto estos días atrás, solo quiero que tengamos una relación laboral.

—Sonia...

—No me interrumpas, por favor —me pide—. Te he oído y te creo, pero después de esto, veo que lo que hemos hecho ha sido un error desde el principio. Tú y yo no nos debimos ver más allá del trabajo, y no quiero que esto llegue a un punto de no retorno.

—No tiene por qué pasar eso, yo me comprometí a ser sincero contigo y te prometo que lo voy a ser.

—Lo has sido una vez que te has visto pillado. —Frunce los labios en señal de reproche.

—Pero no porque quisiera mentirte, siempre has pensado bien de mí, mejor de lo que merezco, y no quería que esta historia con Luzia te hiciera pensar otra cosa —solté el aire que estaba reteniendo en un largo suspiro—. Que supieras que me acosté con ella, sabiendo que no sentía nada, solo amistad, y que encima estaba embarazada... Entiéndeme, no quería decepcionarte.

—¿A mí también pensabas hacerme como a ella?

—¿A qué te refieres?

—Pues a enamorarme y después cuando te canses darme la patada.

—No sé por qué piensas eso, creo que me he portado contigo genial y que entre nosotros hay algo especial. Lo he sentido estos días, no me digas que tú no porque no te creo. —Me paso las manos por el pelo desesperado—. ¡Joder, Sonia! Me gustas. Mucho más de lo que nadie me ha gustado jamás. Sé que dijiste que esto solo duraría hasta que me fuese, pero siempre he tenido la esperanza de que encontrásemos el modo de hacer que funcionase, aunque yo ya no estuviera en esta isla. No me digas que no quieres verme más, por favor.

Sonia me mira fijamente, y por un momento parece que volvemos a la adolescencia, a ese banco dónde me rompió el corazón, aunque esta vez he sido yo el único culpable de que esté hecho añicos.

—Noel —me dice con semblante serio—, yo no quiero seguir con esto, de verdad, y tienes que respetarlo. Da igual si te ha parecido especial o no. Ya no quiero y es lo único que importa.

No quiero darme por vencido tan pronto, me niego a volver a perderla ahora que por fin estaba volviendo a sentir algo por alguien. Por ella, la única de la que me he enamorado de verdad.

—¿Por qué no lo piensas unos días? —Lanzo un último cartucho—. Ahora ya sabes la verdad y puedes ver por qué me comporté así, no tires esto a la basura, piénsalo. Por favor.

—Este fin de semana lo he pensado y mucho —hace una pausa y, por un instante, creo ver un atisbo de humedad en sus ojos—. Aunque esto no hubiese pasado, he estado recapacitando y no opino que sea buena idea que tú y yo estemos juntos. Es mejor dejarlo así. No tengo nada que pensarme, ya lo tengo decidido.

Oigo cómo mi corazón se hace pedazos dentro de mi pecho, me levanto sintiéndome derrotado. No me queda otra que respetar lo que ella quiere.

—Hasta mañana entonces.

Me marcho todo lo rápido que puedo, necesito salir de allí y no verla. Mirarla y saber que la he perdido va a acabar conmigo... No sé cómo lo voy a hacer el tiempo que me queda en esta

isla.

CAPÍTULO 27

SONIA

Llego a la hora de siempre, hoy me he maquillado un poco más y he intentado ir más arreglada, ya que no quiero que los demás noten el cansancio que acumulo. Desde el viernes no he vuelto a dormir del tirón.

Al entrar veo a Susana en su mesa y la puerta del despacho cerrada, como todas las mañanas. Saludo a mi compañera, voy por los cafés y, haciendo acopio de todo mi valor, llamo a la puerta de Noel.

—Pasa. —Coge el café que le ofrezco y me hace un gesto con la cabeza—. Gracias, siéntate.

Obedezco, saco el portátil y empiezo a leerle todo lo del día, intento que no me tiemble la voz, estoy muy nerviosa, pero quiero disimularlo, aunque a veces, sé que fallo. Es como si con su presencia, el oxígeno no fuese suficiente para llenar mis pulmones.

Cuando acabo, Noel me despide e, intentando sonar casual, le digo que me avise si necesita algo. Abandono el despacho con una pizca de decepción. ¿Aunque qué esperaba, que me rogara? Desde luego que no tengo remedio. Sé que la decisión que he tomado es la correcta, sin embargo, mi parte más vulnerable se resiste a no estar más con él. Mi mente y mis emociones han entrado en conflicto, sabía que esto no iba a ser fácil, pero en el fondo sé que soy capaz de afrontarlo, ya no soy esa niña insegura.

En sus ojos he visto la tristeza, ese verde que adoro está más apagado que nunca. He notado cómo lo intentaba disimular, pero no ha sonreído ni una vez. Creo que los dos lo estamos pasando mal, pero sé que es lo mejor. Ya estaba todo aclarado y resuelto y así se va a quedar, solo tengo que aguantar algo más de un mes, después él se irá y será todo mucho más fácil.

Sobre las diez de la mañana, David se acerca a mi mesa y me pregunta que cómo estoy. Le contesto con una sonrisa y él me dedica otra triste y entra a ver su amigo, tras casi una hora dentro se marcha.

Después de pasar la mañana sentada trabajando con el ordenador, llega la hora del almuerzo y David entra al despacho de Noel, pasan como diez minutos dentro y salen para comer. Noel ni siquiera me mira.

Susana me avisa para que me vaya a comer con ella y con Carlos, que ya está en el bar, pero le digo que no tengo mucha hambre y me voy a quedar traduciendo unos dossieres que debo mandar a los accionistas. La verdad, lo que menos necesito es oír a Carlos despotricando de Noel, y menos después de lo sucedido el sábado cuando se presentó en mi apartamento y me vio tan mal. Me mira no muy convencida, pero acepta la excusa y se marcha. Voy a la máquina y saco un sándwich y un refresco y me voy a mi mesa a almorzar, mientras sigo escribiendo en el ordenador, así evito pensar demasiado.

Pasa más de una hora, los dos jefes llegan al despacho. David al verme sentada se excusa y me deja sola con Noel.

—¿No has salido a comer?

—No, me he quedado adelantando trabajo —miento.

—¿Estás bien, Sonia?

—Sí, simplemente he querido avanzar algunas cosas y he comprado comida en la máquina — me justifico en un tono frío y cortante, ya que no quiero decirle que por su culpa no tengo ganas ni de hablar con los demás, pero eso me lo guardó para mí solita.

—Deberías respetar tus horas de descanso, que para eso están.

—Okey, no te preocupes que no volverá a pasar —digo haciéndome la dócil.

Se queda mirándome, ha captado mi tono y no le ha gustado, pero no me importa. Quiero que sienta lo molesta que me resulta su presencia. Por un momento abre la boca para decir algo, pero la cierra y creo que es lo mejor, no quiero discutir con él. Se me hace difícil no decirle nada cuando recuerdo lo mentiroso que ha sido conmigo.

La semana se me hace eterna, pero el viernes, un poco antes de acabar, veo entrar a Alejandra por la oficina y eso hace que me olvide de absolutamente todo. Ya ha pasado una semana desde que Noel me falló y yo decidiese dejarle. Él está triste, se le nota afectado, más serio que de costumbre, solo se dirige a mí para cosas puntuales del trabajo y siempre con unas maneras muy correctas. A veces pienso que Ale tiene razón y le falta sangre en las venas.

—¿Qué haces aquí, loca? —digo mientras me levanto a abrazarla.

—Quería darte una sorpresa —dice abrazándome—. ¡Ey! No llores.

—Es de la emoción, no sabes lo que necesitaba verte —respondo a su abrazo y me seco las lágrimas.

Susana saluda a Alejandra, se habían caído muy bien la vez anterior que estuvo en la isla y no sabíamos que venía este fin de semana, pero Susana nos pidió que si hacíamos planes contásemos con ella, y eso haremos. En ese momento Noel sale de su despacho y nos encuentra a las tres mujeres hablando y se da cuenta de que estoy limpiándome los ojos de lágrimas.

—¿Te ocurre algo, Sonia? —pregunta directamente sin saludar ni siquiera a Ale.

—Nada, que se ha emocionado al verme, es algo que nos ocurre a la gente que tenemos sangre en las venas —le suelta Ale y yo le doy un codazo disimulado para que se calle.

—Bueno, me alegra que no pase nada —dice Noel algo confundido, soltando un suspiro y continuando su camino hacia el despacho de David.

—No empieces, Ale —le reprocho.

—Es que no lo puedo evitar. —Se da cuenta de que Susana sigue allí y deja de hablar—. ¿Te queda mucho para salir?

—Media hora, espérame en el chiringuito de fuera si quieres.

—Vete ya, Sonia —me anima Susana—, yo acabo lo que te falte, aprovecha que está aquí tu amiga.

—No, es que quiero terminar el informe y ya dejarlo todo listo para el lunes. ¿Me esperas allí entonces? Te aviso cuando vaya a salir y me vas pidiendo un mojito. ¿Te apuntas, Susana? —le pregunto, ya por la noche hablaré con Ale.

—Sí, encantada.

Ale se va al chiringuito a esperarnos y respiro con más tranquilidad, es una bomba de relojería con respecto a Noel, espero que no se vuelvan a ver en todo el tiempo que mi amiga esté aquí, es capaz de soltarle cualquier burrada. Cuando Susana y yo empezamos a recoger aparecen los dos jefes.

—¿Ya os vais? —pregunta David.

—Sí —habla Susana—, vamos al chiringuito, que ha llegado Ale por sorpresa.

—¿Qué casualidad! Nosotros también íbamos para allá, ¿verdad Noel? —Se cree David que no sé que lleva hablando con mi amiga desde el fin de semana que ella estuvo aquí. Noel solo se

atreve a asentar. ¡Menuda jeta tiene! ¡Cómo se ha autoinvitado!

Llegamos al chiringuito y allí estaba Ale mojito en mano hablando con el camarero.

—¡Ale! —le saluda David abrazándola—. ¿Cómo es posible que en dos semanas estés más guapa aún?

—Yo siempre mejoro, David —contesta divertida, pero al ver a Noel pone cara de asco.

David y Ale no paran de hablar. Yo, mientras, me quedo con Noel y Susana hablando de cosas banales, es evidente la incomodidad que siento, aunque intento esconderlo para que mi compañera no lo note.

CAPÍTULO 28

NOEL

Llevo toda la semana hablando con David a la hora del almuerzo, me he desahogado con él. Le he reconocido que no dejo de pensar en ella y que estoy muy triste al saber que no volveré a tener esa intimidad que disfrutamos.

Él ha intentado convencerme de que poco a poco me vaya acercando a ella, que le haga ver que lo que sentimos era real. Me dice que no me fustigue más por mi error, que todos nos equivocamos, pero David no la conoce como yo. Sé que estoy sentenciado. No va a estar conmigo otra vez, me puso unas condiciones muy claras para estar juntos y yo me las he saltado. ¡He sido tan estúpido! Cuando Luzia me llamó debí insistir en que llamase a la policía, aunque siendo yo el culpable de la situación, no pude hacer otra cosa. Debo asumir las consecuencias de mis actos y afrontarlos. Sé que Luzia está enamorada de mí, y en la cena de Navidad me dio igual y me acosté con ella, aun sabiendo que yo nunca lo estaría de ella. De lo que no tenía conocimiento era de su embarazo, si no jamás lo hubiese hecho.

Estoy tan sumido en mis pensamientos que no veo llegar a Carlos hasta que este me saluda. Cada vez me cae peor, sé que le gusta Sonia y veo cómo la mayoría de los días la acompaña a comer o a casa cuando acaba la jornada, espero que ella no se esté desahogando con él, porque no creo que eso me vaya a ayudar a mejorar la situación, sino todo lo contrario.

Para variar se coloca al lado de esta y saluda a Ale con un efusivo abrazo. ¡El cabrón tiene suerte! Se ganó a la amiga sin esfuerzos, en cambio, yo no he tenido oportunidad. Los celos me carcomen. No puedo consentir que al final tenga algo con Sonia en mis narices. Medito las palabras de David y decido que es hora de reconquistarla.

Sentado en la barra no puedo apartar mis ojos de las manos de Carlos que cada vez que tiene ocasión tocan a Sonia y ella le deja y se ríe con él. Los celos van en aumento cual bola de nieve, espero que no se me note. Casi me levanto a exigirle que deje de tocarla, respiro hondo controlando el impulso. Debo actuar con cabeza.

La tarde se funde con la noche, pero la dinámica continúa siendo la misma. David y Ale envueltos en su mundo, es palpable la química que tienen, no hacen esfuerzos por ocultarla.

Paso la tarde hablando con Susana y con Gloria, que se nos une a última hora. Sonia lanza miradas de soslayo y estoy tentado de buscar conversación con alguna mujer del chiringuito para darle celos, pero no sé si será contraproducente después de lo ocurrido.

—Bueno, vamos a cenar a algún sitio, ¿no? —propone David.

—Yo, si no os importa me voy para casa —contesta Sonia para mi desgracia—, estoy cansada.

—Yo también, el viaje y demás me ha dejado muerta. Mañana te llamo, David. —Veo a mi amigo asentir y ellas dos se marchan dejándonos allí a los demás.

CAPÍTULO 29

SONIA

La tarde transcurre y mi mirada se dirige continuamente a Noel, a pesar de mis esfuerzos por contenerme. Puedo ver su vulnerabilidad, y es un lado suyo que no me gusta, me recuerda a tiempos lejanos. Echo de menos al Noel de la semana pasada: divertido, atento, seductor..., pero el recuerdo de su engaño me devuelve a la realidad.

Miro a Ale y recuerdo por qué no he caído en la tentación de llamarlo, ella me habría asesinado nada más pisar la isla. Esta semana hemos hablado todas las tardes, y en ninguna llamada se le escapó que venía. Me siento afortunada de tener una amiga que me quiera como ella lo hace.

Ya vamos de camino a casa y podremos hablar tranquilas, aunque hemos charlado mucho por teléfono, no es lo mismo que tenerla aquí a mi lado.

Nada más llegar encargamos una pizza. Saco unos refrescos del refrigerador y, aunque hace algo de fresco, nos sentamos en la terraza.

—Bueno, cuéntame anda, se te ve en la cara que estás muy decaída.

—Pues que estoy hecha una mierda, creo que nunca me había sentido así, ni cuando lo de Andrés —me lamento.

—La verdad que es una pena porque parecía que iba bien, se te veía contenta. Pero si tú sientes que no puedes o no quieres perdonarlo, no hay nada que hacer. A él se le ve mal, hasta yo me he dado cuenta, además —añade Ale—, no ha dejado de mirarte en toda la tarde, cada vez que Carlos te ha tocado..., parecía que le iban a salir llamas por los ojos.

—No sé qué les pasa a estos dos, pero es evidente que se tienen inquina —respondo pensativa—. Carlos le critica mucho, aunque al final ha resultado ser cierto.

—A Carlos se le ve al lejos que le tiene celos a Noel, no es tonto y se habrá dado cuenta de que algo hay y por eso te habla así de él.

—A ver, yo me he dado cuenta de que le gusto, es demasiado evidente, pero me molesta que me hable así de él, aunque sea verdad. No le he llegado a contar que lo que me pasó este fin de semana ha sido por culpa de Noel.

—Sonia, ¿tú te has planteado si estás enamorada de Noel?

—No lo sé. —Evito mirarla a los ojos.

Ale me abraza, porque me conoce y sabe que estoy enamorada hasta las trancas del soso y ella siempre se ha sentido responsable de que sea feliz. Las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas sin control y ella me abraza más fuerte.

—Te pidió perdón, ¿verdad? —asiento sorbiendo por la nariz—. ¿Te has planteado perdonarle? ¿Darle otra oportunidad? Negaré esto incluso bajo tortura, pero ¿no has pensado que lo que te haya contado sea verdad y no te esté mintiendo?

—Claro que me lo planteo, pero si estoy así ahora, cuando solo llevábamos un par de semanas, ¿qué pasará cuando se vaya, Ale? ¿Cómo voy a soportarlo? —«¿Y qué hará él cuando se entere de lo que pasó el sábado que estuvo en Madeira?»

—A ver..., yo creo que cada cosa a su tiempo. Cuando se acerque la fecha en la que él tenga

que marcharse, pues habláis si queréis seguir a distancia o dejarlo, o no sé..., pero te veo mal y me da pena. Sabes que no le tengo mucho cariño, sin embargo, también sé reconocer que todos cometemos errores y él es humano, Sonia, aunque tú siempre lo hayas tenido en un pedestal. — Hace una pausa—. Se le ve afectado, se lo he notado en el chiringuito, sigue loco por ti.

En ese momento suena el timbre y Ale se levanta para abrir, como ella sospecha es la pizza. Las palabras de Ale resuenan en mi mente sembrando la duda. Estaba convencida de que lo mejor era olvidarle, pero ¿y si realmente me he enamorado? Es verdad que él no está bien, hasta Ale se lo ha notado y lo defiende, «ver para creer». A lo mejor ella tiene razón y merece otra oportunidad, al fin y al cabo es humano, como todos.

Nos comemos la pizza y vemos una peli, pero nos quedamos dormidas después de este día tan intenso.

La mañana despierta calurosa, como todas desde que llegué a la isla. Al mirar a la derecha noto la ausencia de Ale en la cama, el aroma del café impregna el aire. ¡Qué agradable tenerla en casa!

Voy al baño y después a la cocina, donde está mi amiga sentada, muy atenta a la pantalla del móvil. No me contengo y le doy un abrazo por sorpresa, al que ella me responde apretándome fuerte con una sonrisa.

—No sabes lo que es para mí que estés aquí, Ale —digo emocionada, desde que Noel me la jugó tengo los sentimientos a flor de piel.

—Ya veo. A mí me encanta estar contigo, ojalá pudiésemos pasar más tiempo juntas, como cuando vivías en Sevilla, pero bueno, yo hago el esfuerzo de venir a verte las veces que sean necesarias.

—Lo sé, tú siempre tan sacrificada...

—Anda, siéntate a desayunar, que te voy a proponer un plan —me ordena poniéndome un café y un par de tostadas—. Me ha escrito David esta mañana, quiere quedar para almorzar. He pensado que podíamos ir todos, llamar a Susana y Carlos, él seguro se lo dirá a Noel y así no estarás sola.

—Así no estaré sola —repito sus palabras—, pero tú tampoco. A ver, no pongas esa cara, Ale, es evidente que David quiere comer contigo a solas y a ti también te apetece, no te inventes historias, id los dos y ya después quedamos todos por la noche.

—Pero yo he venido para estar contigo, no con él.

—A mí no me pasa nada por estar un rato sola, ve con él, no dejes pasar esta oportunidad. Se ve que os gustáis y es buen tío. ¿Cuánto hace que no te encuentras a alguien así?

—Hombre, visto de este modo... Bueno, le digo que sí, pero voy a quedar con él en el club, de esta manera nos bajamos un rato a la piscina y nos tomamos un cóctel y no pasas la mañana sola. ¿Trato hecho?

—Trato hecho. Lo que se pierde la abogacía contigo —le digo guiñándole un ojo.

Al llegar al club nos pedimos dos cócteles y nos tumbamos en unas hamacas. No pasan ni cinco minutos, cuando mis dos jefes aparecen por el césped dirigiéndose hacia nosotras. No puedo evitar que mi atención recaiga sobre Noel, lleva el pelo revuelto, no va tan peinado como en el trabajo, una camiseta y un bañador azul marino. En su cara se forma una sonrisa ladeada al verme, y creo que se ha dado cuenta del repaso que acabo de darle.

CAPÍTULO 30

NOEL

A David le costó convencerme para que bajase al club, no me encontraba con ánimos. Sabía que Sonia y su amiga estaban allí. Verla y no poder actuar con ella como estas semanas atrás me mataba.

Cuando llegamos estaban las dos tumbadas en unas hamacas. Sonia con ese maldito bikini rojo de lacitos... ¡A ver como disimulo el efecto que provoca en mí! Su físico me altera de una forma inmediata. La veo tumbada, su piel ya de por sí morena, resalta más con el sol, los reflejos rubios enmarcan sus ojos negros. Su belleza atraería a cualquier hombre y, como si mis pensamientos fuesen un reclamo, allí aparece el otro hombre que ansía esa piel tanto como yo.

Carlos se acerca y nos saluda a todos, pero cómo no, con más énfasis a Sonia, a la que con todo el descaro le alaba su gusto por los bikinis. Veo que tras el piropo se levanta y va con ella hacia el bar.

Decido darme un baño a ver si se me bajan los humos que me provoca el tipo este y su forma de babear. Si llegasen a estar juntos, no sé cómo gestionaría la situación.

—¿Dónde vas, Noel? —me pregunta Ale cuando ve que me levanto.

—A darme un baño —contesto secamente, lo que menos necesito son las pullitas de su amiga.

—¿Ya te has dado por vencido?

—No sé a qué te refieres —digo mientras hecho a andar.

—A Sonia, ¿a qué si no?

—Bueno, ella ya me dejó muy claro lo que quería y lo que no —digo molesto por tener que darle explicaciones a ella en concreto.

—Mira, Noel, sé que no nos caemos bien, es más, te cortarías los huevos por lo que le has hecho a mi amiga, pero me voy a quedar con las ganas. ¿Sabes por qué? —niego con la cabeza—. Porque sé que te gusta, y a ella la he visto feliz estas semanas atrás. Todos cometemos errores y tú la has cagado, pero estás a tiempo de enmendarlo. Si te sigue interesando, no te des por vencido tan rápido y hazle ver que contigo va a estar bien. Si de verdad quieres estar con ella, lucha, que se note que tienes sangre en las venas y no agaches la cabeza. No sé si te has dado cuenta, pero tienes competencia —me dice señalando con la cabeza el bar donde Sonia y Carlos están hablando animadamente.

Me quedo unos segundos mirando a Ale, jamás hubiese imaginado que ella me pudiese dedicar esas palabras. David me había dicho lo mismo estos días atrás, pero que sea la mejor amiga de Sonia quien las diga, cambia mucho la situación. A lo mejor es posible que consiga que me perdone y todo vuelva a ser como estos días atrás, antes del viaje a Madeira.

No contesto y me voy hacia la piscina donde me tiro de cabeza. Quiero recapacitar sobre lo que Ale me acababa de decir. Si me ha dicho eso es porque Sonia le habrá contado que siento aún algo por mí, si no, no tiene sentido.

Desde el agua puedo ver cómo vienen Sonia y Carlos con el camarero portando las bebidas, y entonces decido que no voy a conformarme, si ella no quiere estar conmigo la respetaré, pero al menos lo voy a intentar, así que no hay más tiempo que perder y salgo del agua dispuesto a ir a

por todas.

Cojo mi toalla y me siento al lado de ella, ante la estupefacción de Carlos. A ver si así, con este gesto, le queda clarito a Carlos que no pienso dejar que se acerque a mi Sonia, porque va a ser mía.

—¿Qué tal la noche de amigas? —pregunto por sacarle conversación.

—Bien —me dice extrañada, ya que antes a penas la he saludado—. Pedimos pizza y vimos una peli, bueno, empezamos porque al poco nos quedamos dormidas —suelto una carcajada y veo cómo ella sonrío al verme reír.

—Esta noche, ¿también hay peli? —me intereso ante la mirada inquisidora del encargado de recursos humanos.

—Pues creo que saldremos, tendremos que aprovechar que estamos juntas. Imagino que David y Carlos vendrán, y por su puesto llamaremos a Susana.

—Entonces no me lo puedo perder —digo antes de dar un largo trago a mi cerveza y sin apartar los ojos de ella—. David —llamo a mi amigo—, ¿has llamado a la discoteca de tu conocido? En un reservado estaremos mejor.

—¿Te apuntas? —me pregunta David ilusionado.

—Por supuesto, si quieres llamo yo de tu parte —me ofrezco para que Sonia vea que tengo verdadero interés.

—Perfecto, pues ya cuando hables con él me dices y quedamos para ir para allá.

Cuando llevábamos un rato los cinco charlando animadamente, David se disculpa y le ofrece la mano a Ale, a la que ella se agarra sin dudar y sin evitar sonreír con timidez. ¡Ver para creer! Es la primera vez que la veo sonrojarse por algo. Aquí hay algo más que simple atracción.

Cuando se marcha la pareja, nos quedamos los tres solos, estoy deseando que Carlos anuncie que se va a almorzar, pero este momento nunca llega, así que reúno el coraje y le pregunto a Sonia si va a comer en el club o prefiere ir a otro sitio.

—No sé, Noel, yo pensaba subir a casa, comer algo rápido y leer un poco hasta que regrese Ale.

—¡Venga ya! Qué es sábado, vamos al restaurante que hay justo aquí fuera de la urbanización, me han dicho que preparan el mejor pescado de toda la isla —intento convencerla, mientras miro a Carlos por el rabillo del ojo a ver si se da por aludido y se marcha.

—Bueno, ¿te apuntas verdad, Carlos? —pregunta Sonia. Me levanto las gafas de sol para mirarlo fijamente y que entienda que no me hace gracia que nos acompañe.

—Por supuesto, Sonia, no me pierdo ese pescado —contesta mirándome con gesto altivo. No me lo va a poner fácil.

Sé que a Sonia el rollo de los gallitos no le agrada, así que opto por mantenerme en silencio ante la aptitud arrogante del gilipollas este.

El almuerzo pasa rápido y es ameno. Carlos sigue en su línea y me ha lanzado alguna pullita, pero conozco a Sonia y evito crear tensiones, aunque de buenas ganas le hubiese contestado al tipejo este que se cree que es sabedor de todo.

Ojalá algún día se entere de lo que ha pasado entre nosotros para que muera de envidia. Él nunca la va a tener de esa forma, por mucho que lo intente. Y por eso, por lo que hemos tenido, estoy dispuesto a luchar por ella. Entre nosotros hay una química única, las noches que ella vino al ático se podía palpar en el aire. Compartíamos risas, reflexiones profundas y al tocarnos todo estallaba en un volcán de pasión. Ya veré la forma de sortear los obstáculos, la distancia, todo lo que se interponga entre nosotros.

Llegando a la urbanización, Carlos se ofrece a acompañarla y ella se niega.

—No soy una niña, Carlos, no voy a perderme.

No puedo evitar sonreír porque cuando oigo la pregunta ya sé la respuesta, me parece ver que ella al darse la vuelta también está sonriendo.

CAPÍTULO 31

SONIA

Alejandra llegó sobre las ocho de la tarde, se la veía feliz. Me contó que fueron a un restaurante de la zona norte de la isla y después pasearon por la playa, donde David no paró de contarle cosas sobre su vida y de los planes que tenían en un futuro próximo.

Me divierte mucho y no puedo evitar reírme de ella cuando me dice que pasearon de la mano, pero que aún no la ha besado. Tampoco me imaginaba a David así, pensaba que sería más directo e iría más al grano, pero ella está encantada con lo acontecido esta tarde.

—¿Y no te has lanzado tú? —pregunto extrañada.

—Me daba un poco de vergüenza.

—¡Venga ya! —me carcajeo—, hace tiempo que no me cuentas algo tan divertido.

—En serio, no sé qué me pasa con él, pero es que es tan..., tan todo. Además, quiero que sea él el que tome la iniciativa. Voy a dejarme querer, que también me lo merezco.

—¿No has tomado nada raro por ahí, no?

—¡Coño, Sonia, tómame en serio!

—Qué sí, amiga, siempre te tomo en serio, pero es que es la primera vez que te oigo decir algo así y mira que hace años que te conozco.

—Bueno y tú, ¿qué has hecho? —suspiro ante su cambio de tema.

—Pues fui con Noel y Carlos a almorzar a un restaurante aquí muy cerca de la urbanización.

—Ale alza sus cejas—. No me mires con esa cara, Noel insistió y te he hecho caso, pero solo en plan de amigos, no sé si quiero volver a estar con él de esa forma.

—Ya...

—¿No me crees?

—No es eso, Sonia, es que sé que te gusta mucho y sé que no te vas a poder aguantar y me parece perfecto, eh, que la vida son dos días. Pero ese Carlos de por medio... Antes me parecía buen tío, pero cada vez lo veo más prepotente y no me gusta. —Y eso que a ella tampoco me he atrevido a contarle aún lo del fin de semana de Madeira.

—Sí que me gusta Noel, y por eso no sé qué hacer, me da miedo lo que está por venir —intento que no se me note la pena en la voz.

—A veces hay que ir donde más miedo te da para poder superarlo. Si te arriesgas y pierdes, pues, unos meses difíciles, ¿pero y si sale bien? ¿Y si es el amor de tu vida y lo dejas ir? Dicen que el tren solo pasa una vez, pero este para ti ha pasado dos veces —doy un largo suspiro y me quedo meditando sus palabras, pero esta no me deja apenas pensar, ya que tenemos que arreglarnos para esa noche—. Tenemos que ir espectaculares —dice llevándome hacia la habitación.

Saca un par de vestidos, que según Alejandra nunca fallan, me recojo el pelo con una raya en medio y un moño bajo. Me pongo unos pendientes grandes y dorados. Ale me maquilla con los ojos ahumados y los labios de rojo. Me quejo al verme tan maquillada, pero Ale me dice que estoy ideal, y que el soso cuando me vea se va a caer de culo.

Ella se deja la melena rizada suelta, y se maquilla de la misma manera que ha hecho antes

conmigo, y, aun así, somos como la noche y el día. Yo morena y ella rubia.

El móvil de Ale suena, es un mensaje de David, están abajo en la garita del conserje esperándonos, Carlos y Susana ya se han marchado hacia el restaurante y los veremos allí.

Al llegar a la garita veo a mis jefes esperándonos. Noel recorre mi figura con su mirada y parece que le gusta lo que ve. Ale se asigna el asiento del copiloto junto a David que va conduciendo, y a mí me toca en el asiento de atrás con Noel.

—Estás muy guapa —me dice al oído provocando que la sensible piel de mi cuello se erice con su cálido aliento.

Le miro y le sonrío, incapaz de pronunciar una sola palabra. Al acercarse tanto me ha vuelto a invadir su aroma, y eso, sumado a sentir su aliento en mi piel, hace que mis rodillas se vuelvan gelatina. «¡Menos mal que estoy sentada!»

Él también va muy guapo y elegante, lleva pantalón y chaqueta de lino azul con una camisa blanca abajo, sin corbata y con los tres primeros botones desabrochados. Se da cuenta de que le estoy mirando y me lanza una sonrisa lobuna.

Tardamos unos diez minutos en llegar al restaurante, el camino lo hacemos en silencio oyendo a Ale y David hablar sin parar. Al llegar, siento un alivio instantáneo, se me ha hecho difícil el trayecto con él tan cerca, su aroma y su presencia, sin poder tocarle, ¡me estaba matando! En cambio, mi amiga y mi otro jefe no se quitan las manos de encima, que si te coloco el pelo detrás de la oreja, que si un toque en el muslo... Se ve de lejos las ganas que se tienen, me da a mí que de esta noche no pasan y a lo mejor me aventuro mucho, pero conociendo a Ale, creo que aquí hay algo más que solo atracción.

Entramos al restaurante y al fondo de la barra nos esperan Susana y Carlos tomándose una cerveza. Carlos al vernos se levanta y viene directo hacia mí, ignorando a los demás.

—Estás guapísima, Sonia —me dice mientras que, agarrándose de la cintura, me conduce hasta la barra—. ¿Qué te apetece tomar?

En ese momento llega el metre y nos lleva hasta la mesa que tenemos reservada. Nos sentamos de forma aleatoria, quedando Carlos a mi lado y Noel justo en frente. Carlos acapara toda la conversación y Noel a penas participa, lo que sí hace es mirarme y sonreírme cuando le devuelvo la mirada, que es bastante frecuente, no puedo apartar la vista de esos botones desabrochados sin recordar las noches en su apartamento.

Al salir, Noel aprovecha que Carlos va al baño y se acerca a preguntarme que me ha parecido la cena y el restaurante.

—Ha estado genial, es un sitio espectacular. La verdad que Fuerteventura es más bonita aún de lo que yo pensaba.

—Me alegro de que te guste, a mí también me parece una isla preciosa —dice mirándose a los ojos y, por unos segundos, dejo que ese verde me hipnotice.

Nos montamos en los coches tal y como hemos venido y partimos camino a la discoteca donde está el reservado apalabrado para esa noche. Nada más llegar, las chicas vamos a la pista a bailar, y ellos tres suben a la zona del reservado y se piden unas copas mientras nos esperan.

David se queda en la zona de la baranda, desde aquí puedo ver cómo mira a Ale bailar. Se ve de lejos que le gusta mucho, ojalá les vaya bien.

CAPÍTULO 32

NOEL

Observo a David embobado con Ale y sus bailes sensuales, Carlos se sienta junto a mí en el rincón Vip.

—¿Qué hay entre tú y Sonia? —dice sin rodeos.

—Nada —digo sorprendido.

—Pues entonces no te importará que la invite a salir, ¿verdad? —pregunta. No puedo evitar que se me tense la mandíbula y miro hacia otro lado—. Ya decía yo...

—¿Perdona?

—Vamos, Noel, se te ve en la cara, no me digas que no te gusta, sé que hay algo y que todo cambió cuando te fuiste a Madeira, a Sonia se le notó, ese fin de semana estaba hecha polvo. Menos mal que me tuvo a su lado. —No le hago caso, no creo nada de lo que me dice, ya no sabe qué hacer para interponerse entre Sonia y yo.

—¿Pues si lo sabes para qué preguntas? —Ya me está tocando mucho las pelotas, bueno, la verdad es que me tiene hasta los cojones desde hace bastante tiempo.

—La vi mal, sé que estás acostumbrado a tratar a las mujeres como si fuesen objetos. Te las tiras y después a otra cosa...

—Ten cuidado con lo que dices, Carlos —le interrumpo, intento controlarme—. No sé si tengo que recordarte que soy tu jefe.

—Ahora aquí no estamos en el trabajo, y en él nunca te he hablado de temas personales.

—No somos amigos, no sé qué confianzas te estás tomando conmigo.

—Mi intención no es ser tu amigo, pero me jode que trates así a una tía como Sonia, ni comes, ni dejas comer. Estás acostumbrado a que todo salga como tú quieres, pero ya estás más mayorcito y deberías dejar que sea feliz.

En ese momento llega David para anunciar que las chicas están subiendo y nota la tensión en el ambiente.

—¿Qué os pasa?

—Nada —contesto viendo cómo sube Sonia.

No quiero seguir la conversación con Carlos porque me estoy calentando demasiado. Le prometí a Sonia no contar nada de nuestra relación, pero no me imaginaba que me iba a costar tanto. Me encantaría decirle al Carlitos lo que ha pasado entre nosotros para que se joda y que no se haga ilusiones.

—¿Qué caras son esas? —pregunta Susana al llegar al reservado.

—Nada, que os echamos de menos —dice mi amigo acercándose a Ale y dándole un beso en la mejilla. Sonia sonrío al verlos.

—¿Unos chupitos, Sonia? —propone Carlos.

Sonia, igual que Susana, se ha dado cuenta de que algo pasa, lo sé por las caras que ponen las dos, ellas me conocen y saben que yo no suelo ser tan serio.

—Gracias, Carlos, pero no me apetece —dice sentándose en el sofá.

—¿Qué te pasa? —me pregunta bajito sin que los otros puedan enterarse.

La miro fijamente, apretando los labios, tengo que hacer un esfuerzo por morderme la lengua. No le contesto, me levanto y entro en el baño que está justo detrás del reservado.

Estoy en la zona de los lavabos, con las manos en el mármol y la cabeza agachada, cuando oigo la puerta.

Sin volverme miro a Sonia a través del espejo.

—¿Noel, estás bien?

—¿Cómo voy a estar bien? —Me doy la vuelta para encararla—. Me hiciste prometer que no diría nada de lo nuestro y ahora tengo aguantar al gilipollas de Carlos opinando sobre nosotros.

—¿Qué te ha dicho? —entrecierra los ojos mirándome con curiosidad.

—Pues me ha dicho que me aparte, que quiere invitarte a salir. —Me acerco a ella que retrocede hasta quedar pegada a la puerta—. ¿Tú quieres salir con él, Sonia? —pregunto temeroso de la respuesta.

—No —apenas le sale la voz. Agacho la cabeza y tras un largo suspiro la levanto y acercándome aún más le preguntó.

—¿Y conmigo? —poso mi mano en la mejilla de ella y suavemente voy hasta la barbilla alzándosela para que me mire a los ojos.

Sonia no me dice nada, pero en sus ojos veo el deseo. Tengo que hacer acopio de toda mi voluntad para no besarle, sentir su dulce aliento en mis labios me está matando.

—Soy imbécil, no sé cómo he podido dejar que nos pase esto, yo solo quería ayudar a Luzia. Me siento responsable, no lo puedo evitar..., y ahora te he perdido otra vez. —Dejo de acariciarle el rostro para pasar las manos por mi pelo con frustración—. Estoy loco por ti, Sonia, no sé cómo hacer que lo entiendas... Me he enamorado, más que hace diez años. —Ella sigue sin decir nada. Continúa callada tras mi confesión.

Siento la necesidad de escapar, el aire aquí dentro es asfixiante, opresivo. Me dirijo hacia la puerta y cuando estoy a punto de girar el pomo, siento su mano posada en mi muñeca. Mi corazón se paraliza y al girarme, me besa.

Me besa lento, calmado. Con sus manos me toma de la nuca y me acerca más a ella. La necesito tanto... Mis manos van a su cintura y la subo al lavabo para pegarla más a mí, tomo el control del beso, lo hago más rudo, como es mi necesidad de ella. Responde acariciando mi lengua con la suya y la oigo gemir, y en ese momento hago lo más difícil que he hecho hasta ahora en mi vida, me separo de ella.

—Vamos a mi casa —le digo mientras la bajo del lavabo.

—¿Y los demás? Se van a dar cuenta.

—Me importa una mierda los demás, Sonia, solo quiero estar contigo y no quiero hacerte el amor en un lavabo —mi voz suena tajante—. Vamos. —Le agarro la mano y salimos del baño ante la estupefacción de Susana y la sonrisa de Ale. —Nos vamos a mi casa —le susurro a su amiga en el oído, ella sonrío por respuesta.

Y así, sin decir nada más, abandonamos la discoteca.

CAPÍTULO 33

SONIA

Llegamos en taxi a la urbanización, Noel no me ha soltado de la mano desde que la cogió en el baño, me va guiando hacia su apartamento, pero a medida que avanzamos, mis dudas van en aumento.

Hace diez años le partí el corazón y hace unas semanas me dejó destrozada, además no sabe lo que pasó ese fin de semana y dudo que se alegre al enterarse. Es mejor que cada uno sigamos nuestro camino o vamos a acabar dañados.

—¿Qué pasa? —me pregunta al notar que cada vez empiezo a andar más despacio.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué? —dice tras un largo suspiro.

—Noel, vamos a acabar mal. ¿No lo ves? Me harás daño otra vez o te lo haré yo a ti... Te irás a Madeira y yo me quedaré aquí...

—Eso es algo que podemos ir viendo cuando pase, Sonia, no adelantes acontecimientos. Yo también soy consciente de que cabe la posibilidad de salir dañados, pero prefiero arriesgar a quedarme con la duda. —Niego con la cabeza—. Vamos a darnos la oportunidad, dicen que a la tercera va la vencida, ¿no?

—Eso dicen —contesto con una sonrisa triste.

—Anda, sube conmigo —me pide y comienza a besarme.

Me dejo hacer porque me muero de ganas de estar con él, pero me pueden el miedo y las dudas. Miedo a cuando él se marche y me quede sola. Dudas cuando sepa lo que pasó el fin de semana que se marchó a Madeira, aunque claro, es algo discutible. No quiero que nos volvamos a fallar el uno al otro y creo que no hemos cumplido las normas e imagino que ya están anuladas después de todo lo pasado.

—No puedo, Noel. —Me separo lentamente—. De verdad que no puedo.

—Pero, Sonia, mi niña —me dice con tono dulce —, no me puedes decir que vas a dejar pasar esto que sentimos cuando estamos juntos por miedo a hacernos daño. ¿No ves que lo que tenemos es algo especial? Dime si has sentido lo mismo estando con otro hombre, porque yo jamás noté nada parecido a lo que nos pasa cuando estamos juntos.

—¿Te acuerdas cuando viniste a verme después de enterarte de que te engañé con Javier? —Rememoro aquella escena en el parque—. Cuando estabas en el parque que Marisa me hizo creer que había quedado con ella.

—Sí, claro.

—Ese día me prometí a mí misma que jamás te haría daño y sé que si continuamos con esto, acabaré rompiendo esa promesa.

—Pues no me lo hagas, es sencillo. Yo por mi parte también prometo no hacerte daño a ti, además esta vez fui yo quien metió la pata, no tú.

—No soporto las mentiras, Noel, el único novio que tuve era embustero patológico y no quiero más mentiras en mi vida.

—Ya te expliqué por qué lo hice, y lo siento de verdad. Sube conmigo a casa —me ruega—. Si no quieres no tiene por qué pasar nada, solo hablaremos, intentaremos solucionar esto, llegar a

un acuerdo..., pero no dejarlo así.

Me quedo mirándolo, soy consciente de que como suba a su casa vamos a terminar en la cama, me muero por sentirlo dentro de mí... Pero le acabo de decir que odio las mentiras y no le he contado todo.

—Me voy a casa, Noel, necesito pensar... —Veo la decepción en su mirada y cómo duda. Parece que quiere hablar y al final lo hace.

—No te voy a esperar siempre, Sonia —dice para mi asombro.

—Hasta el lunes, Noel.

Me despido y pongo rumbo a mi apartamento, allí me permito llorar otra vez. Por él, por mí, por lo que somos juntos y no podremos ser jamás. No quiero volver a sentir lo mismo del fin de semana pasado, tengo que superarlo y creo que la mejor forma es que no estemos juntos. En el trabajo será casi imposible, pero lo trataré de la manera más profesional que pueda y no volveré a verle fuera de este. Algo malo tuve que hacer en otra vida, cuando al fin encuentro un trabajo donde me valoran y me pagan bien, me tengo que encontrar al único hombre al que le he roto el corazón y para colmo, me lo rompe él a mí diez años después.

Me siento en el sofá y noto como el cansancio por las emociones vividas se va apoderando de mi cuerpo, entrando en un estado de duermevela.

Sueño con un parque y un banco al que me aproximo lentamente, en él, un chico llora, su mirada intensa me traspasa. Intento consolarlo, enjugarle las lágrimas, pero no consigo alcanzarle. Quiero decirle que lo siento, que no quise hacerle daño, que deje de llorar. No soy suficiente para él y algún día se dará cuenta... No logro articular palabra, mi voz se niega a salir, se atora.

Él es perfecto, y yo soy una tonta incapaz de decirle lo que necesito, nunca estaré a su altura, tiene que vivir sin mí, perseguir su futuro, tener la vida que le corresponde.

No estar con alguien como yo. En mi vida el desorden y la improvisación son mi compañía. Soy una cobarde que solo le tomó en serio cuando lo vio tonteando con otra y sintió la posibilidad de perderle, que no le importó Javier, ni nadie, solo ella. Egoísta, esa era la palabra que mejor la definía, ya que aun sabiendo que no le llegaba a la suela del zapato, prefirió meterse en medio de esa «relación» antes que apartarse y dejarlo ser feliz.

Porque solo por él había sentido celos en su vida, cuando vio cómo la chica se subía a sus hombros y los dos reían. En esos momentos una bola abrasadora nació en mi pecho arrasando todo y nublándome la razón. Ese día fue el que lo cambió todo, no permitiría que estuviese con otra mientras yo fuera testigo. Consciente de sus sentimientos, me lancé sin dudar, sin importar a quién hiriese a mi paso. Planee un acercamiento, le conté que ya no estaba con Javier y él cayó en mi estrategia. Y entonces, hasta la suerte se puso de mi lado, me torcí un tobillo en el campamento y él se encargó de ayudarme, estuvimos los días juntos al completo. La última noche la pasamos todos cantando alrededor de una hoguera, y ya de madrugada, nos fuimos a las cabañas a descansar; él, con otros chicos, se colaron en la que yo dormía y hablamos hasta el alba.

—Duérmete que estás cansada —me dijo.

—No, esta noche no pienso dormir, quiero que sea eterna.

Empezó a acariciarme la espalda lánguidamente y me quedé dormida con la cabeza apoyada en su pecho. Nos despertamos por los rayos de sol que se colaban por la ventana, Noel me sonrió y me preguntó si no había dicho que esa noche no dormiría, no pude evitar sonreír

también y le acusé de jugar sucio por acariciarme la espalda. Era la primera vez que pasaba la noche con un chico.

A las tres de la madrugada me despierto aturdida por los sueños, me pongo el pijama, me desmaquillo y voy directa a la cama.

Sobre las nueve de la mañana oigo el ruido de la puerta, voy al salón y me encuentro entrando a Ale.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que estabas con Noel.

—Buenos días, primero —digo intentando desviar la conversación—. ¿Y tú, de dónde vienes?

—No me cambies de tema que nos conocemos. Yo vengo de casa de David, pero no suelto prenda hasta que me digas que te ha pasado.

—Nada, Ale, que decidí venirme a casa, no me quise quedar en la suya, no estoy segura de querer estar con él, no sé si estoy preparada para pasar otra vez por lo del fin de semana anterior...

—Pues parecías muy segura cuando abandonasteis la discoteca agarrados de la mano y saliendo nada menos que del lavabo.

—Sí, cuando llegamos a la urbanización estuve a punto de subir a su casa, pero al final decidí que era mejor así y me vine para acá.

—¡Ay, Sonia!, tienes que ser más valiente. ¿Qué te pasa con él?

—Qué no me veo capaz..., sé que al final nos vamos a acabar haciendo daño y no quiero.

—¿Pero por qué piensas eso?

—Porque siempre ha sido así. ¿Te acuerdas en Sevilla cuando apenas éramos dos niños? Siempre acabábamos mal, ya fuese porque él no me hacía mucho caso..., sí, no pongas esa cara, o bien porque a mí me apetecía más salir con vosotras o con Javier y sus locuras. Y después, cuando al fin me lo tomé más en serio, le hice mucho daño.

—Eras una niña. ¿Qué tenías quince años?

—Sí, quince.

—Ya no eres la misma, te quedan meses para los veintiséis. Has vivido sola, eres independiente, sabes lo que quieres desde hace mucho, y has luchado por ello muy duramente. Deja de dudar. —Voy recapacitando sobre sus palabras, mientras enciendo la cafetera y saco unos cruasanes de la despensa—. Sonia, a lo mejor Noel se cansa de ir siempre detrás de ti. ¿Te has parado a pensarlo?

—Eso me dijo ayer, que no me iba a estar esperando siempre.

—Ves, es que creo que no tienes razón para sentirte así. Piensa si quieres estar con él, no vaya a ser que cuando decidas que sí, ya sea demasiado tarde. Es un hombre guapo, seguro, que no le faltan las oportunidades.

—Ya... Pero también está lo de Carlos...

—¿Qué es lo de Carlos?

—Siento no haberte contado nada, pero me da un poco de vergüenza. —Callo esperando que diga algo, pero no lo hace, solo pone cara de enfado—. El sábado que Noel estaba en Madeira se presentó aquí, en casa. Estaba preocupado porque el viernes le dije que no me encontraba bien, como excusa para que no se diese cuenta de que Noel me dejó tirada, y como tenía el teléfono apagado, apareció en mi puerta.

»La verdad que me vino bien su visita, ya sabes que es muy alegre, nos pusimos a charlar y se empeñó en traer comida mexicana. No solo trajo la comida, también margarita y bebí, Ale, bebí mucho, tanto que no recuerdo nada, solo que cuando amaneció, al mirar hacia el lado, estaba acostado junto a mí. —Mi amiga abre la boca, pero antes de que diga nada continúo hablando—.

Yo seguía con el pijama puesto y él estaba en calzoncillos. Lo desperté y estaba muy sonriente, feliz. Empecé a temerme lo peor y al preguntarle si nos habíamos acostado, se enfadó porque no me acordaba de nada. Le dije que aunque hubiese pasado, para mí, él solo es mi amigo y que así quería que continuase siendo. Me dijo que siempre respetaría mi elección y que no pensaba ser pesado, que prefería que fuésemos únicamente amigos antes que no ser nada. Se vistió y se fue.

—Pero entonces, ¿te acostaste con él? O sea, ¿tuvisteis sexo? —Yo me encojo de hombros ante su pregunta, en realidad sigo sin estar segura—. No me habías contado nada.

—Ya te he dicho que me daba vergüenza, tú sabes que yo no soy así. No voy acostándome con cualquiera y menos estando borracha...

—A ver, Sonia, al que le tenía que dar vergüenza es a Carlos. ¿Cómo se pudo acostar contigo si llevabas tanto alcohol encima?

—No le culpes, tan poco sé si fui yo quien lo buscó, además él también iba borracho, se nos fue de las manos a los dos. —Me tapo la cara con un cojín, no quiero que me siga preguntando, menos mal que es Ale y me entiende a la primera.

—Anda, ven. —Me da un fuerte abrazo—. ¿Quieres que te cuente todo lo que paso anoche desde que te fuiste?

—¡Claro!

Me cuenta que cuando salimos del lavabo, Carlos se marchó furioso y Susana estuvo todo el rato con la boca abierta de pura sorpresa, hasta que apareció Gloria y se marcharon juntas. Ale no está segura de que Susana la hubiese cerrado aún, y eso me hace reír.

Después los dos se fueron al apartamento de David, que es otro ático como el de Noel, y tuvieron el mejor sexo de su vida. Me cuenta todos los detalles más íntimos y es que ella nunca ha tenido filtro para hablar de sexo. Le pido por favor que se calle porque ya no iba a poder ver a mi jefe con los mismos ojos.

—A las doce hemos quedado en el chiringuito que está fuera de la urbanización, así que vamos espabilando y no me digas que no vienes porque si no me quedo aquí contigo.

Decido ir, aunque solo sea de sujetavelas, todo sea porque mi amiga esté con el chico que le gusta.

CAPÍTULO 34

NOEL

Al llegar al chiringuito la veo tumbada en una hamaca absorta en su lectura, no advierte mi presencia hasta que hablo.

—Buenas, Sonia.

—Hola —dice sobresaltada.

—Me ha dicho David que vais a comer aquí, que bajase, pero si te molesta solo tienes que decírmelo y me voy.

—No hace falta, por mí te puedes quedar. —Parece que va a decir algo más, pero finalmente se mantiene callada. Yo tampoco digo nada más, cojo otra tumbona que hay al lado y suelto mis cosas.

—Me voy a dar un baño. —Le hago saber. Al llegar a la orilla decido volverme a la zona de las hamacas.

—¿Está fría? —pregunta intrigada.

—Creo que demasiado caliente, viendo lo que esa parejita está haciendo allí en el fondo —digo divertido.

—Desde luego que esta Ale no tiene vergüenza —dice riéndose.

Esa risa me provoca un cálido ardor en el pecho, me tumbo junto a ella y me coloco las gafas de sol para ocultar lo que es capaz de provocar en mí con solo ese gesto.

Al cabo de unos minutos veo que Sonia se levanta y va a la barra. Cuando llega me entrega una caña y ella se toma un mojito, se lo agradezco, «todo es cordial», pienso viendo cómo salen del agua la pareja. Al llegar a la zona donde estamos sentados, David me ofrece ir por más bebidas y le acompaño para así dejar a las dos amigas solas.

Desde lejos veo cómo Sonia ríe a carcajadas con lo que le está contando Alejandra, y me encanta verla feliz, una pena que no sea yo quien provoque esas risas en ella.

Una mujer rubia, alta, de unos treinta años, se acerca y me pregunta en alemán si la invito a una cerveza, y lo hago sabiendo que Sonia nos verá, quiero que sienta que me puede perder como le dije anoche. David vuelve a las hamacas y veo cómo Sonia, al darse cuenta de que va solo, gira la cabeza hacia la barra y por un momento nuestras miradas coinciden; cuando ve que estoy hablando con una mujer, la aparta.

David viene a avisarme de que las chicas se han sentado en una mesa para almorzar, me disculpo con la alemana que no duda en darme su número en una servilleta y dos sonoros besos antes de marcharme.

A Sonia se le nota en la cara que está molesta, a estas alturas ya no puede engañarme. La jugada, sin proponérmela, me había salido redonda. Estoy muy animado al ver que le ha afectado verme con otra mujer, quiero que sepa que no voy a estar toda la vida esperando a que se decida, aunque a quién pretendo engañar. Por ella esperaría toda la eternidad.

Cuando acabamos la comida, Sonia se excusa diciendo que está cansada y me ofrezco a acompañarla, y para mi sorpresa, no me pone impedimentos.

—¿Estás cansada de ayer? —pregunto para darle conversación.

—Un poco, pero, sobre todo, quería dejarle intimidad a Ale y David.

—¿Por eso me has dejado acompañarte?

—Sí, y porque quería hablar contigo sobre una cosa que pasó el fin de semana que te fuiste a Madeira y no me parece justo que no la sepas. —La miro intrigado sin decir nada para que continúe hablando—. Ese fin de semana, como imaginarás, no estuve muy bien, no salí de casa durante esos días, ni quise hablar con nadie. Carlos se presentó el sábado por la noche en mi apartamento preocupado porque no conseguía hablar conmigo. —Hace una pausa y se retuerce las manos nerviosa—. No le conté nada, ya que no quería que nadie de la oficina supiera lo que había pasado, así que me inventé que echaba de menos a mi familia. Me convenció para cenar comida mexicana y bebimos muchos margaritas... No recuerdo lo que pasó, pero amanecimos en mi cama.

—¿Te has acostado con Carlos? —pregunto con la esperanza de que sea un no lo que salga de sus labios.

—No lo sé, Noel, creo que sí. Eso es lo que él me ha dejado ver.

—O sea, ¿qué te acuestas con otro y te haces la indignada porque haya ido a ayudar a una amiga? —Creo que me estoy poniendo rojo de rabia, y encima con Carlos, ahora entiendo por qué me decía anoche que me alejase.

—Yo solo te pedí que no me mintieras, lo nuestro estaba roto desde que lo hiciste, yo ya era libre de estar con quien quisiera.

—Joder, Sonia, no me digas eso. La semana había sido fantástica. ¿Cómo pudiste acostarte con otro? ¿Con Carlos? —Esto tiene que ser un mal sueño. ¿Cómo ha podido follarse al gilipollas ese?— ¿No piensas decir nada más?

—Te dije que acabaríamos haciéndonos daño, que esto no va a ninguna parte. Además, no sé por qué te enfadas tanto si hace unas horas estabas tonteando con una rubia.

—¡Solo lo hacía por darte celos! ¡Es que no te quedó claro anoche que estoy loco por ti! Me da igual todo, bueno, no me da igual, pero te lo perdono. Yo solo quiero estar contigo.

—No te he pedido perdón. No tengo por qué hacerlo, únicamente te informo porque no quiero andar con mentiras, las odio.

—¡Pues menos mal! —digo exasperado, paso las manos por mi pelo para tranquilizarme.

—Me subo a casa, ya otro día lo hablamos, cuando estés más tranquilo.

Se da la vuelta para marcharse, pero no me resisto y la agarro del brazo dándole la vuelta, como hiciera ella ayer conmigo y besándola con toda la rabia que recorre mi cuerpo. Quiero que ella la sienta.

Para mi sorpresa responde al beso y la sujeto por la cintura todo lo fuerte que puedo sin llegar a hacerle daño, quiero hacerle el amor, borrar de su piel cualquier rastro de otro que haya podido tocarla, pero entonces se separa bruscamente.

—Me voy, Noel, ya te he dicho que no quiero esto, por favor, respétalo.

Dejo que se vaya, pero bien sabe Dios que Sonia va a ser mía y no de ese pusilánime.

CAPÍTULO 36

SONIA

La rabia impregnaba el beso y eso me hizo detenerme. Desearía haberme dejado llevar, permitir que Noel fuera el último que ha tocado mi cuerpo, pero no quiero que lo haga por rencor. Quiero que lo haga porque no puede estar sin mí, y hoy, al verlo ligando con esa extranjera, me ha dejado un mensaje muy claro. Puede estar con quien le apetezca sin importarle lo que yo pueda llegar a sentir.

Le he contado lo de Carlos porque no quiero que acabe enterándose por otra persona, le exijo sinceridad, así que yo también se la debo. Aunque si lo soy conmigo misma, no sé ni lo que pasó aquella noche. No logro recordar nada, solo que bebimos margaritas y que cuando amaneció y abrí los ojos, vi a Carlos junto a mí en la cama. Su actitud cariñosa dejó claro lo que pasó, pero le dije que fue un error y que no se repetiría, a lo que él me contestó que lo respetaba, pero que sabía que en el fondo volvería a pasar porque nos gustamos, pero... ¿Nos gustamos? No lo sé. Es algo que no tengo muy claro. Somos buenos amigos y hemos conectado desde el principio, es atractivo, puede que sí que me guste un poco, pero en mi cabeza quien vive es Noel y no puedo hacer nada contra eso. Carlos no se merece ser la segunda opción, aunque me tienta, ya que sería una relación fácil y no lo que hay entre mi jefe y yo.

A las ocho de la tarde Ale me envía un mensaje pidiéndome que le recoja todos los potingues del baño y que le baje la maleta. David le acerca al aeropuerto y no le da tiempo a subir. Cuando llego a la garita del conserje me los encuentro a los dos esperándome en el coche. David se baja e introduce el equipaje en el maletero y yo me subo al asiento trasero para aprovechar ese ratito con mi amiga.

Durante el trayecto le cuento que estoy pensando en ir a Sevilla a ver a mis padres el fin de semana siguiente y Ale se pone eufórica e invita a David a que venga también y así le enseña su ciudad. Este acepta a la primera.

Después de un beso de película que me ha hecho sentir envidia cochina hacia mi amiga, David y yo volvemos a la urbanización en silencio, hasta que él lo rompe preguntándome que pasó la noche anterior con Noel.

—Nada, David, que me lo he pensado mejor y quiero estar sola, además como has visto tampoco le ha importado tanto, ya encontró con quién salir esta noche —digo con un deje de cansancio por la situación.

—No te fíes de todo lo que veas, a veces las apariencias engañan.

—Pues eso, pero vamos que seguro que tu amigo ya tampoco quiere estar conmigo.

—¿Qué ha pasado?

—Imagino que él te contará.

—Bueno, te pregunto a ti, no a él.

—Me acosté con Carlos, o eso creo, el fin de semana que Noel fue a Madeira.

—¿Eso crees? —pregunta sin entender nada.

—Estaba muy borracha y no recuerdo lo que pasó.

—¡Cabrón! Si estabas tan borracha no debió acostarse contigo. Si cuando Noel dice que no es trigo limpio, tiene toda la razón.

—Él estaba igual de bebido.

—¿Seguro? No te fíes de él, Sonia, no he querido decirte nada porque no me gusta meterme en asuntos ajenos, pero Carlos siempre ha intentado rivalizar con Noel y ahora parece que ha encontrado un blanco perfecto.

—No sé qué os pasa con Carlos, de verdad, es buen tío, siempre se ha portado conmigo como un amigo —le defiendo—. Ha estado conmigo cuando he estado sola, porque tu amigo decidió irse a Madeira en vez de estar conmigo.

—Un amigo no se aprovecha de que vayas tan borracha, que no seas capaz de recordar si te acostaste con él o no. No es buena persona, Sonia. No lo dulcifiques, no tiene justificación.

No le contesto, me quedo pensando en sus palabras y puede que tenga algo de razón, pero él también iba muy borracho... O eso me ha contado. Ya no voy a darle más vueltas al asunto, todo está hablado, solo espero con ansia que llegue el fin de semana para estar tranquila en casa y que me mime mi mamá. Ilusa.

CAPÍTULO 37

NOEL

El viernes llegó pronto. Hemos tenido una semana llena de trabajo y me he centrado en eso. He tratado de no hablar de nada personal con Sonia, aunque me resulta difícil tenerla tan cerca y no poder actuar como me gustaría con ella, pero quiero aclararme un poco. Procesar toda la situación con Carlos, al que evito siempre, ya que me pueden las ganas de partirle la cara, y también dejarle un poco de espacio a ella, aunque solo un poco.

Al llegar al avión veo que Sonia y David están ya sentados, me hace gracia la expresión de ella al verme llegar, no se esperaba esta sorpresa y confío en que no le moleste, aunque si es así que se aguante, bastante me he contenido durante la semana.

—Buenas —saludo sonriente.

—¿También vas a Sevilla? —pregunta—. No me habías dicho nada.

—No me has preguntado, pero si lo que te preocupa es que vaya a molestarte, puedes estar tranquila, será como si no estuviera —digo con todo el tono chulesco del que soy capaz.

—Me quedo tranquila entonces —responde también con chulería.

El viaje dura poco y menos mal, llevo todo el camino tonteando con la azafata, esforzándome para molestar a Sonia y creo que lo consigo por las expresiones que pone cuando la azafata me habla. No me dirige la palabra en todo el trayecto, ni siquiera me agradece cuando le pido un té helado con limón, que sé que es su favorito, pero sí que se lo toma.

Al llegar a Sevilla, Ale está esperándonos en la zona de llegada. Abraza a su amiga, me saluda con un escueto hola y se lanza a David para darle un beso de película. Lo de estos dos no es ni medio normal, aunque he de admitir que me encanta ver a mi amigo así de feliz.

Sonia de queda embobada sonriendo al verlos.

—¿Te dan envidia? —pregunto. Ella me mira a los ojos, y la veo dudar. Se piensa la respuesta, pero al final lo admite.

—Sí. ¿A quién no le gustaría que la recibiera así el chico que le gusta?

La miro durante unos segundos. «¡Si tú quisieras!», pienso. Ibas a saber cómo sería que te recibieran, no solo en los aeropuertos, sino en todos los sitios donde la esperase.

—Vamos, parejita, que hay público —evito la respuesta.

Ale ha venido en su coche y se encarga de llevarnos a casa, a mí me deja el primero, ya que mi casa es la más cercana al aeropuerto. En casa no me esperan, así que cuando aparezco por la puerta, mis hermanas se ponen a gritar y corren a abrazarme. Mi madre las aparta y me abraza también, es agradable que te reciban así en casa. Por último veo a mi padre, que me mira con una sonrisa de oreja a oreja y soy consciente de cuánto lo he echado de menos. Nuestras charlas en el patio trasero, los paseos en moto... Tenemos una relación especial.

Cenamos todos juntos, les cuento cómo va el proyecto y la fecha probable de la inauguración. También que volveré a Madeira y para septiembre me cogeré unos días de vacaciones y regresaré a Sevilla. Cuando acabamos, como es tradición, papá y yo nos sentamos en el patio trasero con unas cervezas.

—¿Qué tal todo por Fuerteventura?

—Bien, papá, ya os he comentado cómo va todo en la cena.

—No me refiero al trabajo, Noel, sino a ti, a tu vida. Sé que no has dicho nada, pero es evidente que algo te pasa.

—¿Por qué dices eso? —Es tal la conexión que tenemos... No me extraña que haya notado que algo me pasa.

—Te lo veo en la cara, hijo, tienes ojeras y la mirada triste.

—¿Te acuerdas de Sonia?

—¡Hombre como para olvidarla! Después de la que liaste y de cómo huiste a Inglaterra aquel año —recuerda ahora con una sonrisa, pero sé lo que le costó el cambiar de planes a última hora y a todas las puertas que tuvo que llamar para que yo pudiese estudiar en Londres.

—Pues ahora es mi secretaria en el nuevo hotel.

—No puede ser —dice levantando las cejas con incredulidad.

—Igual de sorprendido me quedé cuando la vi allí sentada, en la sala de juntas el primer día.

—Desde luego que el mundo es un pañuelo —dice más para sí—. ¿Y qué ha ocurrido? —Doy un trago largo a la cerveza y echo la cabeza hacia atrás suspirando—. Otra vez te has enamorado de ella —dice al ver que no contesto.

—Y otra vez ella de mí no.

—Cuéntame qué ha pasado.

Le explico por encima, sin entrar en detalles. Le cuento que salimos juntos y lo que pasó con Luzia, que desde entonces, Sonia no quiere saber nada de mí y que me he enamorado como un gilipollas, otra vez.

—¿Pero ya te das por vencido? ¿No piensas luchar?

—No, papá, lo quiero intentar, esta vez no voy a huir. Pero no sé si lo voy a conseguir.

—El mundo es de los valientes, Noel.

—Sí, pero qué complicado es todo a veces. —Acabo lo que queda en mi botellín de un solo trago.

—Lo que merece la pena cuesta más esfuerzo conseguirlo. Me acuerdo de ella, ¿sabes? Con su larga melena morena, una chica muy guapa, y además responsable.

—Ahora está muy diferente —le cuento, sin evitar sonreír al recordarla—. Ya no lleva el pelo largo y se lo ha aclarado, sigue siendo delgada, pero tiene curvas, —Noto cómo el pantalón se me tensa en cierta zona al recordar esas curvas en mis manos—, y sí, es responsable, pero ella no ve lo bueno que tiene, siempre le ha pasado lo mismo.

—A lo mejor se lo podrías mostrar tú.

—He pensado que mañana podría coger tu moto, y así llevarla a dar una vuelta, a ver si estando lejos del ambiente de Fuerteventura consigo que vea lo nuestro de otra forma.

—Es una buena idea, pero a ver cómo le explicas a tu madre y a tus hermanas que no vas a estar aquí mañana —me dice divertido.

A la mañana siguiente, reuniendo toda mi valentía, llamó a Sonia para preguntarle qué planes tiene, y para mi más profunda decepción, me dice que se queda trabajando en el bar de sus padres y así, aparte de echarle una mano, pasa tiempo con ellos. No me reprocha que la llame, aunque le dije que no la molestaría, así que me lo tomo como una buena señal.

Sobre las cinco de la tarde, aprovechando que el día está fresco y calculando que ya habría acabado el servicio de cocina, aparco la moto justo delante de la terraza del bar, donde ella está recogiendo una mesa, y cuando al quitarme el casco ve que soy yo, no puede evitar abrir la boca

de asombro.

CAPÍTULO 38

SONIA

Allí está Noel, con una chupa de cuero de la que se deshace nada más bajarse de la moto, un vaquero y las gafas de aviador puestas, parece sacado de un anuncio de perfumes. Sonríe al verme y yo, cuando consigo recomponerme de la sorpresa, le devuelvo la sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Imagino que ya habrás terminado, ¿no?

—Sí, ya ha terminado —responde mi madre por mí, acaba de salir a la terraza a atender a una mesa.

—Mamá, este es Noel, mi jefe.

—Encantada, Noel, yo soy María, la madre de Sonia. —¿Qué mal disimula mi madre! ¡Cómo se le nota que disfruta de esta situación!— ¿Te vas a dar una vuelta, Sonia?

—No sé, mamá...

—Anda, ve, si aquí ya no queda casi nadie. —Lo medito unos segundos y decido que sí, me voy a dar una vuelta con Noel.

—Bueno, pero antes subo y me doy una ducha rápida —respondo y veo cómo Noel sonríe encantado.

—Venga, ve —dice mi madre—, Noel, siéntate y te tomas algo. ¿Qué te traigo?

—Un café solo estará estupendo —dice mientras se sienta dispuesto a esperarme.

Subo sin perder tiempo, desde luego estar en Sevilla me ha afectado. Aunque tengo muy claro que no va a pasar nada entre Noel y yo, solo vamos a dar una vuelta en moto.

Me duchó todo lo rápido que puedo, me pongo unos vaqueros y cojo una chupa de cuero que tengo en el armario para ir a juego con él, pensando en ponérmela solo para la moto, con este calor imposible llevarla todo el rato. Recojo mi pelo y decido que no me voy a maquillar, llevo maquillándome casi a diario desde que estoy en la isla, así que voy a descansar.

Al bajar veo que apenas queda nadie en la terraza del bar y que mi madre se ha sentado con Noel a tomarse un café. Cuando llego hasta la mesa, los dos se levantan.

—No me habías dicho que tu jefe era sevillano, nena —me reprocha mi madre.

—Él solo va a estar unos meses, después es otra persona quien se queda al mando — respondo intentando justificar que no le he dicho nada de Noel, menos mal que mi madre no ha caído en el Noel que es—. Anda, iros ya, que seguro estás deseando salir de aquí —se despide dándome un beso—. Encantada, Noel, vuelve cuando quieras.

—Gracias, María. —Vamos hasta la moto.

—¿Ya has encandilado a mi madre?

—No sé por quién me tomas, que las mujeres se sientan así conmigo es algo innato. Tú lo sabes mejor que nadie.

—¡Serás creído! —Le doy un toque en el brazo y él suelta una carcajada.

—Solo le he dicho lo contento que estamos contigo en la empresa, lo buena trabajadora que es su hija y lo inteligente que es.

—Lo que yo he dicho entonces.

Él ríe a carcajadas, y disfruto de esta cercanía. Verlo charlar con mi madre me ha puesto el corazón calentito, aún recuerdo lo mal que se llevaba con Andrés, pero también que al final tuve que darle la razón. Cada vez tengo más dudas. ¡Si hasta a mi madre le ha gustado!

Noel me pasa el casco para que me lo ponga sin dejar de sonreír, está feliz y ya hace días que no lo veía así. Yo también estoy contenta, le ha sentado bien visitar a su familia.

Una vez preparados, partimos en la moto. Noel me lleva hasta el río Guadalquivir. Aparca la moto para dar un paseo por su ribera y así pasamos la tarde en calma, hablando e intentando al menos ser los amigos que un día fuimos.

El sitio está lleno de gente aprovechando la buena temperatura que hace al caer la tarde en esta zona, ya que con el río al lado refresca bastante. Me ofrece su mano, y para su asombro, la acepto; andamos hasta que vemos un sitio junto a un árbol para sentarnos. Noel se deja caer en el tronco y me invita a que me siente entre sus piernas con mi espalda pegada a su torso. Noto cómo inspira el aire pegado a mi cabello.

—Siempre me ha encantado como hueles, es tan dulce —dice mientras con su dedo juega con un mechón de mi pelo que se ha soltado de la coleta.

—Es vainilla, llevo usando el mismo perfume desde siempre, lo venden en la herboristería de al lado del bar. Mi madre me lo empezó a comprar cuando era una niña y desde entonces no lo he cambiado.

—No sabía que en las herboristerías vendieran perfumes.

—Sí, además son sin testar en animales y con ingredientes naturales.

—Muy tú, Sonia —dice divertido.

—¿Muy yo?

—Sí, siempre en contra de las injusticias, mirando por los animales, aún recuerdo el día que el pajarito se tropezó con el árbol, ¿lo recuerdas?

—Sí, parecía magia, ¿verdad?

—Solo tú podías hacer eso —dice con ternura.

Sus dedos me acarician el pelo, y mi mente viaja a aquel día. Hablábamos en el parque cuando un pájaro cayó en mis pies, imaginamos que se chocó con la rama, porque cayó a plomo. Lo cogí con delicadeza, preocupada por él, y el pájaro, de repente, despertó y alzó el vuelo entre mis manos.

Estamos un rato callados, contemplando cómo va cayendo la tarde tiñendo de tonos rosas y naranjas el cielo que cubre el río.

—Oye hablaste de viejos tiempos, ¿te apetece una hamburguesa en el burger del parque? —le propongo.

—¡Eso siempre me apetece!

Me pongo en pie y le tiendo la mano para ayudarlo a levantarse. Él me la sujeta divertido, sabiendo que no tengo fuerza para levantarlo, así que se impulsa para quedar pegado a mí, pero me alejo y, esta vez soy yo la que le ofrece la mano para volver camino al aparcamiento donde está la moto estacionada.

Llegamos al burger donde tantas veces comíamos de adolescentes y nos pedimos las hamburguesas más grandes y grasientas que hay en la carta. Intento comer lo más digna posible, pero la hamburguesa se deshace por debajo y continuamente se van cayendo los ingredientes. Noel no puede contener la risa, y así, entre carcajadas y charla, acabamos la cena.

Al salir le digo que quiero volver temprano a casa para estar con mis padres y él no se opone. Hemos pasado una tarde estupenda, hablando y riendo como cuando éramos amigos, es como si

el tiempo no hubiese pasado. Aparca debajo de casa y nos quitamos el casco al bajarnos de la moto.

—La tarde ha estado genial, Noel, gracias por venir. Me he divertido mucho.

Su mano acaricia suavemente mi pelo, y sus dedos trazan un sendero hasta mis mejillas, por un instante anhelo sentir sus labios sobre los míos. Sé que va a besarme, conozco esa mirada clavada en mi boca.

—¡Sonia! —Oímos un grito y los dos alzamos la mirada al bloque de pisos dónde vivo. Mi padre, asomado al balcón, me está llamando.

Ahora sí que parece que hemos retrocedido en el tiempo.

—Anda, sube —me dice.

—Voy, papá —digo un poco avergonzada por la situación—. La verdad es que hoy es como una vuelta a la adolescencia. —Noel sonríe, se pone el casco y vuelve a montarse en la moto.

—Mañana nos vemos, mi niña —se despide guiñándome un ojo.

El domingo cada uno lo pasa con su familia, y es Ale la encargada de llevarnos al aeropuerto. Durante el camino conversamos los cuatro sobre cómo ha sido el fin de semana, aunque nosotros omitimos que la tarde del sábado la pasamos juntos. Ya me encargaré de llamar a mi amiga, además imagino que ella también tendrá muchas cosas que contarme.

El vuelo es tranquilo, y esta vez Noel no tontea con ninguna azafata para mi tranquilidad. Lo pasamos hablando del libro que estoy leyendo, y es que él también es un apasionado de la novela negra.

Me siento relajada, en ningún momento hace alusión a nosotros como pareja y creo que estos días nos han venido bien para demostrarnos el uno al otro que podemos ser los amigos de antes sin la presión del qué pasará.

Cuando llegamos a los apartamentos, cada uno se va al suyo y me siento un poco decepcionada, ya que pensaba que Noel me invitaría a su casa, pero solo se ha despedido con un, «Hasta mañana, descansa», para mi asombro.

CAPÍTULO 39

NOEL

Es lunes a primera hora, ya llevo un rato encerrado en el despacho cuando oigo llegar a Sonia y saludar a Susana, quien le pregunta por el fin de semana y ella responde con un escueto bien y le dice que va por los cafés. Me preparo porque sé que en pocos minutos va a llamar a mi puerta.

No pasan ni cinco minutos cuando tocan a la puerta, y es ella. Viene con un vestido gris que le estiliza la figura, marcando sus curvas, yo no puedo quitarle los ojos de encima, llevo todo el fin de semana pensando en ese beso que no pude darle.

—Buenos días, ¿qué tal has dormido, has descansado? —me intereso.

—La verdad es que sí. ¿Tú qué tal?

—Bastante bien, siempre me recarga las pilas ir a Sevilla y ver a mi familia.

Después de esta charla superficial, Sonia me cuenta la planificación del día y todo lo que tenemos que dejar hoy hecho. No puedo apartar los ojos de sus labios cada vez que habla o mordisquea el bolígrafo muy atenta a lo que le digo para después anotarlos en su agenda. Cuando acaba la pequeña reunión de todas las mañanas, sale del despacho hacia su mesa.

Paso la mañana trabajando sin parar, cada vez está más cerca el día de la inauguración y de la boda de la hija de Velov, eso se está notando en la carga de trabajo y en los nervios de todo el personal. Tendré que marcharme una vez inaugurado el hotel. Ya no la veré tan a menudo y la voy a echar mucho de menos.

No he vuelto a besarla desde el sábado que estuvimos en el baño de la discoteca, pero las ansias van a más después del fin de semana que hemos pasado en Sevilla. Me estoy enamorando sin remedio, es solo oler su perfume y ya deseo lanzarme a ella como si fuera un oasis en el desierto, mi oasis particular. No quiero pensar en esas noches en el ático, la forma en que ella me tocaba, o el tacto de su cabello en mis manos, pero son imágenes y emociones que me asaltan sin pedir permiso.

Tan ensimismado estoy que no me doy cuenta de que David ha entrado en el despacho.

—¡Noel!

—Dime —respondo sobresaltado.

—De verdad, vas a tener que mirártelo, llevo aquí como un minuto hablándote y no te das cuenta de nada.

—¿Qué querías? —respondo sin entrarle al trapo, no deja de sonreír y sé que está deseando burlarse un rato de mí.

—¡Venga, que nos vamos a comer! Les he dicho a las secretarias y a Carlos que hoy vamos con ellos... No me lo agradezcas. —Agita las manos, quitándole importancia.

No puedo evitar sonreír, está en todo el cabrón. No pasan ni diez minutos cuando entramos en el bar y nos sentamos en la mesa. Aprovecho que el asiento de al lado de Sonia está libre, y me siento, así puedo hablar con ella, quiero convencerla para que cene hoy conmigo.

En la comida estamos todos hablando de lo poco que falta para la inauguración, todos menos Carlos, que apenas participa hasta ese momento.

—¿Y tú cuándo vuelves a Madeira, Noel? —Oigo a Carlos hablarme.

—Pues al final parece que me voy a quedar un tiempo más, hasta que todo esté funcionando perfectamente. Esta mañana he hablado con James y al final los planes han cambiado —contesto más para informar a las chicas que para que él sepa nada—. Como sospechábamos, se queda David de director permanente, y yo me quedaré un par de semanas para comprobar que todo marcha como debe.

Tras dar esta noticia veo que Sonia levanta un poco la comisura de sus labios, en una breve sonrisa. Pego mi pierna a la de ella y noto cómo se sonroja tras mi tacto. Seré un hijo de puta, pero me encanta ver la cara que se le ha quedado a Carlos después la noticia.

—¿Te alegras?— le pregunto bajito al oído para que los demás no me oigan.

—Bueno... —Sonríe, y no puedo evitar hacerlo yo también, a Carlos no se le ve muy feliz.

CAPÍTULO 40

SONIA

Carlos no me ha quitado ojo durante toda la comida, la verdad me la he pasado hablando con Noel. Me alegra que se quede unos días más.

Cuando salimos del restaurante, Carlos está esperándome fuera. No me hace gracia, pero me obligo a ser simpática, tampoco él tiene la culpa de todo, los dos estábamos borrachos, me digo como un mantra.

—¿Qué tal el fin de semana? No te he visto por la urbanización.

—Me fui a Sevilla a ver a la familia, desde que estoy aquí no había vuelto.

—¿Qué tal todo por allí? —se interesa.

—Muy bien, la verdad, vengo con las pilas cargadas, nada como los mimos de una mami para coger fuerzas —le digo animada—. ¿Tú, qué tal?

—Bien, descansando de la semana pasada, estuve a tope con las entrevistas del personal nuevo —comenta—. A ver si en estos días nos vemos fuera del trabajo y me cuentas con más detalle tu visita a Sevilla.

—Claro que sí.

A lo mejor él también se siente mal por lo que pasó y quiere recuperar un poco la amistad que se nos ha enfriado de forma inevitable.

La tarde pasa en un suspiro, llevábamos un ritmo bastante alto de trabajo y casi no nos da tiempo a nada más. Cuando son las cinco, Noel me llama para que acuda a su despacho.

—Dime, Noel.

—¿Qué tal el día de hoy? ¿Cansada?

—La verdad que no he parado en todo el día, más que cansada físicamente, mentalmente.

—¿Te apetece cenar esta noche? Me han recomendado un restaurante espectacular y me gustaría mucho que me acompañases. ¿Qué me dices?

—No sé, Noel.

—Anda, ámate. ¿Qué vas a hacer allí encerrada toda la tarde y la noche?

—Bueno, pero volvemos temprano. —Noel asiente sonriendo.

—Tú mandas, Sonia.

Me despidió y salgo para mi apartamento dando un paseo, me estaba acostumbrando a hacerlo así, porque me despeja la mente, pero me encuentro a Carlos que se ofrece a acompañarme. Charlamos durante el camino. Carlos se interesa por mi fin de semana y le cuento cómo ha sido obviando la tarde del sábado que salí a pasear con Noel en la moto. Cuando vamos a cruzar la calle que da a la entrada de la urbanización, siento cómo Carlos me agarra de la mano entrelazando sus dedos con los míos. Me quedó paralizada.

—¿Te molesta? —pregunta con interés.

—No, no es eso. —En verdad sí qué es eso.

—¿Entonces?

—Carlos, es que temo que no signifique lo mismo para ti que para mí. No quiero malos entendidos —le digo, pero no me atrevo a soltarme.

—Ya, me imagino que estás con Noel, me di cuenta el día que salisteis juntos de la discoteca. —Hace una pausa y me mira a los ojos—. Solo quiero que seamos amigos, aunque no te voy a negar que siento algo por ti y que pienso que Noel acabará haciéndote daño, pero no te voy a tratar como a una niña, eres una mujer inteligente y vas a acabar dándote cuenta de que él no te conviene. Yo estaré aquí para consolarte, no quiero que pienses que te daré la espalda.

—No estoy con Noel —admito sin saber por qué lo hago—, pero sí que tenemos una larga historia, lo conozco desde hace muchos años, Carlos, y no me gusta que me hables mal de él.

—Mi intención nunca fue hablarte mal de él, pero veía cómo te miraba y sé cómo se comporta con las mujeres, por eso te conté lo de la secretaria de Madeira y como pudiste comprobar no me equivocaba.

Me quedó callada porque Carlos tiene razón en esa parte, Noel me dejó tirada por su secretaria cuando teníamos planeado un viaje..., aún pensar en esto me produce rabia, pero lo he perdonado, o lo estoy intentando y le voy a dar otra oportunidad.

—Me tengo que ir para el apartamento, esta noche salgo de cena, gracias por acompañarme. —Me despido soltándole la mano—. Mañana nos vemos.

Carlos me sonríe mientras me marchó camino al apartamento, sospecho que imagina que la cena es con Noel, pero no se ha atrevido a preguntar.

Cuando llego al apartamento lo primero que hago es llamar a Ale, de la que apenas he tenido noticias el fin de semana.

—Hola, perdida, desde que te enamoraste ya no quieres nada con tu amiga.

—¡Anda, loca! Yo no me enamoro, son ellos los que caen rendidos a mis pies, soy una puta diosa —responde.

—La diosa de Triana, pero me da que esta vez la diosa está pilladísima.

—¡Ay, pues sí! ¡No sabes qué fin de semana he pasado! Me «muero muerta», Sonia, el mejor de mi vida. David es superatento, cariñoso, una fiera en la cama, lo que te cuente de él es poco...

—Lo que yo te digo, estás loquita por sus huesos.

—Y sus carnes, que eso es lo mejor.

—¡No quiero saberlo! ¿Sabes que el amor magnifica las cosas no?

—Buenooo..., habló la amiga. ¿Tú, qué tal, cuenta?

—He quedado esta noche con Noel para cenar, pero no me metas presión, no sé aún qué hacer, Ale, estoy muy confusa.

—Sonia, no pienses tanto. Solo piensa en cómo te sientes cuando estás con él, si te hace feliz, si sientes que estás en una nube. Que se te contrae el estómago y si se te eriza la piel si te roza... Si ocurre todo eso, es él. No lo intentes evitar más, si después no va bien, pues eso que te has llevado para tu cuerpo y tu alma. Lo bonito de esta vida es sentir, sentir bonito.

Me quedo con esa reflexión y me propongo, al menos, intentar reconocer qué siento por Noel y para eso debo de darle la oportunidad, así que no lo pienso mucho y me arregló para estar preparada para cuando él venga a buscarme.

CAPÍTULO 41

NOEL

A las nueve en punto llamo al timbre de Sonia. Estoy algo nervioso, ya que no sé en qué punto estamos, ni lo que siente ella por mí. David me ha recomendado no presionarla y dejar que las cosas fluyan, que ella se abra poco a poco y entonces, intentarlo.

A los cinco minutos de estar esperando, aparece por el portal. Lleva un pantalón vaquero y una camisa lencera en negra a juego con las sandalias planas y el bolso. Me quedó embobado, por muy sencilla que vaya está guapísima, no necesita maquillarse, ni vestirse de forma provocativa para llamar la atención.

Para salir de la urbanización le cojo la mano y caminamos hasta la garita donde Antonio, el conserje, nos ha pedido un taxi para que nos lleve al restaurante.

Todo va sobre ruedas, aunque no hay nada carnal entre nosotros, ni siquiera un simple beso. La noto insegura, y me he propuesto contenerme y aclararme las ideas. Ante todo quiero que se sienta respetada y no que la estoy presionando para tener sexo, ya que espero mucho más que eso. Nuestro contacto es muy light. Le toco la mano, la espalda para guiarla hacia la mesa y poco más, en ningún momento intento nada con ella.

Así van pasando los días, no nos vemos todos, pero sí la mayoría. Veo cómo Sonia empieza a retomar su amistad con Carlos y algunas tardes cuando salen del trabajo se van a la playa a pasear, incluso el fin de semana los veo almorzando juntos en el club de la urbanización. Es algo que me quema desde dentro, pero ella es adulta y es la que elige con quién pasa su tiempo.

Llevo días reflexionando sobre la relación que tengo con Sonia, lo quiero todo con ella, aunque me marche a Madeira, ya encontraremos la forma de estar juntos. Le voy a dar su tiempo para que se enamore de mí y lo tenga todo claro. Así no acabaremos dañados.

Lo que odio de esta situación es que Carlos esté aprovechando para acercarse a ella, y me jode bastante, siento celos, no lo puedo evitar, y aunque veo que Carlos ha cambiado su actitud, no me fio ni un pelo y sé que siente algo por Sonia.

David va a Sevilla de nuevo a pasar el fin de semana. Parece que la relación con Alejandra va en serio y que no puede estar sin verla. Creo que se está enamorando, y me alegro mucho por él, es la primera vez que le veo tan involucrado en una relación con una mujer.

Desde que lo conozco nunca se ha implicado tanto, siempre ha tenido relaciones cortas en las que no se le veía demasiado interés más allá de pasar un par de noches con la misma chica. Pero esta vez se nota que es diferente. Me alegra que sea con Alejandra, aunque no nos llevemos bien, se ve que es buena chica y creo que hacen muy buena pareja.

CAPÍTULO 42

SONIA

El jueves, al llegar a mi apartamento, me preparó un té helado y me siento en la terraza. Al mirar el móvil veo que tengo diez llamadas perdidas de Ale. Sin perder tiempo la llamo.

—¿Qué te pasa, Ale? —pregunto preocupada.

—¡Ay, Sonia!, no te puedes imaginar los nervios que tengo.

—¿Y eso? ¿Te ocurrió algo?

—No me baja la regla —suspira—, hace tres días que me debería haber bajado y yo siempre soy muy puntual.

—Pero a ver, Ale, ¿hay motivos para pensar que puedas estar embarazada? —se hace un silencio al otro lado de la línea—. ¿De verdad a estas alturas y sin usar condón?

—No me riñas, ¿vale? Fue cuando estuvisteis todos aquí en Sevilla..., la pasión, el tiempo que llevábamos sin vernos, no sé, Sonia, no lo pensamos. Si pudiese dar marcha atrás en el tiempo lo haría.

—Marcha atrás es lo que deberías haber hecho al menos, te voy a matar cuando te vea, ¿lo sabes no?

—No seas tan dura conmigo, de verdad, Sonia, ¿qué hago?

—¿Se lo has dicho a David?

—¡Estás loca! Hasta que no lo sepa con seguridad, no voy a decirle nada... ¿Y si ya no quiere estar conmigo si decidiera tenerlo...? O que se piense que como estoy aquí en Sevilla tengo algo con alguien más.

—No seas tonta, Ale, él no es así, además se nota mucho que le gustas, cada vez que le veo en la oficina y le pregunto si habló contigo se le pone la sonrisa tonta.

—¿En serio?

—Qué sí, reina, tú tranquila. ¿Por qué no te vienes el fin de semana y te haces un predictor aquí conmigo?

—Ya me gustaría, pero estoy con la cuenta a números rojos, ya van dos veces que voy y sabes que no gano mucho.

—Bueno, pues yo te lo pago.

—Ni hablar.

—¿Por qué no? Si fuese al revés tú harías lo mismo por mí, ¿verdad?

—La duda ofende.

—Pues no se hable más, prepara la maleta que te envío los billetes en cuanto los tenga.

Cuelgo, y me conectó con la Tablet para buscarle dos billetes a la loca de mi amiga, llevamos toda la vida juntas y no la voy a dejar sola ahora que me necesita. Entiendo que Ale esté tan nerviosa, incluso que no se atreva a hacerse el test. Su padre siempre ha sido muy estricto y han tenido muchos problemas. Ella está deseando independizarse, pero con lo poco que gana no le da para un alquiler. Le voy a proponer que se busque algo en la isla y que viva conmigo. En este apartamento podemos vivir las dos perfectamente, incluso si fuéramos tres. Nada me haría más feliz que vivir con ella, con sus locuras y ocurrencias. A veces pienso que Ale es así por ser todo

lo contrario a lo que es su padre, siempre con normas, muy religioso y tan exigente para todo.

Encuentro los billetes para salir el viernes por la tarde y con regreso el domingo. Sinceramente, espero que Ale no esté embarazada, lleva muy poco tiempo conociendo a David, y aunque este me parece buen chico, no sé cómo se puede tomar la noticia. Por lo que conozco a Ale, sé que si está embarazada no va a abortar, va a tener al bebé seguro, aunque sea sin padre y sin el apoyo de los suyos, pero yo la apoyaré y la ayudaré en todo lo necesario, para eso somos como hermanas.

Al día siguiente, en la oficina, todo transcurre como un día cualquiera. David pasa por mi mesa y me saluda, pero no le digo nada de que Ale vendrá este mismo día, ya que así lo decidimos las dos cuando la llamé para indicarle la hora de los vuelos. Ya hablará con él cuando se haga la prueba y esté todo más claro.

Noel me invita a salir esta noche, pero me excuso diciéndole que no me encuentro bien, que tengo migraña, y que estoy deseando llegar a casa para acostarme.

Cuando son las cinco de la tarde, me apresuro veloz a recoger y salir del trabajo, no me despido de Noel como hago habitualmente, ya que Ale llega a las seis al aeropuerto y voy a llegar muy justa.

Ale en cuanto me ve se lanza a mis brazos y se le llenan los ojos de lágrimas. No puedo evitar llorar también, ella es mi otra mitad, ni hombres ni nada de eso, en el caso de que a mi alma le faltase una mitad es de mi amiga, estoy segura de ello.

—Sabes que eres mi mitad, ¿verdad? —Es como si me leyera el pensamiento.

—Anda, venga, no te pongas sentimental, pero sí, lo sé, y tú la mía. Por eso tienes que estar tranquila, pase lo que pase, yo voy a estar aquí contigo, jamás te dejaré sola, ¿de acuerdo?

—Lo sé —dice mientras las lágrimas le recorren las mejillas.

Salimos agarradas la una a la otra hasta la parada de taxis y ponemos rumbo a la urbanización. Cuando llegamos al apartamento, le quiero dar una tila, pero la rechaza.

—Lo que necesito es salir de dudas. —Abre su maleta y saca tres test.

—¿Tres? —pregunto abriendo mi bolso y sacando otros tres que he comprado antes de salir para el aeropuerto, las dos nos echamos a reír a carcajadas.

Entramos en el baño y le doy un vaso para recoger muestras de orina y allí introduce los seis test, y decidimos esperar en el salón los cinco minutos de rigor.

—¿Qué vas a hacer si sale positivo? —le pregunto.

—Creo que lo tendré, aunque no sé cómo, mi padre me echará de casa, eso seguro.

—Te vienes aquí conmigo, te lo he dicho varias veces. Te buscamos un trabajo y vivimos juntas, entre las dos lo criamos. Pero antes tendrás que saber qué opina el padre de la criatura, ¿no?

—Eso es otra. ¿Cómo crees que reaccionará? —La noto bastante preocupada por este tema.

—Pues no sé, Ale, imagino que se hará cargo, será un shock, ya que aún es pronto, pero se le ve un hombre responsable y además está enamorado de ti.

—¿Tú crees que está enamorado?

—Hombre, va todos los fines de semana en avión a verte, yo apostarí a que sí.

Veo cómo mi amiga se queda pensativa, imagino que le invaden un mar de dudas. Pero, en cambio, me cuenta que solo ha sido una vez la que lo han hecho sin condón, hace algo más de un par de semanas, el primer fin de semana que David fue a Sevilla. No puedo evitar reírme con ella cuando me cuenta que nada más entrar al apartamento cerró la puerta y allí mismo lo hicieron, de

pie y sin preservativo, claro. Les pudo la pasión, me dice.

—Ale, oye, ¿qué te pasa?, llevo un rato llamándote. ¿No quieres ver el resultado? —Ale sale de su ensimismamiento y va directa al baño conmigo como su sombra, pero al llegar a la puerta frena de golpe.

—Pasa tú y dímelo, Sonia, no puedo entrar —dice mientras se tapa ambos ojos con las manos. Entro decidida y me quedo de piedra al ver los seis test, todos en fila, con sus rayas rosas bien marcadas.

—¡Ay, Ale!

—¿Qué? Dime algo —se impacienta—. ¡Habla!

—Positivo por sextuplicado.

Ale entra al baño para verlo con sus propios ojos, y allí están todas las rayas, todas rosas, ni uno se ha quedado sin marcar. No hay dudas, va a ser madre. No puede evitar echarse a llorar. Su padre va a renegar de ella y David..., ¿qué hará David cuando le diga que va a ser padre? La abrazo fuerte y lloro con ella, aunque intento contener el llanto, no soy capaz, sé lo que esto significa para mi mejor amiga y lo que viene no va a ser fácil, aunque también sé que entre las dos seremos capaces de esto y más.

En medio del abrazo suena el timbre de la puerta del apartamento, las dos nos quedamos extrañadas. No espero a nadie. Me apresuro hacia la puerta, y por la mirilla veo que se trata de Noel. Voy corriendo hasta el baño donde Ale se encuentra llorando sin dejar de mirar los test.

—Es Noel —la informo.

—No digas nada de que estoy aquí —me ruega—, al menos hasta que sepa qué le voy a decir a David.

—Escóndete, tendré que abrirle, le dije que me iba, que tenía migraña. —Me hace caso y se esconde en el dormitorio dejando la puerta entreabierta. Yo voy a abrir para ver qué quiere Noel.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

—Como te fuiste de la oficina sin despedirte, he venido a ver si te encontrabas mejor. Te he traído la cena e ibuprofeno, también me han dado en la farmacia una especie de *roll on* que con el frío dicen que alivia el dolor de cabeza. —No le contesto, estoy aún en shock por la noticia del embarazo y las ganas de lanzarme a los brazos de Noel por ser tan atento conmigo—. Se te nota en la cara que estás mal, tienes los ojos muy rojos.

Lo que no se imagina es que los tengo así de llorar y no del dolor. Me acerco despacio hasta quedar a milímetros de su boca, sintiendo el olor afrutado del aliento de Noel que tanto me trastoca. Él no se mueve, sus ojos van de los míos a mi boca y entonces no me resisto más y le beso, le beso con pasión, con agradecimiento, con amor... Él parece no ser capaz de asimilar lo que pasa, aunque oigo cómo suelta las dos bolsas que sujetaba en las manos y caen al suelo y me devuelve el beso agarrándose por la cintura y pegándose a mí sin dejar siquiera espacio para el aire entre nuestros cuerpos.

—Si lo llego a saber te traigo ibuprofeno hace un par de semanas —dice separándose unos centímetros y volviéndome a besar. Comienzo a llorar de nuevo.

—¿Qué te pasa, mi niña? ¿Estás muy mal? ¿Vamos al médico? —Lo noto asustado, por mi silencio y este beso inesperado.

En ese momento aparece Ale en el salón y me abraza arrancándome de los brazos de Noel y las dos empezamos a llorar a moco tendido. Noel tiene cara de no entender nada de lo que sucede. Frunce su ceño y nos mira con extrañeza. Parece realmente preocupado por la situación y esto de que Ale aparezca por sorpresa le deja aún más extrañado.

—¿Qué pasa? Me estáis asustando, de verdad —dice preocupado. Miro a Ale y esta asiente dándome permiso para que le cuente lo que pasa.

—Ale está embarazada.

Noel se queda en silencio, sin reaccionar. Mira a Ale y le mira la barriga como si ahí fuese a encontrar la respuesta.

—¿Se lo habéis contado a David? —pregunta incrédulo.

—No —se apresura a contestar Ale—, aún estoy pensando qué voy a hacer, y tú no vas a decir nada, ¿entendido?

—Por supuesto, es algo vuestro. Pero sí te digo que es algo que debe saber. Lo conozco desde hace muchos años y es un buen tipo, Ale, entre los dos vais a encontrar la solución, él va a acompañarte en la decisión que tomes sea cual sea. Sé que no te va a fallar.

—Necesito estar preparada. Aclararme las ideas y tener muy clara la conversación que quiero tener con él. —Noel asiente y Ale se va al dormitorio de nuevo con la excusa de que va a descansar, aunque sé que quiere dejarnos solos.

—¿Qué harías tú, Noel, si nos pasase a nosotros?

—¿Sabes qué? —hace una pausa y me mira a los ojos fijamente, con ese verde más profundo que nunca—. Yo sería el hombre más feliz del mundo.

CAPÍTULO 43

NOEL

Cenamos los tres juntos en el apartamento de Sonia. La verdad que Ale está ausente, pero imagino que tiene mil cosas en la cabeza ahora mismo. No ha vuelto a sacar el tema, y la verdad que me cuesta entenderla porque yo estaría entusiasmado.

Siempre he querido ser padre, será por la experiencia que he tenido con «las bichos» de mis hermanas, y si Sonia me dijese que está embarazada, solo habría felicidad en mí. Aunque es normal que Ale tenga dudas, solo conoce a David desde hace un mes y claro, no sabe cuál va a ser su reacción.

Cuando son cerca de las doce de la noche decido irme para dejar que las chicas hablen tranquilas. Sonia se empeña en acompañarme al portal y aprovecho para tranquilizarla y decirle que le haga ver a su amiga que David no la va a dejar tirada, que se lo comunique cuanto antes.

Antes de marcharme vuelvo a besarla. Soy adicto a sus besos y a su tacto, no sabría ya vivir sin ellos.

—Te vas a librar porque está Alejandra arriba —le digo. Ella se ríe y es música para mis oídos. Vuelve a besarme, parecemos dos adolescentes aquí en el portal escondidos—. Mañana tenemos que vernos. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —me responde.

—Y ya no más malos entendidos, Sonia. Quiero estar contigo, mi niña, déjame quererte.

—Yo tampoco quiero que estemos mal otra vez..., vamos a intentarlo y si no...

—No hay «y si no», va a salir bien. Mañana con tranquilidad hablamos.

—Vale —dice mirándome mientras una sonrisa sincera se dibuja en su cara—, en cuanto Ale vaya a hablar con David, te aviso y así quedamos y hablamos tranquilos.

—Te tomo la palabra.

Me vuelvo feliz a mi apartamento, jamás pensé que el día pudiese acabar tan bien, pero creo que a Sonia le ha pasado como a mí, y esto del embarazo de su amiga le ha removido los sentimientos y está dispuesta a dejarse llevar.

Esta vez no puedo fallar, y eso va a empezar por dejarle las cosas claras a Luzia, decirle que tengo novia y que no puede seguir dependiendo de mí. Siento mucho lo que le pasó y sé que no debí acostarme con ella sabiendo que ella sentía por mí algo que yo era incapaz de sentir por ella. Jugué sucio y me aproveché de la situación con consecuencias fatales, pero como me dice David, tengo que aprender a perdonarme y aceptar que no soy el responsable, ya que no estaba allí cuando se cayó por las escaleras..., pero es algo que me cuesta.

De mañana no pasa que aclare todo con ella.

CAPÍTULO 44

SONIA

Noel se marcha y subo a la habitación donde mi amiga ya está acostada. Me pongo el pijama y me meto con ella en la cama.

—Sabes que mi padre me va a matar —me dice Ale restregándose los ojos de sueño.

—Da igual, no puedes seguir así, Ale, lo sabes. Vente aquí a vivir, busca trabajo. Tu padre siempre ha sido demasiado estricto y a tu madre no le ha importado, ya tienes veintiséis años, edad para hacer lo que quieras.

—¿Pero qué trabajo voy a encontrar aquí y embarazada? Sabes que siempre me he dedicado al telemarketing y aquí no hay nada así.

—Bueno, también has llevado las redes sociales de la empresa, ¿no? Seguro que de eso si encuentras. Esto está lleno de hoteles. Incluso podríamos hablar con Carlos a ver si hay algún puesto en el hotel, y si no, tienes el desempleo para ir tirando, llevas años sin parar de trabajar. —Bostezo, también me está venciendo el sueño—. Tienes que cortar lazos con tus padres, Ale, no puedes seguir viviendo con ellos y menos con lo que te viene. La familia a veces es un lastre que hay que soltar, ellos solo te aportan dolor —le digo recordando la de veces que ha venido a mi casa llorando por problemas con sus padres, y cómo su madre mediaba para que su padre la dejase quedarse a dormir en mi casa.

Las dos nos quedamos dormidas y no hay nada que interrumpa ese sueño, el día anterior nos ha dejado agotadas con tantas emociones.

Soy la primera en levantarme y bajo a comprar cruasanes de mantequilla para Ale, ya que son sus favoritos. Al subir, la encuentro en el salón con la vista fija en la pared.

—Mira, Ale, tus preferidos. —Levanto la bolsa en el aire.

—Gracias. —Coge uno de la bolsa y empieza a comerlo sin apartar la vista de la pared.

—Ale —llamo su atención.

—Dime

—¿Qué te pasa? ¿Qué piensas? Me estás asustando, no estoy acostumbrada a verte tan seria y distraída.

—Tengo el móvil repleto de mensajes de David, no le hablo desde ayer por la mañana y claro, está extrañado.

—Bueno, tendrás que quedar con él para contarle todo, ¿no?

—Sí, pero me da miedo. Me da miedo que me rechace..., que dude de mí. Esto es un lío, Sonia. ¿Qué voy a hacer? ¡Solo llevamos un mes juntos!

—¿Estás segura de que no te quieres plantear un aborto?

—No, no, ni loca —niega vehementemente con la cabeza—, el bebé no tiene la culpa de mi mala cabeza. Es lo único que tengo claro. Lo voy a tener, sola o acompañada, en Sevilla o aquí contigo en Fuerteventura, pero este bebé va a nacer.

—Pues entonces échale valor y queda con él, llámale y dile que estás aquí y ve a comer con él y así habláis tranquilamente.

—Pues sí, es lo que toca.

Después de desayunar, Ale llama a David, quedan en verse en la entrada de la urbanización.

Lo encuentra molesto porque ella ha venido y no le ha dicho nada, cuando él lleva todo el día de ayer enviándole mensajes.

Ale está muy nerviosa, pero confío en su valentía y en que será capaz de tomar la mejor decisión para su vida, ya sea con David o sin él. Le abrazo antes de que se marche y le digo que no tenga ninguna duda, que le puede dar la espalda el mundo entero, pero que yo estaré aquí para ella y para ese bebé precioso que va a tener. Tarda en soltarme y al final sale sonriendo tras oír mis palabras, pero con lágrimas en los ojos.

No pasan ni diez minutos cuando mi teléfono suena. Respiro aliviada al ver que es Noel, pensaba que era Ale para contarme que no ha ido bien la charla con David.

—Buenos días, mi niña. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Buenos días, Noel. Pues la verdad que no me gustaría salir de aquí, Ale se acaba de marchar para hablar con David y quiero estar disponible para cuando llegue.

—Te iba a proponer que bajásemos a la piscina y comiéramos en el club, así estás entretenida y disponible para tu amiga.

—Pues no es mala idea, no me vendría mal despejarme un poco. —No quiero decirle que me muero de ganas de verle después de las palabras de ayer.

—Perfecto —En la voz se le nota que sonrío—, paso por ti en quince minutos.

—Aquí te espero.

CAPÍTULO 45

NOEL

Me pongo un bañador y cojo la cartera, me coloco las gafas de sol para ir a buscar a Sonia. Esto me lo tengo que repetir a mí mismo varias veces, porque se me hace difícil de creer.

Ayer me besó y hoy ha aceptado quedar conmigo. Esta vez no va a ver nada que lo estropee, no lo pienso permitir. No más Luzia ni más Carlos, no más mentiras. Le voy a demostrar lo enamorado que estoy de ella y lo feliz que puede estar a mi lado.

Al llegar a su portal toco al timbre para que baje. Me siento como cuando iba a su casa en Sevilla a buscarla, los mismos nervios, y es que esto que noto solo me lo ha provocado ella en mi vida, ninguna otra mujer ha hecho que me sienta así.

Cuando abre la puerta y la veo salir me deja alucinado, lleva una camisola blanca que se transparenta, lo que me permite ver ese bikini rojo que tanto me torturó la última vez que se lo vi puesto.

—Hola, mi niña —le digo y sin dejar que me conteste, le doy un beso en los labios—. ¿Vamos?

—Sí, claro.

Le ofrezco mi mano y la coge sin dudar, por momentos estoy más feliz, aunque me parezca casi imposible.

Llegamos al club y nos tumbamos en dos hamacas, pedimos dos cócteles y me cuenta un poco cómo estaba Ale esta mañana.

—No creo que haya motivo de preocupación, David es el tío más honrado que conozco y no la va a dejar tirada, ya verás. Además, ella le gusta mucho, nunca le vi así con ninguna otra mujer.

—Ya, pero Noel, solo hace dos meses que se conocen y poco más de tres semanas desde que están juntos, es normal que Ale tenga tantas dudas.

—Sí, ha sido todo muy precipitado, pero a veces la vida es así y hay que tomar decisiones, y sé que él lo hará.

Después de esta conversación decidimos darnos un baño y me cuesta contenerme, no puedo dejar de tocarla a la mínima oportunidad. Ella no se aparta ninguna vez, me muero de ganas de decirle que nos vayamos a mi ático, pero sé que quiere esperar a su amiga, así que me guardo las ganas.

Al salir del agua le pregunto si hablo con el camarero y reservo una mesa para comer juntos aquí en el club, ella me responde que sí, así que le hago caso. Nos sentamos en la terraza y pedimos una paella para compartir. No paramos de hablar de Sevilla, de todo lo que echa de menos a su familia, pero también de su trabajo aquí y de lo quemada que estaba de los anteriores.

Los idiomas son su pasión y aquí puede poner en práctica todo lo que sabe.

Yo le cuento un poco cómo funcionamos en el hotel de Madeira, ya que al ser más pequeño, las cosas son diferentes a Fuerteventura, me muerdo la lengua porque tengo muchas ganas de invitarle a que venga, a que conozca mi casa y enseñarle esa isla, pero después de lo de Luzia no me atrevo aún. Prefiero ir pasito a pasito.

Cuando acabamos de comer le envía un mensaje a Alejandra y esta le responde que está

comiendo con David en la zona norte de la isla y que tardará en llegar, parece que eso es buena señal y Sonia se tranquiliza, así que no pierdo la oportunidad.

—¿Subimos a darnos un baño en el jacuzzi? —le propongo. Ella asiente sonriente, sabe lo que quiero y lo que más me gusta es ver en su cara que ella también lo desea.

Caminamos hasta mi bloque de apartamentos y por el rabillo del ojo veo a Carlos, ella no se da cuenta porque está contándome cosas que vivió en Rusia muy animada. Sé que no soy buena persona, pero me encanta ver la cara de Carlitos cuando repara que vamos cogidos de la mano, a ver si de una vez se da por enterado que Sonia con quien quiere estar es conmigo.

Al entrar en el ático no me resisto y la beso al cerrar la puerta. Ella responde con mucha intensidad y me quita la camiseta. Yo hago lo propio y me deshago de esa camisola para dejarla con el bikini rojo.

—Eres preciosa —le digo repasando con mis ojos su cuerpo entero.

—Bueno..., tú tampoco estás mal.

—¿Qué tampoco estoy mal? —Me la cargo en los hombros como un saco y, tras darle un azote en el trasero, me la llevo a mi cama donde la dejo tumbada—. Soy un adonis. —Ella ríe a carcajadas y yo creo que me moriré de amor en cualquier momento.

Me pongo serio y me tumbo encima de ella con cuidado de no aplastarla. La beso, esta vez con más calma, pero con más sentimiento, quiero demostrarle lo que me hace sentir.

Deshago esos lazos del bikini y la dejo desnuda, al mirarla sé que soy el hombre más afortunado del mundo. Me quito mi bañador porque ya no puedo contenerme más y después de ponerme un preservativo la penetro despacio, notando cómo me va acogiendo en su interior, cómo sus paredes se adaptan a mí. Somos dos piezas del mismo puzle. Ella gime bajito junto a mi cuello y yo empiezo a ir más deprisa, a entrar más profundo, y entonces ella me gira y se queda encima, ¡joder! Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no correrme.

Le agarro la cintura marcando un ritmo más lento, si no es así, con esta imagen de ella desnuda sobre mí, será imposible que aguante hasta que alcance el orgasmo.

Cuando noto que ella está a punto, le dejo que sea la que marque el ritmo y al verla dejarse ir, no puedo evitar hacerlo yo también. Cae desmadejada en mí, la abrazo y le acaricio la espalda.

—Te quiero —se me escapa de los labios. Ella sonrío y no dice nada, pero me abraza y se queda dormida en mi pecho.

CAPÍTULO 46

SONIA

Oigo mi móvil sonar y al despertar estoy un poco confusa, hasta que veo a Noel, que duerme a mi lado, no recuerdo todo lo que ha pasado esa tarde. Debo de haber dormido bastante porque por la luz que entra en la habitación se presume que está anocheciendo. Me levanto rápido y voy a la sala a coger el teléfono.

—¿Dónde estás? —pregunta Ale con la voz apagada.

—En casa de Noel.

—Estoy en tu apartamento. ¿Puedes venir?

—Claro que sí, salgo ahora mismo. —Al levantar la mirada veo a Noel parado en el vano de la puerta contemplándome.

—¿Todo bien?

—Sí, es Ale, me voy para el apartamento a que me cuente cómo le ha ido —respondo mientras con la mirada empiezo a buscar la ropa.

—¿No está con David entonces?

—Eso parece —respondo preocupada.

Me visto ante la atenta mirada de Noel y me acompaña hasta la puerta. Le beso, y lo que pretendía que fuese un beso corto, se hace largo, nos cuesta separarnos. La tarde ha sido muy intensa y bonita, me gusta mucho estar con él.

—Llámame en cuanto puedas, ¿vale?

Asiento y sin perder tiempo voy directa al apartamento. Hoy el camino se me hace más largo que nunca, pero es que estoy ansiosa por saber lo que ha pasado entre David y mi amiga.

Al abrir la puerta veo a Ale sentada en el sofá. Sus ojos están rojos y me temo lo peor.

—¿Qué ha pasado?

—Pues lo que era de esperar, después de hablar de todas las opciones, me ha pedido que aborte.

Me acabo de quedar sin palabras, no habría esperado esa reacción por parte de David, pensaba que le diría que tomase ella la decisión o incluso que se alegrase y decidiera estar con ella al cien por cien, pero se ve que soy una romántica e idealista.

No le digo nada, la abrazo y noto cómo empieza otra vez a llorar. No puedo evitar llorar con ella.

—Tranquila, Alejandra —intento calmarla.

—Hemos estado horas hablando, y entiendo su postura, pero es que yo no quiero abortar.

—Pues no lo haces y ya.

—Sí, sé que es mi cuerpo, Sonia, pero él tiene razón en una cosa: el bebé sería de los dos y si lo tengo no puede no hacerse cargo. —Hace una pausa—. Me ha dicho que le gusto mucho, que cree que se está enamorando de mí, pero que no quiere ser padre todavía. No nos conocemos, no hemos vivido juntos más que dos fines de semana..., y tiene razón.

—Sí, tiene razón, pero el bebé no va a nacer mañana, Ale. Faltan ocho meses, os da tiempo a saber si os lleváis bien, si queréis estar juntos o si cada uno quiere hacer su vida. Es cierto que si

lo tienes, tiene que hacerse cargo de él, pero coño, es su padre, que se hubiese puesto un condón si no está preparado para tener hijos. ¿Tú quieres tenerlo?

—No podría vivir pensando que he abortado.

—Pues entonces ya está todo dicho, Ale.

Mi amiga se deja caer derrotada en el sofá y nos quedamos en silencio. Yo estoy muy enfadada ahora mismo, y tengo que contenerme porque de buena gana llamaba a David y le decía cuatro cosas bien dichas. Mi amiga está destrozada y me duele verla así. Ella, que siempre es tan alegre y va poniendo una sonrisa a todo el que se cruza en su camino, se me parte el alma.

Cuando voy a ofrecerle algo de cenar veo que se ha quedado dormida y aprovecho para llamar a Noel a ver si él sabe algo de David.

—Hola, Noel.

—Hola, Sonia. ¿Qué tal Alejandra?

—Pues mal. ¿Has hablado con David? —me intereso.

—Sí. Le llamé cuando te fuiste.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me ha contado todo, y que Ale le ha dicho que es incapaz de abortar, pero que él aún no se ve preparado para ser padre y que se conocen de muy poco para tener esa responsabilidad.

—Pues que hubiese sido responsable y se hubiese puesto un preservativo para no verse en esta situación, ¡no te jode!

—Bueno, tranquilízate, es normal, está en shock, no le ha dado tiempo a asimilarlo, creo que cuando pasen unos días y esté más calmado lo verá todo diferente. Sé que está loco por Alejandra, lo conozco.

—No sé..., yo ya dudo de todo lo que he visto de él.

—Pues no lo hagas, es buen tío y dará la cara. Confía en mis palabras, soy de las personas que mejor lo conocen y él no se ha escondido jamás por ningún problema que le haya surgido.

—Ojalá tengas razón.

CAPÍTULO 47

NOEL

No sé en qué estaba pensando cuando le dije a Sonia que David daría la cara. El muy cobarde se ha ido a casa de sus padres a Valencia, ayer me envió un email diciéndome que faltaría un par de días al trabajo. Lo he llamado, pero tiene el móvil apagado.

No he vuelto a ver a Sonia en todo el fin de semana, estoy preocupado por ella, sé que quiere mucho a Ale y que lo estará pasando fatal. Ayer domingo me ofrecí a acompañarlas al aeropuerto, pero se negó, me pidió que la entendiera, que su amiga la necesitaba ahora a ella, así que respeté su decisión.

Al entrar en la oficina, como de costumbre, estoy solo, aunque al rato oigo a Susana entrar; esta vez viene hablando con alguien, me asomo al cristal de la ventana suponiendo que está hablando con Sonia, pero para mi sorpresa es con Gloria, la encargada de seguridad, y digo para mi sorpresa porque no me esperaba verlas dándose un beso.

Ahora caigo en el porqué ha estado estos fines de semana ausente, sin dar señales de vida. Voy a esperar a que sea ella quien lo cuente, no sé si Sonia sabrá algo, pero me encantaría que saliésemos una noche en pareja.

No sé qué me pasa, pero solo pienso en hacer cosas con Sonia, no solo tener sexo, que también y bastante, es que lo quiero todo con ella. Tengo que buscar la forma de que esto funcione cuando vuelva a Madeira.

Me pongo con mis quehaceres y al poco tiempo llaman a la puerta; es Sonia con la agenda y los cafés, siempre tan eficiente.

Viene con un pantalón gris y una camisa sin mangas en color blanco, su pelo suelto ondulado y ese olor a vainilla que me hace temblar de anticipación. No puedo resistirme y me levanto, le quito las cosas de las manos dejándolas en la mesa y la beso, y para mi sorpresa no se queja, se deja hacer. Le agarro por la cintura y profundizo el beso, acariciándole con mi lengua la suya, no me puedo creer la falta que me hace su contacto. Al separarnos a los dos nos cuesta respirar, pero ella sonríe y yo tengo que hacer esfuerzos para no postrarme a sus pies y decirle que estoy loco por ella.

—Sí que te has levantado con energía el lunes —me dice divertida.

—Es que te veo tan guapa y no puedo resistirme —le digo mientras le acaricio su mejilla con mis nudillos—. Siéntate, antes que nada, ¿cómo está Alejandra?

—Pues mal, hoy iba a decírselo a sus padres y está asustada.

—Pero tiene ya veintiséis años...

—Sí, pero no te imaginas cómo es su padre. Siempre la ha tenido muy controlada, es muy conservador y no va a consentir que su hija esté embarazada y encima sin novio a la vista... Y hablando de novio, ¿qué sabes de David?

—Se ha tomado unos días, ha ido a Valencia a ver a su familia —me quedo pensando en lo que acaba de decirme—. No sabía eso de la familia de Ale. Con lo que es ella, no le pega nada unos padres así.

—Yo siempre he pensado que ella es así por ese mismo motivo, en su casa la tenían tan controlada que cuando salía de esa represión solo era capaz de expresar felicidad y hacer las

locuras que siempre se le ocurrieron.

—A ver si consigo hablar con David, la verdad que es tan raro que haya salido con esto, me cuesta creer que esté huyendo.

—Mi madre siempre me dice que la gente no deja nunca de sorprenderte y tiene razón. Bueno, vamos a ponernos a trabajar, ¿no? A ver si mi jefe se va a enterar de que estoy de cháchara y me va a despedir,

—Seguro que se te ocurren mil cosas para convencer a tu jefe de que no te despida.

—Venga, que en diez minutos tienes videoconferencia con Londres... Aunque se me ocurren más de mil, siendo sincera —me dice divertida.

Una media hora antes de la hora de salida, Susana viene a mi despacho.

—¿Puedo pasar, Noel? —pregunta cautelosa, cosa que me extraña dada la confianza que nos tenemos.

—Por supuesto, dime Susana.

—Necesitaría salir antes, tengo un asunto personal que atender. —Veo cómo le da vueltas al anillo que lleva.

—Siéntate un momento, por favor —le pido—. Si necesitas algo o puedo ser de ayuda, no dudes en decírmelo, te veo nerviosa, Susana. ¿Qué te ocurre?

—Me cuesta contarte esto, sé que puede sonar absurdo, pero me tiene muy preocupada.

—¿Tiene algo que ver Gloria? —la interrumpo.

—No me digas nada, nos viste esta mañana —afirma, pero me gusta ver que sonrío al verme asentir—, sí, es por ella. Sus padres llegan hoy a la isla y quiere que le acompañe al aeropuerto y presentármelos, pero estoy nerviosa, Noel, porque ellos no saben que su hija es lesbiana y quiere presentarme como su novia. Así, de sopetón.

»Ya le he dicho que va a ser un shock para ellos, pero ella está segura de que se lo van a tomar bien. Dice que siempre han tenido una mentalidad muy abierta y que se van a alegrar de conocerme.

—Entonces no entiendo el problema, Susana, relájate mujer.

—¿Recuerdas lo mal que lo pasé cuando se lo dije a mis padres? —La verdad que, ahora que lo dice, sí que recuerdo que tuvo una época que se encontraba muy apática allí en Londres y que no quería salir apenas—. Fue después de las Navidades del segundo año en la universidad.

—Sí, lo recuerdo, pero no sabía que era por eso por lo que estuviste así.

—No os quise contar mucho porque me avergonzaba la actitud de mis padres, no entendían cómo una chica tan femenina como yo, podía sentirse atraída por otra mujer. Me quisieron llevar a terapia, menos mal que mi hermana mayor me apoyó en todo y pude volver a Londres, ya que no querían que volviese a ir. Pensaban que allí me estaban metiendo esas ideas en la cabeza.

—No tenía idea de nada de eso, lo siento mucho, Susana.

—Bueno, ahora todo está en calma. Yo estuve acudiendo al psicólogo para aprender a vivir con la opinión que mis padres tienen de mí y pensaba que estaba superado. Ellos lo toleran, esa sería la palabra exacta, pero al no verlos más que en Navidades, ya no me afecta mucho. —Hace una pausa para coger aire—. Con todo esto de conocer a sus padres lo estoy volviendo a vivir, es un miedo, una intranquilidad que me nace en las entrañas y, aunque ella me diga que no pasa nada, estoy intranquila.

—Susana, —Me levanto y me acerco a la silla donde está sentada—, si Gloria te ha dicho que sus padres se van a alegrar, será porque lo van a hacer. Ella los conoce y sabe cuál va a ser su reacción. —Me pongo a su altura, poso una mano en su hombro para infundirle ánimos.

—¿Y si no es así?

—Pues tendrás que ir para averiguarlo. —Se oyen voces en el exterior del despacho—. Me parece que han venido a buscarte. —Se levanta sin decir nada más, pero antes de que abra la puerta la llamo—. Susana, si algo he descubierto en esta isla es que a veces dejamos que nuestros miedos nos alejen de las personas que queremos, no permitas que lo que te hicieron tus padres te impida aprovechar esta oportunidad. —Asiente y, dedicándome una sonrisa, sale para encontrarse con su chica.

Continúo trabajando y el resto de la tarde pasa bastante rápido. Yo como siempre me tengo que quedar un poco más y Sonia para mi disgusto se va con Carlos paseando hasta la urbanización. Sé que no soy quién para prohibirle nada, pero de verdad que ese hombre solo nos va a traer problemas.

CAPÍTULO 48

SONIA

A la hora de la salida, Carlos ha venido a buscarme, como casi todos los días, para dar un paseo hasta llegar a casa. No he querido decirle que no, después de todo he pensado que todo el mundo se equivoca y que esa noche los dos cometimos un error y que podemos ser amigos.

—El sábado te vi con Noel de la mano —me dice.

—Sí, estuvimos comiendo en el club y después fuimos a su casa.

—Entiendo entonces que estás otra vez con él.

—Sí, Carlos, no voy a mentirte. Espero no perder tu amistad por esta relación.

—Por supuesto que no, —Me mira—, pero no te fíes de él. Ya ves lo que pasó la otra vez y lo de la secretaria de Madeira es algo que viene de hace años, no creo que lo acabe así como así. No veo que seas una mujer que permitas estas dualidades en una relación.

—Noel ya no tiene nada con ella, me lo ha dicho y yo le creo. Además, Carlos, me mata que siempre me hables mal de él.

—No quiero que te haga daño, solo es eso. Me importas, Sonia, a mí me mata que hayas coincidido aquí con él, creo que si él no estuviera en la isla, tú y yo podríamos tener una oportunidad.

—Bueno, eso es algo que nunca sabremos, lo que sí tengo seguro es lo que siento por Noel y quiero darle una oportunidad a estos sentimientos.

—Está bien —dice después de unos segundos de silencio—, no te volveré a hablar más de él, pero solo quiero que estés atenta y que no te fíes del todo, no quiero verte llorar como aquel fin de semana.

»También quiero que sepas que tienes aquí a un amigo para cuando lo necesites, sea el día o la hora que sea.

Le doy un beso en la mejilla en agradecimiento y me subo a mi apartamento, voy pensando en lo que me ha dicho, pero también pienso en Noel y lo que llevamos vivido y creo que lo nuestro está antes que esta nueva amistad.

Cuando suelto todas las cosas, me sirvo un té helado y me dispongo a llamar a Ale para que me cuente cómo le ha ido.

—¿Cómo está la reina de Triana? —pregunto nada más descuelga con la intención de que sonría un poco.

—Mal, más bien la maldecida de Triana.

—No digas eso, Ale.

—Estoy fatal, Sonia. Hace un rato se lo he dicho a mis padres. Mi madre se ha puesto a llorar como una Magdalena y mi padre, al decirle que el niño no tiene padre, me ha dicho que o lo doy en adopción a una familia que lo vaya a cuidar con valores o que me vaya de casa.

—No me lo puedo creer —respondo alucinada, sabía que se lo iban a tomar a mal, pero no tanto—. Bueno, tu tranquila, ¿has decidido ya algo?

—Sí, no voy a seguir en esta casa, si a ti no te importa me voy a ir contigo, lo único es que voy a tener que estar viendo a David y no creo que le apetezca mucho.

—Pues que se mude —digo tajante—. Mira, sé que no debo decirte esto, es Susana quien lleva la parte administrativa, pero te aseguro que he visto la nómina de David y tiene suficiente como para pagarse no uno, sino varios alquileres en la isla, así que si no quiere verte que se vaya a vivir a otro lado. ¿Has avisado a tu jefe?

—Esa es otra. Le puse un *email* explicándole que en quince días dejo mi puesto y me ha llamado como un loco diciéndome que no hace falta que vaya más, que soy una desagradecida y que ya me mandará los papeles a la gestoría para que los firme.

—No firmes nada hasta que no los veamos.

—Ya, eso lo sé. —La oigo coger aire—. ¿Y ahora qué hago, Sonia? No tengo casa, ni trabajo y un embarazo por delante.

—Bueno, lo primero es venirme aquí. Te voy a comprar el primer billete que haya disponible, voy a llamar a mi madre para que te quedes allí hasta que puedas coger ese avión, así que haz la maleta con todo lo que sea importante, lo que no, lo buscamos en la isla.

—¿No le importará que me quede con ella?

—¡Qué va! Si te quiere más a ti que a mí —le digo burlona.

—Gracias, Sonia, no sé qué sería de mi vida si no hubiese tenido una amiga como tú.

—Somos las hermanas que nunca tuvimos, Ale. ¡Venga, no te demores que llamo a mi madre!

Cuelgo el teléfono e inmediatamente llamo a mi madre, al ser lunes están de descanso en el bar, así que lo coge pronto. Le cuento todo lo que ha pasado con Ale y la pobre se queda alucinada. No entiende mucho, pero como siempre, solo me da soluciones. La acogerá en casa y hablará con su madre por si puede mediar en algo, aunque las dos sabemos por experiencia, que con los padres de Ale es misión imposible, pero por intentarlo, que no quede.

Le busco vuelo y encuentro uno para el miércoles por la tarde, lo compro sin ni siquiera preguntarle y se lo envío al email y donde también le cuento que mi madre la está esperando en casa.

Sobre las ocho de la tarde recibo un wasap, voy veloz pensando que será Ale para decirme que ya está con mi madre, pero para mi sorpresa es Noel.

Noel: «*Te echo de menos. ¿Por qué no vienes a cenar?*»

Yo: «*En media hora estoy allí*».

Le contesto enseguida. Me ducho y me pongo un traje informal, no me maquillo y voy a pasar otra noche con el hombre más maravilloso que he conocido.

El miércoles llega y pido a Noel salir un poco antes para ir por Ale y no solo me da permiso, sino que se ofrece a llevarme en el coche de la empresa. Es la primera vez que Noel sale antes del trabajo.

Durante el trayecto al aeropuerto le pregunto por David, estas dos noches nos hemos visto, pero no he querido hablar más de este tema, creo que nos merecíamos disfrutar el uno del otro y aprovechar lo que nos queda en la isla juntos; pero ahora me gustaría saber si está al corriente de algo para poder informar a Ale.

Me cuenta que no sabe nada de él, que también está decepcionado y que espera que su amigo tenga una buena excusa para no haberle cogido el teléfono en estos días. Solo sabe que mañana estará de vuelta, ya que al ser jueves toca reunión con los accionistas.

Al llegar a la terminal nos encontramos a Ale en la puerta, nos cuenta que el avión ha llegado antes de tiempo por no sé qué aire en la cola. Me da un gran abrazo y para estupefacción de Noel, cuando me suelta, le da uno a él también, le veo sonreír y no puedo evitar contagiarme, nada me haría más feliz que ellos dos se hicieran amigos.

Al llegar al apartamento, Noel nos deja solas, pero nos dice que vendrá a cenar y que no preparemos nada, que ya él traerá algo.

Nos disponemos a ordenar toda la ropa de Ale, se ha traído hasta la de invierno, cuando me pregunta que qué sé de David. Le cuento la espantada que ha dado en el trabajo y que mañana volverá, ya que tiene una reunión importante. Ella solo me dice que no quiere verle, que estos días ha estado pensando y que prefiere mantener las distancias y así olvidarse de él.

—¡Me ha decepcionado tanto! —exclama con lágrimas en los ojos.

—Tranquila, Ale, ya verás que todo se soluciona. Yo tampoco esperaba esta actitud de él, fíjate que hasta Noel está sorprendido por su comportamiento. Pero de verdad, todo acabará saliendo bien, confía en mí.

Mi amiga me da un abrazo tras decirle estas palabras, pero es lo que pienso realmente. Saldrá bien, con él o sin él, ella va a ser feliz.

CAPÍTULO 49

NOEL

El jueves por la mañana, al llegar al despacho, veo la puerta de David cerrada, señal inequívoca de que está dentro. Voy directo, pero al poner la mano en el pomo para abrir, decido que es mejor darle su tiempo y que sea él quien venga a hablar conmigo.

Una vez dentro del despacho, oigo que llaman a la puerta y es Sonia con los cafés y la agenda, como cada mañana. Esta vez no la beso, ella está seria, supongo que se ha dado cuenta de que David está en su despacho y no le agradará tener que verle después de todo lo que está pasando su amiga.

Anoche cenamos juntos y Ale me contó todo lo de su padre y cómo María, la madre de Sonia, la acogió en su casa hasta que pudo coger el vuelo. Respecto a la marcha voluntaria de su trabajo, le he dicho que no firme ningún papel. Al ser baja voluntaria no tiene derecho a ninguna indemnización, hablaremos antes con el abogado de la empresa para ver qué podemos hacer, puesto que por lo que me comenta, el jefe la tenía dada de alta a media jornada en vez de a jornada completa, que era realmente el turno que echaba.

Despachamos la agenda pronto y le pregunto que cuándo vamos a volver a vernos a solas. Me dice que no sabe, que ahora no quiere dejar a Ale, así que me levanto y le doy un beso que nos deja sin respiración, necesito un poco de ella.

Al rato es David quien entra en mi despacho. Trae muchas ojeras, se le ve agotado y eso hace que mi cabreo se rebaje un poco.

—¿Qué tal, Noel?

—Bien, es a ti a quien no veo buena cara.

—Llevo unos días mal, perdona que no atendiese el teléfono, pero tenía que pensar.

—Y, ¿qué pensaste?

—No sé, Noel, de verdad la cabeza me va a explotar. Quiero estar con Ale. Me encanta esa chica, pero no estoy preparado para formar una familia, todavía no. No puedo asumir esa responsabilidad, y ella quiere imponérmelo.

—Creo que ella no quiere abortar, porque va en contra de lo que le han enseñado toda su vida. Lo lleva arraigado dentro, no podría vivir sabiendo que ha abortado por voluntad propia.

—Ya..., pero por sus creencias no puede obligarme a mí a ser padre.

—Lo vas a ser David, lo aceptes o no. Es su cuerpo y ella decide, si no quieres hacerte cargo, creo que vas a ser tú él que sale perdiendo. Yo entiendo tu postura, pero también la entiendo a ella. Ayer cuando estuvimos cenando...

—¿Ayer? ¿Está aquí?

—Sí, está viviendo con Sonia, su padre la ha echado de casa y el jefe, del trabajo.

—No me lo puedo creer... ¿Cómo se encuentra?

—¿Pues cómo va a estar? Mal.

—Joder, Noel...

—Vamos a dejarlo que quedan cinco minutos para la reunión, a la hora de la comida lo hablamos con tranquilidad.

—De acuerdo.

A la hora de la comida paso a buscarlo, pero antes de entrar al despacho me dice Susana que se ha ido hace un rato y que me ha dejado el recado de que vuelve sobre las cuatro.

Intento disimular mi sorpresa y regreso a mi despacho. Le llamo, pero lo vuelve a tener apagado. Al salir para ir a comer veo que Sonia tampoco está ya en su mesa, Susana me informa que se ha ido con Carlos a comer, así que solo me queda ella, pero me dice que no puede porque ya ha quedado con Gloria para almorzar. Decido que voy a recuperar las horas de ayer y me pillo un sándwich en la máquina y un refresco.

A las cinco Sonia me dice que se va para casa con Carlos dando un paseo, tengo que tragarme la bilis que eso me provoca, pero no puedo hacer otra cosa. Cuando las dos secretarias se han ido me acerco al despacho de David para hablar con él.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

—Me dijiste que te esperara para comer —le reprocho.

—Ya... Pero después de saber que Ale estaba aquí no puede resistirlo más y fui a verla.

—Cuéntame.

—Nada... Hemos quedado en que ella va a tener al niño, y le he dicho que aunque no esté de acuerdo, asumiré mi responsabilidad como padre. Pero que no puedo estar con ella, no sabiendo que no tiene en cuenta mis sentimientos, ni la vida que yo quiero tener —traga saliva—. Me gusta mucho, Noel, pero no puedo estar con una persona que toma las decisiones unilateralmente cuando es algo tan importante en nuestras vidas.

—Yo creo que te estás equivocando, pero ya eres adulto y parece que tienes claro lo que quieres, aunque tus ojerías digan otra cosa, así que no voy a opinar. No tengo dudas de que te comportarás como debes en cuanto al bebé se refiere. Pero por experiencia te digo que una mujer que te llena tanto no se encuentra todos los días, así que espero que no te arrepientas.

CAPÍTULO 50

SONIA

Las semanas pasan y parece que todo va volviendo a su lugar.

Carlos negoció con el exjefe de Ale su indemnización, bajo la amenaza de una denuncia por tenerla trabajando más horas de las que debía por contrato. A Noel no le hizo mucha gracia que él lo negociase, pero tampoco se opuso en redondo.

Con la indemnización se ha montado su propia oficina y ahora teletrabaja llevando las redes sociales de varias empresas de la isla. Sabía que ella lo conseguiría, no conozco una mujer más valiente que Alejandra.

David, al día siguiente de llegar Ale, habló con ella y le dijo que se haría cargo de todo lo que tuviese que ver con el bebé, pero que no quería estar con ella. Lo ha aceptado, y ahora está conforme, aunque creo que ahí sigue habiendo rescoldo porque las miradas entre ellos dos echan puro fuego.

Nos lo hemos encontrado varias veces en el club, la saluda de forma breve e intenta no permanecer mucho donde ella está. Mi opinión es que la evita porque sabe que va a acabar arrepintiéndose de no darle una oportunidad a la relación que acababan de empezar.

Noel me dice que nunca lo ha visto así de triste, pero no quiere estar dándole la chapa todo el día, así que no le saca el tema de Ale. Él sigue teniendo esperanzas con respecto a la actitud de su amigo, dice que le conoce y no acepta que actué así con Alejandra. Da por hecho que irá a buscarla. Yo, francamente, ya hace algunas semanas que lo dudo, solo espero que cuando llegue el momento se comporte como debe con el que será su hijo.

Yo he seguido yéndome todas las noches a cenar con Noel, ya que Ale me lo ha impuesto, dice que si se va a quedar conmigo yo no puedo cambiar mi vida y que debo aprovechar el tiempo que le queda a Noel en la isla.

Hoy vuelve a ser lunes y esta semana estamos a tope de trabajo, puesto que el próximo sábado se inaugura el hotel con una boda de la hija de uno de los accionistas rusos. La semana pasada tuve hasta qué traducir los menús para que los cocineros supieran los platos que tenían que hacer.

Ahora si me siento feliz, plena, parece que todo va sobre ruedas, y aunque el trabajo esté siendo duro, lo llevo de maravilla. En vez de temer que me llame el jefe a su despacho, me paso el día anhelándolo. Ya todos saben de nuestra relación, y cada vez que voy para cuadrar la agenda o para cualquier otra cosa, acabamos besándonos y por las noches en su cama, aunque cual cenicienta, siempre vuelvo a casa a dormir, no quiero dejar a Ale sola.

El miércoles, por raro que parezca, consigo salir del trabajo a mi hora y quedo con Ale en la piscina para darnos un baño y descansar de toda esta vorágine. Veo que se lleva demasiado bien con el camarero y me cuenta que se baja todas las mañanas antes de empezar a trabajar y nada un poco, ya que el ginecólogo se lo ha recomendado, pues resulta que han entablado amistad y se llevan a las mil maravillas.

—Yo creo que le gustas —le digo.

—¿Tú crees? —me pregunta incrédula.

—Seguro, solo hay que ver cómo te mira, y ese corazoncito hecho con la espuma del café, a mí no me lo ha puesto.

—Bueno, de todas formas qué más da —dice después de reír por mi comentario sobre el corazón de espuma.

—¿Cómo que qué más da? Aprovecha, sal con él.

—Estoy embarazada, ¿se te ha olvidado? —Pone cara de espanto.

—Claro que no, pero eso no hace que dejes de ser mujer y tengas que comportarte como una monja de clausura, ve, invítale a salir el fin de semana.

—¿De verdad crees que es buena idea?

—Pues claro, si no, no te lo diría.

Veo cómo se levanta decidida y va hacia la barra donde él está poniendo unas bebidas en la bandeja. La veo reír y cómo le habla y me alegra ver que no ha perdido su esencia, ya que últimamente está muy dispersa, lo de David le ha dejado tocada sin duda. A los pocos minutos vuelve con una sonrisa, me cuenta que tiene una cita para el sábado. Yo empiezo a gritar y ella me da patadas por debajo de la mesa mandándome a callar por miedo a que el camarero se dé cuenta.

Al fin llega el sábado, yo estoy de los nervios porque por la noche es la boda y ya el lunes el hotel empieza con su funcionamiento normal y sus primeros clientes. He contratado una peluquera para que venga a casa y nos arregle a Ale y a mí. Yo voy a la boda como todos los empleados y mi amiga tiene su cita con el camarero buenorro como le hemos denominado.

A las ocho viene Noel a buscarme. Está guapísimo vestido con un chaqué negro muy moderno y con los complementos en gris plata. Parece que nos hemos puesto de acuerdo, aunque mi traje es rojo acampanado hasta el suelo, lleva una cadenita plateada que cruza toda mi espalda, evitando que el traje me caiga a los pies. Los zapatos y el bolso también son plateados.

Noel se queda embobado.

—Estás preciosa, mi niña. Los rusos van a alucinar cuando te vean, voy a ser la envidia de toda la boda.

—¡Qué exagerado eres!

—¿Exagerado? —Me agarra por la cintura y me besa, apretándome contra él, haciendo que note su excitación y vea que no exagera ni un poquito.

—Anda, vamos al taxi que aún soy capaz de secuestrarte en mi casa.

Su comentario me hace reír, porque yo he pensado que eso es lo que podía hacer cuando lo he visto con ese chaqué.

Al llegar al hotel, todo está preparado. Las sillas colocadas en fila frente a un altar coronado por un arco de flores blancas y cortinas de tul del mismo color. Los invitados están en su mayoría ya sentados, pero Noel se para hablar con un grupo de hombres, así que me dirijo donde está Susana para sentarme junto a ella.

—¿No traes compañía?

—Sí, pero está en el baño. —Su respuesta me deja anonadada, ya que esta semana no me ha comentado que viniese con nadie.

Para mi sorpresa es Gloria quien se sienta a su lado y le coge la mano. Susana está sonriendo y eso me hace sonreír a mí, ¡ya notaba que algo estaba pasando!, pero no tenía muy claro qué. Ahora al verlas juntas todo me cuadra.

—¡Qué callado te lo tenías! —le digo bajito para que Gloria no nos oiga.

—Es que no sabía muy bien cómo iba a acabar esto, y hasta estar segura no quería decir nada. ¿Está guapa sin uniforme, verdad?

—Guapísima, Susana, me alegro mucho por ti y por ella, que se lleva un tesoro por novia.

—Gracias, amiga.

—Mira, parece que Carlos también viene muy bien acompañado —le digo al ver a Carlos acercándose a nuestros asientos.

Veo cómo a Susana se le cambia el color de la cara al ver a la acompañante de Carlos. Es una mujer alta, rubia, con el pelo peinado en ondas hasta casi la cintura, labios carnosos y ojos azules. Parece sacada de un desfile de *Victoria Secret*, solo le faltan las alas.

—Sonia, es Luzia.

Ahora a quien le cambia el color de la cara es a mí, jamás pensé que fuese así, en un solo instante me ha hecho sentir poca cosa. ¿Cómo Noel no va a acudir si le llama? Es la mujer más guapa que he visto nunca. Empiezo a ponerme bastante nerviosa e incluso pienso en irme a casa, pero en ese instante llega Carlos y nos la presenta.

—Hola, Sonia, esta es Luzia, tu *álter ego* en Madeira —me dice socarrón, pero no me hace ni puñetera gracia.

—¡Hola, Sonia! —me saluda la secretaria portuguesa—. ¡Qué ganas tenía de conocerte! —Me da dos besos. —¿Puedo sentarme aquí? —pregunta señalando la silla que está a mi lado.

—Sí, claro. —Noel llega en ese momento, pero aún no se ha percatado de que su secretaria, o mejor dicho, sus dos secretarias están sentadas juntas, al vernos se le congela la sonrisa.

—¿Luzia?

—*Olá coraçao* —le dice ella ante mi estupor.

—¿Qué haces aquí? No me habías dicho que venías.

—Fue decisión de última hora y Carlos se ofreció a acompañarme.

—Ya veo —dice molesto.

No puedo evitar sentir celos. ¡Le molesta que venga con Carlos! A ver si al final todo esto va a ser porque estaba celoso de él o se traen los dos algún rollo extraño con ella.

Empiezo a retorcerme las manos de puro nervio y me voy a levantar con la excusa de ir al baño y así poder salir de esta fila de sillas que se ha convertido en una cárcel, pero en ese momento llegan los novios y se dirigen hacia el altar, así que tengo que permanecer en mi sitio.

La boda dura muy poco, pero a mí se me hace eterna. Susana se ha dado cuenta de que no estoy bien y se ha pasado casi todo el enlace con mi mano cogida intentando tranquilizarme. Le agradezco el gesto, pero lo que necesito ahora mismo es salir de aquí. Me puede la inseguridad y los celos.

En cuanto termina voy al baño a refrescarme, a ver si me calmo un poco y puedo tomar otra vez el control sobre mis emociones. Pero no dejo de pensar que soy una ilusa y que no soy competencia para Luzia. ¿Cómo Noel se va a resistir a sus encantos una vez esté allí en Madeira? No voy a estar tranquila. Demasiado feliz estaba estas semanas atrás, supongo que me tendré que conformar con eso.

Tardo un poco más de la cuenta en abandonar el baño, pero me obligo a salir y a poner buena cara, ya que están todos mis jefes y, aunque esté en calidad de invitada, seguro que alguien me requiere para alguna traducción.

Al salir del baño veo cómo los invitados están repartidos en mesas altas tomando Champagne y algunos canapés. Veo a Susana en una mesa y me acerco para quedarme junto a ella. Nada más llegar me bebo una copa de Champagne de un trago ante la cara de sorpresa de mis acompañantes.

—Estoy seca —me excuso sonriendo. Todos sonrían menos Susana. Miro a los lados y no veo

a Noel por ningún sitio. Le envió un mensaje a Ale para contarle lo que pasa y preguntarle por su cita.

Yo: *«He conocido a la secretaria de Madeira, es guapísima, tipo Barbie. ¿Qué tal tu noche? La mía no puede ir peor, estoy deseando llegar a casa».*

Contesta en menos de un minuto:

Alejandra: *«¡Qué hace esa tipa allí! Tienes que marcar territorio, no te dejes avasallar por muy Barbie que sea, tú eres única, mi niña, no tienes comparación con nadie. Mi cita va genial, Jorge es muy amable y divertido».*

Yo: *«Disfruta entonces, después te cuento cuando nos veamos en casa. Ciao».*

Alejandra: *«Ciao»*

Hablando con Ale me doy cuenta de que no he visto a David en toda la ceremonia.

—Susana, ¿tú has visto a David?

—Pues ahora que lo dices no, la verdad que está de lo más raro últimamente. Con lo contento que se veía desde que salía con Ale. ¿Ya no están juntos?

—No —respondo tras suspirar—. Esta semana quedamos con Ale y así mejor te cuenta ella.

—Claro que sí, me encantará verla, espero que ella esté bien.

—Ya mejor, hoy tenía una cita, con eso te lo digo todo. No es por presumir de amiga, pero es pura alegría y siempre sale airosa de todo —digo con orgullo.

Después de tomarme otra copa más, Noel sigue sin aparecer, pero imagino que estará ocupado hablando con sus jefes y compañeros de otros hoteles.

Nos invitan a sentarnos en las mesas para la cena, pero sigo sin ver a Noel por ningún sitio y decido ir a buscarle. Lo veo desde lejos en el jardín trasero del hotel, donde está la zona de paseo, antes del campo de golf. Está con ella y parece que discuten, pero entonces para mí asombro veo como ella, al verme, le agarra de las solapas de la chaqueta y le besa apasionadamente. Salgo corriendo, tengo que marcharme de allí cuanto antes, me falta el aire. Si bien he comprendido que es una mujer bellísima, no imaginaba que Noel se fuese a liar con ella estando yo en el mismo lugar.

Decido ir andando hasta el apartamento, pero con los tacones no puedo caminar tal distancia, así que me los quito y camino por la playa, eso me ayudará a recuperar el aire y aclararme las ideas.

Siento cómo el mar moja mis pies y la aspereza de la arena bajo ellos me relaja. Me viene bien tener sensaciones físicas para no pensar que esto ha sido una pesadilla. Se acabó todo, pero de repente...

—¡Sonia! —Oigo que me llaman, me vuelvo esperanzada de que sea Noel, con cualquier excusa y que me explique lo que ha pasado, que me diga que me quiere y que se muere por estar conmigo. Lo que sea... pero es Carlos.

—¿Dónde vas? —dice agarrándome del brazo.

—A casa, ya hoy he visto todo lo que debería, no puedo más, Carlos.

—Te lo dije, que trata a todas las mujeres igual. ¡Con lo que vales tú! —Me agarra del brazo y noto que huele a alcohol, creo que va bastante borracho—. Si me hubieses elegido a mí no te pasaría esto —continúa pegándose a su cuerpo.

—Carlos, suéltame, me estás haciendo daño en el brazo. —Intento zafarme de su agarre, pero no me suelta. Siento cada uno de sus dedos anclados en mi carne y el miedo empieza a apoderarse de todo mi ser.

—Él es un niño que solo quiere poner muescas en el cabecero de su cama y tú has sido la víctima perfecta. Si te hubieses quedado conmigo, sabrías lo que es un hombre de verdad, aunque aún tengo tiempo de demostrártelo.

Me tira en la arena y me besa con tanta fuerza que el sabor metálico de mi sangre inunda mi paladar, me ha rajado el labio inferior. Mi corazón bombea cada vez más fuerte al notar que está levantándose la falda del vestido, pero el cuerpo no me responde, es como si estuviese viviendo uno de esos sueños donde quieres gritar y no consigues que te salga la voz.

—La otra vez estabas tan borracha que solo aproveche para tocarte, pero esta vez te voy a follar y así sabrás que el gran Noel es solo un mindundi.

Quiero gritarle que pare, que me hace daño, que por favor deje que me vaya. Las lágrimas me corren por las sienes y es al oír cómo rasga la tela del vestido que cubre mis pechos, que consigo reaccionar. Cojo una piedra que encuentro a mi alcance y le doy un golpe seco en la cabeza, dejándolo KO.

Como puedo me quito este peso muerto de encima y corro despavorida hasta el paseo donde hay luz y una pareja de adolescentes al verme, viene a socorrerme. Lllaman a la policía que se ocupa de ir donde está Carlos inconsciente.

CAPÍTULO 51

SONIA

Me llevan a comisaría para poner una denuncia, aunque no estoy muy segura de hacerlo, ya que puede que tenga algo de culpa, y durante este tiempo solo haya ilusionado a Carlos actuando de forma tan amigable. Una policía, la inspectora Delgado, especialista en delitos violentos, me anima hacerlo, alega que él puede presentar otra contra mí por haberle pegado con la piedra y que me vendrá bien en una futura defensa.

—Sonia, lamentablemente, a menudo me encuentro con mujeres en situaciones similares a la tuya —me habla con cariño, intentando tranquilizarme—. Sé que piensas que eres responsable, pero no es cierto. Debes liberarte de ese pensamiento. Solo eres la víctima de alguien despreciable que cree tener derecho a hacer lo que le plazca solo porque eres mujer.

—Pero he sido su amiga y su compañera de trabajo —logro decir entre sollozos—. Hace unas semanas, en casa, nos emborrachamos y hasta esta noche pensé que nos habíamos acostado. —Hago otra pausa, intentando controlar el llanto—. Le he dado pie a que supusiera que podía tener algo conmigo.

—Cuéntame eso, por favor.

—Estaba en casa y vino a cenar, bebimos margaritas. No recuerdo cuantos, solo que a la mañana siguiente me desperté a su lado en la cama.

—¿Y no recuerdas nada de lo que paso esa noche?

—No, únicamente la cena y cosas muy vagas, pero nada con claridad. —La veo tomar apuntes en el ordenador, y alza la vista otra vez hasta mis ojos.

—¿Sabes lo que es la escopolamina?

—La verdad es que no.

—Es una droga conocida vulgarmente como burundanga. —Mis ojos se abren como platos cuando oigo ese nombre—. Es muy probable que en algún momento te la echase en la bebida, su sabor es indetectable y sus síntomas son somnolencia y dificultad para recordar lo sucedido. A la mañana siguiente, las personas que han consumido esta droga, presentan un cuadro muy parecido a la resaca que da el alcohol.

—¿Y cómo podemos saber si me la llegó a dar? —Me tiembla la voz, estoy aterrada. ¿Qué clase de monstruo es Carlos en realidad?

—Ahora es difícil poderlo demostrar, a las doce horas de consumirla ya no queda rastro en el cuerpo. —Vuelve a apuntar varias cosas en el ordenador. Yo trato de asimilar todo lo que me ha estado diciendo, pero es como si viviera fuera de mi cuerpo y fuese a otra persona a la que le cuentan estas barbaridades—. Sonia —llama mi atención—, ahora va a venir un médico forense y va a examinar las heridas que tienes, no estés preocupada, voy a estar contigo en todo momento.

Asiento a lo que me dice y la sigo cuando me indica. Me lleva a una sala donde una doctora se presenta y me dice que me desnude para poder fotografiarme las heridas y ver su gravedad.

Las manos me tiemblan al sentirme tan expuesta frente a estas dos mujeres desconocidas. Poco a poco siento cómo la vergüenza sube desde mis dedos de los pies hasta el cuero cabelludo.

La inspectora Delgado, al notarlo, me ayuda y me tranquiliza diciéndome que estoy haciendo lo correcto y que en cuanto acabemos ella misma se encarga de llevarme a casa.

Cuando la doctora acaba su cometido, me visto torpemente, ya que el vestido está hecho jirones y debo sostenerlo continuamente con las manos. La inspectora me facilita su chaqueta para que esté más cómoda y me guía hasta el coche donde me lleva a mi apartamento. Estoy tan asustada que me acompaña hasta la misma puerta y me pide que me tranquilice, Carlos está en el hospital bajo custodia policial y no tengo de qué tener miedo, pero a mí se me ha instalado en el pecho.

Cierro la puerta con llave. Tengo miedo de que lo dejen suelto y venga a buscarme. La inspectora me ha asegurado que estarán toda la noche patrullando la urbanización, que intente descansar.

Me ducho, estoy llena de arena y de arañazos, el labio rajado y el alma rota. Siento un asco tremendo hacia mí misma, aborrezco su sangre pegada en mi mano. Lloro como nunca he llorado y decido que esto no merece la pena. Me vuelvo a Sevilla a trabajar al bar de mis padres. No seré la profesional que soñaba, pero al menos viviré en paz.

Hago la maleta y pido un taxi para el aeropuerto, desde allí veré cuál es el primer avión que sale para la península, aunque tenga que hacer varias combinaciones. No pienso vivir ni un segundo más en esta isla.

CAPÍTULO 52

NOEL

Llevo un rato dando vueltas buscando a Sonia, pero no consigo verla por ningún sitio. Han venido casi todos los accionistas y todos me reclaman para felicitarlos por cómo ha ido toda la gestión de la puesta en marcha del hotel, pero yo me estoy empezando a preocupar.

Ya sabíamos que esto pasaría y que apenas íbamos a poder estar juntos, ya que a ella la reclamarían para las traducciones y a mí para hablar, aunque no me he preocupado, puesto que vi que estaba con Susana y con Gloria en la ceremonia, hasta que llegué y encontré a Luzia también sentada con ellas.

No me había dicho que acudiría a la boda, aunque también debo decir a su favor que le pedí que tuviésemos una relación estrictamente profesional. Lo peor ha sido verla con Carlos, seguro que ese gilipollas está aprovechando la situación para calentarle la cabeza a Sonia, aunque esta vez estoy seguro de que ella no dudará de mí. Estas semanas le he podido demostrar lo que siento por ella, es cierto que Sonia en ningún momento me ha dicho que esté enamorada de mí, pero lo he visto en su mirada cada vez que hacíamos el amor.

La gente está sentada ya en las mesas y me acerco con la intención de poder cenar junto a ella, pero en ese momento me agarran de la manga de la chaqueta.

—Noel, tenemos que hablar, por favor.

—Ya todo lo dejamos hablado por teléfono la última vez, Luzia, no hay más que decir.

—Por favor, escúchame, será solo un momento, hazlo por la amistad que una vez tuvimos. —Cedo y la sigo hasta el jardín más retirado del lugar de la celebración, aquí al menos estamos alejados de miradas curiosas.

—¿Ya ni siquiera podemos ser amigos, Noel? ¿En esto va a quedar la relación que una vez tuvimos?

—Ya lo hablamos. —Paso mis manos por mi pelo tratando de tranquilizarme—. No podemos ser amigos porque tú confundes términos y acabas pensando que mi amistad es otra clase de sentimientos y terminamos haciéndonos daño mutuamente.

—Yo solo sé que lo que tuvimos es lo único verdadero que he sentido en esta vida, y todo lo que he hecho ha sido por no perderte. Tienes que entender esto.

—No, Luzia, ahora viéndolo con el paso del tiempo, no logro comprender cómo te acostaste conmigo sin decirme que estabas embarazada de tu novio. Joder, ¿ese es tu concepto de amistad?

—Estoy muy cabreado, nunca le había hablado así, pero no quiero volver a perder lo que tengo ahora.

—Estaba enamorada, siempre lo he estado y tú también te has aprovechado de eso.

—Ya te pedí perdón y por eso es mejor que solo seamos compañeros de trabajo, además, no entiendo qué haces aquí. —Paso una mano por mi pelo intentando tranquilizarme—. Ya sabes que ahora estoy con Sonia y estoy enamorado de ella, no puedes venir e intentar estropear mi relación con ella.

—Me enviaron invitación como a todos los trabajadores de dirección, no pensaba venir, pero Carlos me convenció diciéndome que era una buena oportunidad para hablar de lo nuestro. Me dijo que no estabas ya con Sonia, la verdad no esperaba verte con ella.

—Carlos es un jodido liante y eso ya deberías de saberlo. Y sí, Luzia, estoy con Sonia y espero que me dure toda la vida.

—¿Entonces se acabó para siempre? ¿Me dices que perdí a mi bebé por tu culpa y que ahora piensas dejarme sola?

—No fue mi culpa, Luzia. ¡Deja de decir eso! —Juro que intento calmarme, pero oírle decirlo me quema la sangre—. Yo no sabía que estabas embarazada, tú no me lo dijiste, lo ocultaste a propósito porque sabías que jamás me hubiese acostado contigo conociendo que estabas encinta.

»Todo este tiempo me has hecho sentir responsable por lo sucedido, cuando el único culpable fue Joao por empujarte por las escaleras.

—Él no me empujó, por eso no quise seguir con la denuncia. Forcejeamos, eso sí es cierto, pero yo me lancé porque en el fondo solo deseaba que ese bebé fuese tuyo y si no, no lo quería. —Me deja sin palabras ante su declaración, ella empieza a llorar desesperada—. ¡Yo solo quería estar contigo! No ves que llevo todos estos años accediendo a ir a tu cama cuando me lo pides porque estoy enamorada de ti. Nunca me importó que te acostaras con otras, tenía la esperanza de que supieras ver que no ibas a encontrar una mujer como yo.

»Cuando me contaste lo de Sonia, pensé que se te acabaría pasando y que volverías a mí, entonces llamó Carlos a la oficina y me contó que ya no estabas con ella, que era mi oportunidad para recuperarte. Noel, yo lo único que quiero en esta vida es estar contigo. Por eso estoy aquí.

—Lo siento mucho —digo derrotado—, estoy enamorado de Sonia y solo deseo estar con ella. Nunca pensé que serías capaz de tirarte por unas escaleras para perder a tu hijo, no eres la mujer que yo creía conocer.

Luzia no responde ante mis palabras, mira a la zona donde están los invitados, y cuando pasan unos segundos, me dice:

—¿Te puedo pedir solo una última cosa?

—Dime —digo algo exasperado.

—Un último beso —me pide.

—Joder, Luzia —niego con la cabeza—, ya te he dicho que estoy con Sonia, no pue...

Y sin dejarme terminar la frase, me agarra de las solapas de la chaqueta y estampa su boca contra la mía de una forma brusca, por unos segundos me quedo quieto hasta que soy capaz de reaccionar y me aparto.

—¿Pero qué haces? ¿Estás loca? —le reprocho enfadado.

—Solo era a modo de despedida, no te pongas así.

Abro la boca para replicarle, pero decido que mejor lo dejo estar e ir por lo que realmente importa y es mi acompañante de esta noche.

Antes de regresar a la zona donde los invitados están cenando voy al baño, lo que faltaba era llegar con los labios rojos del carmín de Luzia para que Sonia me mande a paseo definitivamente. Esta noche, cuando estemos en mi casa, le contaré lo que ha sucedido.

—¿Y Sonia? —pregunto a Susana.

—No sé, pensaba que estaba contigo.

—La he visto irse —dice Gloria —, y a Carlos tras ella.

—¿Con Carlos? —pregunto más para mí mismo, y voy a buscarla.

Examino todas las estancias del hotel, pero no la veo por ningún sitio, lo peor es que a Carlos tampoco. Decido llamarla al móvil, pero está apagado. Vuelvo a la mesa donde se encuentra Susana y le digo que me voy a marchar a buscar a Sonia a ver si está en su apartamento, que por

favor si la ve me avise. La preocupación va en aumento, pero, aun así, tengo que pararme varias veces a saludar y hablar con algunos directivos de otros hoteles.

Cuando al fin consigo escapar de la jodida boda, cojo un taxi que me lleve hasta la urbanización. Por supuesto, a estas horas no hay nadie en la garita. Voy veloz al apartamento de Sonia, pero allí no abre nadie. Se me ocurre llamar a Ale para ver si ella sabe algo.

—Hola, Ale.

—¿Pasa algo? —pregunta preocupada.

—He perdido a Sonia en la boda, Gloria la vio salir con Carlos, pero no doy con ella. Aquí en vuestro apartamento no hay nadie.

—¿Habéis discutido?

—No, aunque la noche ha sido un poco extraña, se ha presentado Luzia y no sé si eso la habrá molestado. Yo solo quiero saber que está bien y hablar con ella. ¿De verdad que no está contigo, no?

—Ya te he dicho que no, sabes que no soy una mentirosa. ¿Tú no me estarás ocultando nada verdad?

—¡No joder!

—Está bien, espera que bajemos.

—¿Bajemos?

—Sí, estoy con David, en su casa.

Me cuelga y me deja pensando qué habrá pasado para que estos dos estén en casa de mi amigo. Ojalá se hayan reconciliado y vuelvan a estar juntos, aunque Sonia me dijo que Alejandra tenía una cita esta noche. No pasan ni cinco minutos cuando aparecen en el portal de Sonia. Alejandra coge sus llaves, abre y entramos todos. En la mesita del salón hay una carta para Ale. Sin pedir permiso la abro, antes las quejas y los insultos de ella.

«Lo siento, amiga, pero tengo que volverme a Sevilla, no soporto más estar en esta isla. No me ha compensado la estabilidad profesional, ni mi relación con Noel. Creo que mi integridad física está antes, y he estado a punto de perderla. Te llamo mañana con más calma y te cuento todo. Perdona por marcharme así, pero es lo único que puedo hacer ahora mismo si quiero mantener la cordura.»

Ale me arranca la carta de las manos.

—¿Qué le has hecho cabrón? —me recrimina después de leerla.

—Nada, lo juro, Ale —digo sin dar crédito a las palabras escritas.

David sujeta a Alejandra, creo que teme que llegue a pegarme y yo aprovecho para salir disparado a buscar a Sonia.

Pido un taxi y me dirijo de nuevo hacia el hotel. Mientras, durante el trayecto, llamo a Susana varias veces a ver si tiene alguna información de Sonia. También pienso en llamar a Gloria o incluso a Carlos, esperando que alguno de ellos pueda saber algo; sin embargo, nadie responde a ninguna de las llamadas que realizo.

Al llegar veo varios coches patrullas en la entrada del hotel y mi tensión aumenta a niveles que no he sentido jamás. En mi cabeza resuenan las palabras de su nota, «mi integridad física», y creo que voy a volverme loco.

—¡Noel! —Es Susana que sale a mi encuentro—. Estaba buscándote como una loca, la policía está identificando a todo el mundo y preguntando sobre Carlos. —Me agarra de los hombros—. Por lo visto ha atacado a Sonia en la playa.

—¿Qué quieres decir con que la ha atacado? ¿La ha violado? —Mi cabeza es incapaz de

procesar nada en estos momentos, solo quiero saber que está bien. —Una mujer vestida de uniforme se acerca junto a Gloria hacia nosotros.

—¿Es usted Noel Bernavé?

—Sí, soy yo.

—Hola, soy la inspectora Delgado, encantada —me informa ofreciéndome la mano—. He estado atendiendo a Sonia durante todo el proceso.

—¿Dónde está? ¿Cómo se encuentra? ¿Qué le ha hecho ese cabrón?

—Tranquilícese, Noel. Sonia está bien, la dejé en casa después de poner la denuncia en comisaría. Carlos intentó violarla en la playa que está justo a la salida del hotel, pero no lo consiguió, ella logró defenderse y solo tiene unos rasguños.

—Voy a matar a ese hijo de puta. —Noto cómo Susana me agarra la mano intentando tranquilizarme.

—Él está siendo trasladado desde el hospital a comisaría bajo custodia policial. Necesitamos que venga con nosotros a comisaría para tomarle declaración, ¿es usted su pareja, verdad?

—Sí —contesto sin dudar.

Voy con la inspectora a comisaría, donde proporciono algunos datos y poco más. Tengo la sensación de que me han traído para intentar calmarme y no para otra cosa, pero no puedo dejar de pensar en Sonia. Cada minuto que paso aquí es tiempo perdido para ir en su busca. Sin embargo, el tiempo que he pasado aquí en comisaría me ha dado la oportunidad para reflexionar.

Lo primero que haré será dirigirme al ático a coger algo de ropa, y luego iré directo al aeropuerto para tomar el primer vuelo disponible a Sevilla.

CAPÍTULO 53

SONIA

Al fin he conseguido un vuelo a la península. Es a Madrid, pero es el primero que sale y necesito huir de aquí cuanto antes.

Durante el vuelo consigo dormir más o menos una hora y al llegar a Madrid, sin perder tiempo, cojo un taxi directo a la estación de trenes de Atocha para coger el ave y llegar cuanto antes a casa.

Los trayectos se me hacen eternos, y la ansiedad por llegar a Sevilla me consume. Para colmo de mi mala suerte, hay huelga de trenes de alta velocidad, así que he comprado el billete del tren que tarda algo más, ya que va parando por muchas estaciones antes de llegar a mi destino, así que hasta la noche no llegaré a mi casa.

Una vez montada en el tren, me tienta llamar a Ale. Desde que subí al avión no dejo de pensar en que le he fallado. La convencí para que se viniera a vivir conmigo, le prometí que la ayudaría con el bebé y ahora la he dejado sola en esta situación tan complicada.

No sé si ha sido el aire de la isla, pero nada me ha salido como yo esperaba. Recuerdo la ilusión con la que hice el trayecto de ida, pensando que al fin, después de tanto esfuerzo, había conseguido el trabajo para el que llevaba toda mi vida preparándome, y ahora me veo apocada otra vez al bar y lo que vaya saliendo.

Siento no solo haberle fallado a mi amiga, sino también a Noel. Él me advirtió sobre Carlos y yo seguí dándole pie, pensando que podíamos ser amigos, y lo único que hacía era confundirlo más. No lo voy a dulcificar, soy víctima de su agresión, pero también reconozco que lo puedo haber confundido, sobre todo, después de la noche que pasamos y que apenas recuerdo. ¿Será verdad que me dio burundanga? Oportunidades sí que tuvo, cada vez que fui al baño o a la cocina, pero claro, esto es algo que nunca sabré con seguridad, igual que si esa noche llegó a hacerme algo. Cuando amaneció al día siguiente, por su actitud y sus vaguedades a la hora de contestarme, pensé que sí, pero cuando estaba tirada en la arena con su cuerpo restregándose contra el mío, dijo que no... Me va a explotar la cabeza de tanto pensar.

¡Cuánta falta me hace Alejandra ahora mismo! No obstante, no me atrevo a llamarla, la he dejado tirada, embarazada y sola. Seguro que está enfadada conmigo por no haberla esperado, pero no podía, estaba aterrorizada, aún persiste ese miedo en mi cuerpo, cualquier ruido extraño me hace saltar, creo que no me sentiré tranquila hasta que no llegue a la seguridad de mi casa.

Una vez esté en casa, decido que lo primero que haré será llamar a Alejandra. Le pediré perdón por haberla dejado en la isla y le ofreceré pagarle un billete a Sevilla si eso es lo que desea. Juntas podemos buscar un piso con un alquiler barato donde convivir, espero de todo corazón que me perdone por lo que le he hecho y podamos volver a estar juntas como siempre hemos estado.

A Noel he vuelto a abandonarle. Lo dejé aquel final del verano para que hiciese su vida en Madrid, lo volví a hacer cuando vino esas vacaciones de Navidad y me llamó para hablar.

Recuerdo que había discutido con sus padres y se había marchado de casa, vino decidido a dejarlo todo de nuevo y que me fuese con él. A lo que le contesté que no, que seguía saliendo con Javier, cosa que no era cierta, pero no quería que perdiera oportunidades por mí. El destino y

sus caprichos nos ha vuelto a unir después de casi diez años, y mi ineptitud como persona, nos separa de nuevo.

Él es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. El único hombre que me ha tratado de igual y al que yo solo me he dedicado a dañar. Andrés siempre estaba machacándome, diciendo que no podía llevar a cabo mis proyectos. Cuando le conté que quería aprender ruso, se río de mí y me tachó de loca. Casi todos los fines de semana me decía que tenía trabajo y en realidad se iba de fiesta y con otras chicas. Menos mal que Ale, como siempre, vino a mi rescate y me hizo ver lo que me estaba haciendo y todas las mentiras que me contaba. Decidí dejarlo y fue cuando pedí la beca para ir a San Petersburgo a realizar el curso por el cual conseguí el trabajo que me hizo volver a encontrarme con Noel.

Al fin el tren para en Santa justa, mi estación. Es solo poner un pie en el andén, y ya noto que estoy donde debo estar. Quiero ver mis padres, contarles lo que ha pasado y vivir unos días tranquila. Necesito recuperarme.

CAPÍTULO 54

NOEL

Una vez ya en el ático, me doy una ducha caliente a ver si consigo destensarme un poco. He hablado con Alejandra, pero no ha conseguido contactar con Sonia, no le he querido contar lo de Carlos, ya que en su estado no creo que sea conveniente que se lleve un disgusto de tal calibre, ya hablaré con David para que él se lo cuente con tranquilidad. Mi ansiedad va en aumento. Sé que necesito relajarme para cuando al fin la encuentre. Imagino que estará destrozada y que yo me presente alterado no la va a ayudar en nada.

Me visto todo lo rápido que puedo y en una maleta de mano introduzco ropa para un par de días y mis cosas de aseo. Salgo mientras cojo el móvil para llamar a un taxi.

Sin darme cuenta ya ha amanecido, ha sido una noche horrible, la peor que he pasado en mi vida, no soy capaz de imaginar cómo estará Sonia, y encima sola. Al llegar a la garita veo un taxi en la puerta y pienso que he tenido suerte, no tendré que esperar a ninguno, pero de pronto soy consciente de quién es la persona que baja del taxi.

La mente se me nubla y pierdo el control. Tiro la maleta y el móvil al suelo y voy directo a enfrentarlo.

—¡Hijo de puta! —le digo mientras le empujo.

Al darse cuenta de que soy yo lanza una sonora carcajada. Tiene en la cabeza un apósito, pero no me produce ninguna pena, todo lo contrario, pienso que es poco para lo que él ha intentado hacerle a Sonia.

El taxista baja del coche e intenta calmarme, pero ver a Carlos con esa actitud chulesca solo hace que me encienda más.

—¿Sabes qué, Noel? En el fondo sois los dos iguales —grita—, ella tu puta y tú su chulo. Aunque tengo que reconocer que me ha encantado sentir sus tetas en mis manos, se lo ha buscado por calientapollas, aunque tenga esa carita de niña buena, le va la marcha y no ha dejado de marearme en todo este tiempo. ¿Ya te contó lo que pasó cuando te marchaste a Madeira?

En ese momento resuenan en mi mente las palabras de la inspectora, sugiriéndome que sospechan que esa noche drogó a Sonia con burundanga, y es entonces cuando ya no puedo contenerme más. Aparto de un empujón al pobre taxista y me voy directo hacia Carlos.

Sin mediar palabra le propino tal puñetazo que lo hace desestabilizarse, pero logra reaccionar y me lo devuelve, siento el golpe directo en mi pómulo izquierdo. Me lanzo hacia él y lo caigo al suelo, donde lo único que hago es pegarle en su asquerosa cara, cuando siento que unas manos me apartan de él.

—Tranquilo, Noel, por favor para, qué lo vas a matar. —Es David que me sujeta para que no continúe golpeándolo.

Me cuesta calmarme, pero entonces llega Ale y me abraza con ternura, no puedo evitar echarme a llorar en sus brazos desbordado por la angustia y la incredulidad de lo que ha vivido Sonia a manos de ese energúmeno.

—Ha sido mi culpa —digo entre sollozos—, si no la hubiera dejado sola, no le habría pasado esto.

—Tranquilo, Noel, cálmate —me dice acariciándome la espalda.

Mientras David intenta levantar a Carlos, oímos unas sirenas de policía, debe haberla avisado algún vecino. Cuando llegan y ven lo que ha sucedido, para mi asombro me detienen. Ale, desesperada, intenta agarrarme para que no me suban al coche, pero uno de los policías se lo impide. David suelta a Carlos y se dirige a sujetar a Ale.

—Noel, no te preocupes, salgo ahora mismo para comisaría —intenta tranquilizarme David.

—¡No, David! Llama a mi padre y cuéntale lo que ha pasado, que llame a don Gonzalo, él sabrá qué hacer.

En ese momento noto como me cachean, me ponen unas esposas y me suben al coche. Es increíble que a un violador le dejen suelto la misma noche y a mí, por darle su merecido, me lleven al calabozo.

Una vez en la celda, sentado en el catre dentro de estas cuatro paredes, logro calmarme. De repente, todo el cansancio de lo vivido esta noche cae en mi cuerpo a plomo. Me estiro en el catre y no puedo evitar pensar en lo mal que lo estará pasando Sonia en estos momentos. He sido un estúpido al dejarla sola esta noche y no puedo evitar que el remordimiento me consuma. Por mi culpa ese cabrón casi la viola, es algo que no podré perdonarme en la vida, ojalá ella sea capaz de hacerlo. Solo espero que no me deje, que lo ocurrido esta noche no acabe por separarnos del todo.

Oigo la puerta abrirse, y es un policía invitándome a salir.

—¡Vamos! Te vas para casa, está tu abogado ahí fuera.

—¿Qué hora es? —pregunto algo aturdido, creo que me he quedado dormido y al oír que responde que son las doce del mediodía compruebo mis sospechas.

Al salir de la zona de los calabozos, un hombre con traje gris de unos treinta y cinco años se adelanta hasta a mí.

—Hola, Noel, soy Martín Álvarez Hontoria, tu abogado, del despacho de don Gonzalo —me informa ofreciéndome su mano, la cual tomo—, ya nos podemos ir a casa.

Salimos de la comisaría y me invita a subirme a un Mercedes negro. Por el camino me cuenta que trabaja desde hace un año en Sevilla en el bufete del abogado que le lleva los asuntos a mi padre, pero que está en Tenerife de vacaciones y ha podido venir personalmente.

Me informa que Carlos ha presentado una denuncia en mi contra, pero me tranquiliza diciéndome que puedo salir de la isla y hacer vida normal, ya que no me han impuesto ninguna medida cautelar. Esto me produce gran alivio, puedo ir a Sevilla a buscar a Sonia.

Al llegar a la urbanización me despido de Martín, agradeciéndole lo que ha hecho por mí y disculpándome por interrumpir sus vacaciones.

Pienso en ir a ver a Ale y David, pero creo que lo mejor es no ver a su amiga, me siento tan culpable que me avergüenza verla, así que llamo a David directamente para que me baje mi maleta y mi móvil, y partir directo al aeropuerto.

CAPÍTULO 55

SONIA

Mi madre se ha preocupado mucho al verme y entre lágrimas y sollozos le he explicado todo lo que me pasó el sábado por la noche. Le he dicho que no pienso volver y me ha abrazado muy fuerte. Le he contado lo mal que me siento por Alejandra, pero me ha dicho que no me preocupe, ha llamado un par de veces y no está enfadada, solo preocupada. Siento un alivio instantáneo.

Mi padre está como una fiera, no para de dar vueltas como un león enjaulado, quiere ir a partirle la cara a Carlos. Entre las dos le decimos que no es buena idea, que tenemos que esperar al juicio para que pague realmente por lo que ha intentado hacerme.

Cuando por fin me quedo sola y tranquila en mi habitación, llamo a Ale que imagino que estará histérica.

—Hola, Ale.

—¿Hola? ¿Eso piensas decirme? —Está histérica—. ¿Te haces una idea de lo que estoy pasando aquí después de la nota y de todo lo ocurrido?

—¿Ya te has enterado de lo que pasó?

—¿Cómo para no enterarme! La que no sabe ni la mitad eres tú.

—Imagino que ya se habrá enterado Noel.

—Imaginas bien, pero lo importante es lo que pasó cuando se enteró.

—No sé si estoy para más historias y problemas, Ale. Necesito descansar. Llevo desde el sábado sin dormir y estoy temiendo acostarme porque aunque me encuentro cansada, no sé si lograré conciliar el sueño.

—Te entiendo, y no te contaré nada, pero si espero que me cuentes lo que ese hijo de puta te ha hecho.

Le relaté todo lo que pasó en la boda y también en la playa cuando me quise ir para el apartamento. Ella ya sabe todo más o menos, pero no puede evitar ponerse a llorar cuando me oye hacerlo a mí.

—Le cortaría los huevos si lo viera, Sonia, te lo juro. Al final ha resultado ser un hijo de puta, pero ya no está, se ha ido y menos mal. Si se llega a quedar, Noel lo mata.

—¿Noel?

—Ayer, cuando leímos tu nota de madrugada, fue a buscarte por toda la isla, estaba desesperado. David intentó retenerlo, pero yo pensé que te habías ido por algo que él te había hecho y te juro que lo iba a matar, pero David se interpuso —suspira sonoramente—. Después volvió casi al amanecer y ya fue cuando se complicó todo.

—¿Qué pasó?

—Pues que al bajar del apartamento para poner rumbo al aeropuerto, se encontró con Carlos, que bajaba de un taxi procedente de comisaría, —Trago saliva, lo han dejado libre—, y se fue a preguntarle por ti. El muy cabrón le dijo que eras una zorra calientapollas y que te habías buscado todo lo que te pasaba. —Hace una pausa—. Imagínate si se formó escándalo que nosotros bajamos al oír el ruido de las voces que daban y eso que estaban próximos a la garita.

»Cuando llegamos, Noel lo tenía bajo su cuerpo en el suelo y lo estaba moliendo a palos, si no

llega a ser porque David lo sujetó, te juro que lo habría matado. Al final ese cabrón tuvo suerte de que bajásemos. —No puedo hablar, estoy aún asimilando lo que me está contado, al ver que no digo nada prosigue—. Y eso que aún no sabíamos lo que había pasado. David se quedó hablando con Carlos, estuvo a punto de llamar a una ambulancia, para que te hagas una idea de cómo le dejó la cara, pero cuando Carlos le contó que le habías puesto una denuncia por agresión sexual, según él falsa, le dio otro puñetazo que lo dejó tirado en el suelo.

—Falsa, ¿en eso se va a basar cuando estuvo a punto de violarme? —Noto cómo las lágrimas mojan mis mejillas—. ¡Menos mal que me he ido de allí! No quiero imaginar que lo tuviese que ver otra vez en el trabajo.

—Por eso no te preocupes, lo han despedido. David habló esta mañana con no sé qué jefe, le ha contado lo sucedido y le han echado *ipso facto*. En ese aspecto puedes volver tranquila, aunque me ha dicho David que te recalque, que no hay prisa, todos entienden que necesitas tiempo para recuperarte de lo que ha intentado hacerte el mierda seca ese. A Noel se lo llevó la policía detenido, y hasta el mediodía estuvo en el calabozo. —Comienzo a llorar de nuevo—. Tranquila, vino un abogado amigo de su familia y lo sacó enseguida, es lo último que he sabido de él.

—No voy a volver, Ale. —La derrota inunda mi voz—. Ya no puedo más con todo esto, allí no hay paz. Lo siento por la parte que te toca porque al dimitir imagino que me quitaran el apartamento y tendrás que irte de allí.

—Por eso no te preocupes ahora. Estoy en casa de David y me ha pedido que me venga a vivir con él.

—¿Cuándo? ¿Cómo ha sido?

—Pues cuando fui a cenar con Jorge, ¿te acuerdas de que me pusiste un mensaje preguntándome qué tal? —asiento y ella prosigue—. Justo después de eso apareció por la puerta del restaurante.

»Nos vio salir de la urbanización y nos siguió y cuando vio que estábamos sentados para cenar, se acercó, cogió una silla y se sentó con nosotros.

—Estoy alucinando, Ale.

—Pues espera a oír lo que me dijo. Palabras textuales, «Ale, siento haber actuado como un cobarde y que no haya tenido el valor de afrontar que vayamos a ser padres cuando solo hace un mes que estamos juntos. Estoy enamorado de ti y me encantaría que me perdonaras por ser un maldito gilipollas y me dejes formar parte de tu vida para siempre. Te haré muy feliz, te lo prometo, Alejandra. Criaremos a ese bebé y seré el mejor padre y compañero que puedas tener. Ven a vivir conmigo».

—¡Ooh, es lo más romántico que he oído nunca!

—Para nosotras sí, pero imagínate para el pobre Jorge —dice divertida—. Se levantó sin oír mi respuesta, con los ojos abiertos como platos, no sé si alucinaría más con la declaración o al enterarse de que estoy embarazada. —No puedo evitar reírme a carcajadas, solo Ale es capaz de cambiarme el ánimo, siempre tuvo ese don—. Ríete, pero a mí me da pena, se le ve buena persona, pero bueno, le he enviado un mensaje disculpándome y ni me ha contestado.

—Creo que sé la respuesta, ¿pero qué le dijiste a David?

—¡Qué sí! —grita—. Esta mañana hemos recogido todas mis cosas de tu apartamento y me he venido al ático con él. No puedo creer que me haya pasado esto. Aunque lamento que lo mejor que me pasa en la vida coincida con lo peor que te ha pasado a ti.

Ese comentario me devuelve a mi realidad, al vacío en el pecho y la sensación de culpa, aun sabiendo que no la tuve. Lo único que me consuela es que estoy en casa y aquí no puede

ocurrirme nada.

—Ale, estoy muy cansada, me alegro mucho por ti y, sobre todo, por David, que es quien sale ganando, pero no puedo más con tantas emociones, estoy saturada.

—No te preocupes, *guapi*, descansa, ya mañana hablamos. Solo una última cosa.

—Dime.

—Que te quiero mucho, muchísimo y que si necesitas hablar, a la hora que sea, cuándo sea, dónde sea... Llámame.

—Lo sé, Ale, yo también te quiero, eres la mejor.

Cuelgo el teléfono y me dejo caer en la almohada. Mi madre entra en la habitación con una tila y un relajante para que consiga dormir. Me lo tomo sin rechistar, porque estoy agotada y es lo que necesito. A los pocos minutos, caigo en un sueño profundo.

CAPÍTULO 56

NOEL

La azafata, al devolverme el billete de avión, se queda fijamente mirando mis nudillos. Los tengo hinchados y de un tono violeta, por todos los puñetazos que le di al hijo de puta ese. Ahora que han pasado unas horas, estoy algo más calmado, pero necesito hablar con Sonia, no puedo dejar que huya, como yo hice cuando éramos apenas dos niños.

Pienso hacer que vuelva a su trabajo, intentaré que quiera seguir teniendo una relación conmigo, pero si no quiere, al menos que no pierda la oportunidad laboral que tiene en Fuerteventura.

Necesito hacerle ver que, aunque haya pasado todo esto, allí abundan las personas buenas, como Susana, con la que me consta que ha hecho amistad, Gloria, David..., todos la aprecian y la valoran tanto profesional como personalmente.

Yo la quiero con todo mi ser, y espero que me dé la oportunidad de decírselo. Solo deseo lo mejor para ella, si es junto a mí, seré el hombre más feliz del mundo, pero si no..., la dejaré vivir tranquila, no la volveré a molestar, aprenderé a vivir sin ella de nuevo, aunque jamás volveré a ser el mismo.

A la una de la madrugada del ya lunes, al fin pongo un pie en Sevilla. Noto la ansiedad en mi cuerpo y cómo me pide ir a buscarla, pero me contengo porque sé que no son horas de presentarme en su casa; bastante susto se habrán llevado ya los padres con todo lo que le ha pasado.

Cojo un taxi y pongo rumbo a mi casa, a mí también me vendrá bien estar con mi familia y tranquilizarme antes de verla, si es que ella me lo permite.

Al llegar a casa ya están todos acostados, solo mi padre está en el salón esperándome. Ayer, antes de subir al avión, le llamé y le dije que iba para casa y que le contaría al llegar.

—¡Noel, qué bien que ya estés aquí! —dice mientras me abraza—. ¿Qué ha pasado, hijo? ¿Cómo es que acabaste en el calabozo?

Le cuento lo acontecido estos últimos días y veo en su cara pasar de la rabia a la tristeza y después a la preocupación.

—¿Y no has podido hablar con ella?

—No, papá, me tentaba ir nada más bajar del avión, pero a estas horas no quiero alterar más a su familia, bastante tendrán con verla así.

—Imagino que sí, lo estarán pasando fatal. Ya mañana, con más calma, hablas con ella. Dile todo lo que sientes, Noel, no la dejes escapar esta vez. —Se frota los ojos cansado—. Ya no sois dos niños y tenéis que ser sinceros con lo que sentís el uno por el otro y, conociéndote, sé que no la podrás olvidar. Piensa bien tus palabras y no te dejes nada por decir.

—Eso haré, papá, gracias por estar siempre que te necesito.

Después de darle un beso de buenas noches, me voy a descansar. Habré dormido un par de horas en estos casi dos días y el sueño me vence tan solo al posar la cabeza en la almohada de mi antigua habitación.

La mañana entra de lleno a través de mi ventana. Debe de ser tarde, ya que hay demasiada

claridad. Al mirar el reloj compruebo que son casi las diez, así que me ducho rápido y bajo a la cocina, donde mi madre está lavando la vajilla del desayuno. Nada más verme me da un abrazo y se preocupa por mis manos y mi pómulos, que tienen peor pinta que ayer si es que eso es posible.

—No te preocupes, mamá, en una semana estarán bien.

—No parece que tengas nada roto, Noel, sé que no pudiste contenerte, pero este no es el camino, para eso está la justicia.

—Lo sé, mamá, pero me pudo la ira. Sabes que jamás le he pegado a nadie, pero enterarme de lo que le había intentado hacer a Sonia, me nubló la mente.

—Ten, tómame un café. —Me tiende una taza—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a ir a su casa, quiero hablar con ella.

Me tomo el café y declino las tostadas ante la insistencia de mi madre. No me siento capaz de comer nada con este nudo que tengo en el estómago desde la madrugada del domingo.

Cojo prestada la moto de mi padre y a las once y media ya estoy aparcado justo delante del bloque de Sonia.

Su madre está en la terraza del bar y se queda mirándome cuando me ve llegar.

—Hola, Noel.

—Hola, María, vengo a ver a Sonia —la informo un poco nervioso, me siento culpable por haberla dejado sola esa noche y temo que su madre me lo reproche.

—No está —me dice tajante—. Salió a dar un paseo, hará más o menos media hora. —Suelta la bandeja en una mesa y pone los brazos en jarras—. Espero que no le hagas más daño tú también.

—Solo vengo a hablar con ella, quiero ver que esté bien e informarla de que la empresa ha despedido a Carlos y que ha puesto al equipo de abogados a su disposición para ayudarla en la defensa... Y también a pedirle que vuelva.

—No creo que mi hija quiera volver, y además, su padre y yo preferimos que esté aquí con nosotros.

—Es su futuro laboral, es muy buena profesional, sería una pena que perdiese esta oportunidad. Carlos ya no está en la isla y seguramente acabe en prisión, no debe castigarse ella misma perdiendo este empleo.

—¿Y qué hay de ti?

—Pues de mí será lo que ella me pida. —Me meso el pelo y suspiro—. Si me dice que no quiere estar conmigo, la respetaré.

—Eso espero.

Me despido y voy a buscarla, aunque no sé muy bien por dónde empezar.

Voy al río donde estuvimos juntos la última vez, pero no la veo por ningún sitio, pero entonces caigo en la cuenta de que esa noche fuimos al burger del parque y decido buscar allí, en nuestro banco.

Tardo unos diez minutos en llegar, el tráfico en la ciudad es cada vez peor. Aparco y camino entre los sauces hasta llegar al banco donde está sentada con la cabeza hundida en sus rodillas, no se percata de mi presencia hasta que digo su nombre.

—Sonia. —Apenas me sale la voz.

Al levantar la cabeza la veo que está llorando y me parte el alma. Me siento a su lado y la abrazo. Sus sollozos son cada vez más altos y le tiembla el cuerpo bajo mis brazos, hasta que de pronto se para y me aparta de ella.

—¿Por qué me hiciste eso? Te vi con Luzia —dice entre hipidos—, en el jardín, besándola.

—Yo no la besé, fue ella quien me agarró de las solapas y me dio un beso, en cuanto pude me retiré y ya le he dejado claro que no hay nada entre ella y yo.

—Cuando te vi, se me rompió el corazón, estas semanas atrás todo había sido perfecto, en el trabajo, en tu ático..., lo estropeaste todo. Salí corriendo, no podía creer lo que acababa de ver y entonces fue cuando Carlos me siguió y me atacó en la playa. —Cuando escucho de sus labios contarme lo de ese mal nacido, me vuelve a hervir la sangre.

—Lo siento, Sonia, debería haber estado contigo y no hubiese pasado nada de esto. Me sentiré culpable toda mi vida, pero déjame al menos compensarte, demostrarte que lo que siento por ti es verdadero. No nos impongas la pena de estar separados por culpa de ese jodido psicópata. Sé que nunca te dije nada, pero en estos diez años que estuve sin ti..., cada día duraba tres otoños, no me hagas pasar por eso otra vez.

—No sé si voy a superar esto, Noel.

—Déjame ayudarte, sé que los dos juntos podremos con todo. Lo hemos sentido estos días, en cada beso, con los latidos de nuestros corazones a mil por notar el tacto del otro, tú lo has notado igual que yo. —Le cojo la mano y con mi pulgar hago círculos en su palma—. Nos merecemos ser felices, por lo que hemos vivido ahora y por lo que vivimos siendo adolescentes. Siempre has sido tú, Sonia, nunca hubo otra mujer que me erizase la piel con solo mirarme, o me provocase este deseo de protegerla, de abrazarla y no soltarla jamás. Déjame que te demuestre que podemos estar juntos y superar todo lo que venga, te puedo hacer feliz. —Le agarro la cara con mis manos y la acerco poco a poco a mis labios para besarla, pero dándole tiempo por si quiere apartarse y, gracias a Dios, no lo hace. Me deja besarla, llenarme con su sabor, con su aroma, con la jugosidad de esos labios ahora míos.

Nos separamos lentamente y ella se pone de pie. Mi corazón va a mil porque creo que se va a despedir, pero me ofrece su mano para que me levante del banco. Los dos caminamos por ese sendero de sauces que nos vio tantas veces pasar, y puedo notar el ulular de los árboles, como si al pasar sonrieran al vernos de nuevo juntos.

CAPÍTULO 57

SONIA

Al final decido regresar a la isla con Noel. Tiene razón, no puedo dejar que lo que Carlos me ha hecho me perjudique en todo los aspectos de mi vida. He decidido volver a mi trabajo, a mi apartamento y con Noel.

Alejandra se ha quedado a vivir con David y desde entonces, está como en una nube. Lo único que reniega del embarazo cada mañana cuando se despierta vomitando, y ya cuando se encuentra mejor, llora por haber odiado a su bebé. Está en una montaña rusa hormonal y me encanta que todo lo comparta conmigo. Hace un par de días la acompañé al ginecólogo, ya que David tenía una reunión muy importante, y pudimos oír los latidos de su bebé. Le dije que va a ser una niña como ella, no puede ser de otra manera con esos latidos fuertes y veloces, va a ser una mini-Alejandra, estoy segurísima.

Esta semana pasada empecé a ir a terapia con una psicóloga especialista en violencia sobre la mujer, y poco a poco voy desechando ese sentimiento de culpabilidad que convive conmigo desde que Carlos intentara violarme.

El día lo paso trabajando, Susana se encarga de animarme y no me deja sola nunca. A nuestra rutina del almuerzo se ha unido Gloria y me encanta esta chica como novia de mi compañera. Se pasa el día retándola para que olvide sus miedos y se muestra tal como es en cualquier parte, que pierda ese pudor que a veces siente por la educación que sus padres le inculcaron y parece que poco a poco lo está consiguiendo.

Noel y yo nos vemos todas las noches en su ático, y los días que me encuentro algo peor me quedo a dormir con él. En sus brazos hallo la seguridad que me robaron aquella noche. Él me trata con el cariño y la delicadeza que necesito en este momento de mi vida.

Así pasa lo que queda de verano, hasta que llega mediados de septiembre y Noel tiene que volver a su destino. Me va a costar estar sin él, aunque me ha prometido venir todos los fines de semana.

Al llegar al aeropuerto lo abrazo con fuerza, me cuesta dejarlo ir. Intentó convencerme para que me quedara en mi apartamento, pero no quise, necesito aprovechar cada segundo que me quede junto a él.

—¡Te voy a echar tanto de menos! —le digo con lágrimas en los ojos.

—Tranquila, mi niña, cuando te vengas a dar cuenta es viernes y ya estaré aquí otra vez —dice mientras me seca las lágrimas que se me escapan con su pulgar. Le vuelvo a abrazar y me separa poco a poco para después darme un beso cargado de amor.

—Te quiero —escapa de mis labios sin darme cuenta. Él me mira con ese verde lleno de felicidad, es la primera vez que se lo digo. Me sonrojo, y evito su mirada dirigiéndola a mis pies.

—Yo también te quiero —me dice levantándose la barbilla suavemente con sus dedos para besarme de nuevo.

EPÍLOGO

Alejandra aún no se podía creer lo que en este día iban a vivir. Habían pasado por mucho hasta llegar aquí y recordaba como las cosas más importantes de su vida y de la vida de Sonia, ocurrieron en esta ciudad.

—¡Corre que no llegamos! Siempre dejas todo para última hora.

—Ya voy, no seas impaciente, ¿no ves que esta niña no para quieta?

—Es que es igualita a su madre.

—Pues te recuerdo que estás loquito por ella.

—Y por su mini réplica, que no se te olvide —dice David a Alejandra mientras se acerca a la pequeña Bea y le da un beso en la coronilla.

Hoy el día amaneció soleado en Sevilla, con su olor característico a azahar de esta época del año, y es que Sonia y Noel no pudieron escoger mejor fecha que esta para poner la guinda a su amor; darse el sí quiero delante de todos sus seres queridos en la ciudad que los vio crecer y enamorarse por primera vez.

La iglesia de Triana, no podía ser otra, está engalanada con gladiolos, orquídeas y lirios blancos. Los invitados sentados, y Noel al fondo, en el altar, junto a su madre y el párroco esperando, sin dejar de mirar a la puerta hasta que su futura mujer aparezca para hacerle el hombre más feliz del mundo.

No se hace esperar, y a los pocos minutos llega vestida con un traje blanco con las mangas de encaje hasta el codo, el final de la cola es del mismo tejido y el escote, en pico, lo que hace que resalte su piel aceitunada. El pelo lo lleva en un moño bajo adornado con dos pasadas de brillantes muy pequeños. Lleva un maquillaje muy natural y una sonrisa de oreja a oreja. Está radiante, espectacular.

El novio, al ofrecerle la mano para ayudarla a subir al altar, no ha podido evitar que se le escapasen unas lágrimas de la emoción. ¡Han pasado tanto hasta llegar aquí! Hubo días en que dudó que este momento se pudiese hacer realidad.

Sonia, aunque volvió con él a Fuerteventura y desde entonces no pasaron un solo día separados, tuvo rachas que lo pasó mal. Le persiguió la imagen de Carlos y de aquella noche en la playa. A veces sentía el sabor de la sangre o sus manos arañándole al arrancarle el vestido. Estuvo en terapia, pero hasta que no pasó el juicio y supo que lo encarcelaban, no descansó y volvió a ser la mujer que había sido antes de ese episodio de violencia.

Volvieron a ser felices, a trabajar mano a mano, ya que David se fue a Madeira con Alejandra y su preciosa bebé, y ellos se quedaron en el hotel de Fuerteventura, donde todo funcionaba como los engranajes de un reloj.

Al terminar el enlace se trasladaron a una finca a las afueras de la capital andaluza, donde festejaron la celebración de su amor. Susana se desplazó hasta Sevilla junto a Gloria, los cuatro habían formado muy buen grupo y solían planear salidas en pareja e ir a Madeira a visitar a sus mejores amigos. Ellas fueron testigo del amor de la pareja y cómo juntos pudieron sortear todas

las adversidades que habían vivido.

Ahora, dos años después, al fin el destino los había unido como Noel siempre soñó.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Desde que esta historia empezó a forjarse en mi cabeza, hasta ahora que al fin ve la luz, ha pasado casi dos años, y durante este tiempo he vivido momentos muy duros que me han hecho ver que estoy rodeada de gente muy bonita.

Primero quiero agradecer a Ramón, mi marido, por hacerme ver que tengo alas y empujarme al precipicio, sin ti y tu confianza en mí no habría sido capaz de llegar hasta aquí.

A mis hijos, Antonio y Gonzalo, que siempre me animaban a escribir una novela y han vivido el proceso con mucha ilusión. ¡Os quiero tanto!

A mi madre, por su apoyo y por su eterno buen humor.

A mis hermanos que siempre me apoyan en todo, me escuchan y me han acompañado en toda mi vida. En estos últimos años he podido comprobar que estáis hechos de pura fuerza, sin vosotros no hubiese podido.

A Julia, por ser mi mayor crítica, siempre dispuesta a leer todo lo que escribo. Gracias por ser la primera en leer esta historia, cuando aún ni yo misma creía en ella. Gracias por tus ánimos y tus propuestas. Te debo un brindis, aunque siempre nos faltará Mónica, seguro que hubiese disfrutado con nosotras por la publicación de la novela.

A mis amigas, Inma Uribe y Mari Ángeles de la Flor, porque me aguantáis todas mis paranoias, mis inseguridades y mis problemas del primer mundo. Sin vosotras nunca habría salido a la luz nada de lo que escribo. Me distéis la confianza para dar el salto.

A Inma Ibáñez, por ser mi otra mitad ¿Qué sería de mi vida sin una amistad como la tuya? Sé que te lo digo cada vez que hablamos pero te quiero mucho. Esas charlas telefónicas que pueden durar una mañana entera, no las cambio por nada.

A Ana, gracias por ser modelo para la portada.

A Bea, ahora mi editora. Qué bonito suena ¿No? Porque has creído en mí y en mi historia desde siempre, sin dudar ni un segundo. Me has dado la fuerza para seguir adelante y luchar con ese síndrome del impostor del que no logro deshacerme. Gracias por tener en cuenta mi opinión en todo el proceso y hacerme vivirlo con menos miedo. Fíjate lo que ha conseguido tu novela *Durante los aplausos* ¿Quién nos iba a decir hace un año que hoy estaríamos aquí? Por ella nos conocimos.

A Henko Ediciones, por confiar en mi historia y apostar por ella.

A ti lector, que tienes este libro entre las manos, espero que lo hayas disfrutado y que Noel y Sonia te hayan hecho sentir.

About The Author

Inmaculada Jaén



Inmaculada Jaén nació en Jerez de la Frontera, Cádiz en 1979. Desde pequeña, le encantaba que su hermano mayor le contase las historias que él leía mientras oían a Bob Dylan y los Beatles. En la adolescencia descubrió a Emily Brontë, lo que hizo que se enamorase de la literatura.

Siempre necesitó escribir para darle forma a esas historias que vivían en su cabeza, pero no fue hasta 2021 cuando empezó a publicar relatos bajo seudónimo. En 2023 publica su primer relato Casiopea en tu piel, ya con nombre propio.

Actualmente, colabora en la revista digital Weloversize y cursa un posgrado de Edición y corrección en la Universitat Oberta de Catalunya, mientras continúa dando forma a sus historias a través de palabras.